



HIBRIDOS INNOMBRABLES

APRENDIENDO DE LA FAVELA

CARMEN TOLEDANO

HÍBRIDOS INNOMBRABLES

APRENDIENDO DE LA FAVELA

CARMEN TOLEDANO

3



**Universidad
Europea** Canarias

TRABAJO DE FIN DE GRADO

HÍBRIDOS INNOMBRABLES

APRENDIENDO DE LA FAVELA

5

CARMEN TOLEDANO SALAS

TRABAJO TUTELADO POR:

VÍCTOR CANO CIBORRO

GRADO EN FUNDAMENTOS DE LA ARQUITECTURA

2024-25

ÍNDICE

1. Introducción (11)

1.1. Tamale. Una experiencia extraacadémica (11)

1.2. La imagen de la ruina (15)

2. La autoconstrucción como conflicto académico (o de cómo dar forma a la informalidad) (17)

2.1. Advertencias preliminares (sobre esta sín.tesis) (19)

2.2. Hipó(sin)tesis de trabajo (22)

3. Estado del arte (25)

3.1. En torno al 68 (25)

3.2. El contexto anglosajón (26)

3.3. John Turner (28)

3.4. Elogio del desorden (31)

4. La favela (33)

4.1. Historia de un desencuentro (35)

4.2. Aprendiendo de las favelas (41)

4.2.1. Organicidad (42)

4.2.2. Mutabilidad (44)

4.2.3. Temporalidad (46)

4.2.4. Sociabilidad (48)

4.2.5. Transversalidad (50)

4.2.6. Participación (51)

4.2.7. Intensidad (53)

4.2.8. Variedad (56)

4.2.9. Adaptabilidad (58)

4.2.10. Permeabilidad (60)

4.2.11. “Lajerío” (62)

4.2.12. Ornamento (64)

5. Conclusiones (66)

6. Referencias (70)

Resumen

Las grandes metrópolis del mundo generan una imagen recurrente: un centro urbano de altos y opulentos paralelepípedos –diseñados por arquitectos–, dispuestos en parcelas reticuladas –muy en la línea del paradigma moderno– rodeados de un auténtico tsunami de autoconstrucciones informales, de poca altura y significativamente precarias, que ocupan aleatoriamente el territorio. El crecimiento cuantitativo de estos asentamientos –slums, villas miseria, shanty towns, favelas, ranchitos, etc.– ha despertado el interés por la arquitectura informal dentro y fuera de la academia. Sin embargo, la mayoría de los estudios suele focalizarse en sus muchos problemas (miseria, insalubridad y violencia) adoptando una perspectiva que dificulta entender sus aspectos (pro)positivos.

Esta investigación propone una aproximación a la arquitectura informal que evite romantizarla pero también estigmatizarla, desde el convencimiento de que –a pesar de su carácter indefinido y problemático– tiene mucho que aportar a nuestro proceso de aprendizaje, pues plantea preguntas y ofrece recursos que nuestra disciplina no debería ignorar. Desde este presupuesto, y para comprender cómo nos interpela la arquitectura informal, realizamos un breve recorrido por los antecedentes académicos del interés por la autoconstrucción y la arquitectura participativa, para centrarnos luego en un caso de estudio tan característico como demonizado: la favela carioca. Queremos escuchar a la favela, ver qué nos tienen que decir unas prácticas arquitectónicas que haríamos mal en considerar elementales o miserables y que tienen grabadas en su estructura lecciones habitacionales que bien podrían ser tomadas en consideración a la hora de abordar algunos de los problemas que nos plantea el imparable crecimiento de nuestra forma de vida urbana. Para dar voz a las doce propuestas informales que entendemos que nos ofrece esta arquitectura subalterna, nos valdremos de otro lenguaje popular que permite que hablen las imágenes: el cómic.

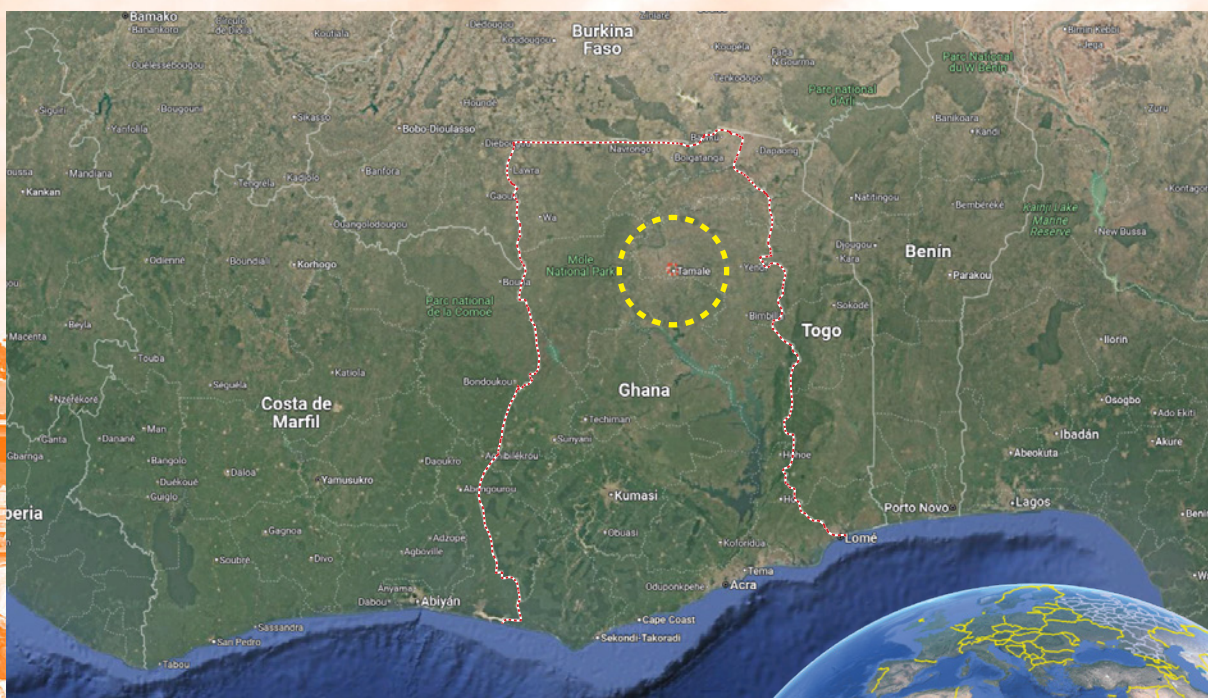
9

Abstract

The world's great metropolises generate a recurring image: a central urban core made up of tall and opulent parallelepipeds—designed by architects—arranged on grid-like plots, very much in line with the modernist paradigm, and surrounded by a veritable tsunami of informal self-built structures, low-rise and significantly precarious, scattered randomly across the territory. The quantitative growth of these settlements—slums, villas miseria, shanty towns, favelas, ranchitos, etc.—has sparked interest in informal architecture both inside and outside academia. However, most studies tend to focus on their many problems (poverty, unsanitary conditions, and violence), adopting a perspective that hinders an understanding of their (pro)positive aspects.

This research proposes an approach to informal architecture that avoids both romanticizing and stigmatizing it, grounded in the belief that—despite its undefined and problematic nature—it has much to contribute to our learning process, as it raises questions and offers resources that our discipline should not ignore. From this premise, and in order to understand how informal architecture challenges us, we will take a brief look at the academic background of interest in self-construction and participatory architecture, before focusing on a case study that is as emblematic as it is demonized: the favela carioca.

We want to listen to the favela, to see what these architectural practices—often wrongly dismissed as rudimentary or impoverished—have to tell us. Practices that bear within their structure valuable lessons in housing that could well be considered when addressing some of the challenges posed by the relentless growth of our urban way of life. To give voice to the twelve informal proposals that we believe this subaltern architecture offers us, we will make use of another popular language that allows images to speak: the comic.



1. INTRODUCCIÓN

1.1. TAMALE. UNA EXPERIENCIA EXTRAACADÉMICA.

En el verano de 2024 tuve la oportunidad de realizar, junto a un amigo también estudiante de Arquitectura, un voluntariado en Tamale (1), al norte de Ghana. La primera impresión que le provoca Tamale a una viajera proveniente del norte global es la de un nivel de pobreza desconocida en Europa. Pero no carecen de recursos básicos: no se aprecia desnutrición en ninguno de los miles de niños y niñas que constantemente te rodean –para los que una viajera blanca resulta realmente exótica– transmitiéndote la impresionante energía y jovialidad de una población que tiene una edad media de 17,5 años (muy alejada de los 45 años de la media española).



(1) Trabajando en la construcción en Tamale, Ghana, 2024. Foto: Carmen Toledano.

El urbanismo de Tamale refleja a la perfección la base económica de la ciudad: cuatro caminos, que marcan la intersección de las principales rutas comerciales de la región, se juntan en un centro en el que se ubica un gran mercado. Entre estas cuatro aspas se desarrolla una estructura reticular con casas bajas de tipología muy variada pero caracterizadas por la misma informalidad que se respira en todos los órdenes de la existencia. La práctica totalidad de las edificaciones son autoconstruidas con escasos recursos y dan a calles sin asfaltar que acogen una intensa vida pública que no está orientada al comercio. Las tiendas, con productos básicos, se concentran en las pocas calles asfaltadas, más allá de las cuales el tráfico rodado casi desaparece, generando un inmenso patio de recreo para unas casas muy volcadas al exterior. En él juegan libremente los niños, socializan sus madres, se producen pequeños intercambios o, sencillamente, se transita sin rumbo. Comparada con el urbanismo neoliberal de cualquier ciudad del norte global, en las que unas exiguas aceras, abrumadas por el tráfico, definen un tránsito acelerado entre una hilera de coches aparcados y sucesión interminable de escaparates comerciales y portales infranqueables, el espacio urbano en Tamale resulta realmente público y significativamente libre.



(2) Mercado y vida social en Tamale, Ghana, 2024. Fotos: Carmen Toledano.

Al volver de Tamale y reincorporarme al curso, me sorprendió comprobar que lo que inicialmente pensé que había sido un paréntesis dentro de la normalidad escolar, se fue progresivamente ubicando en el centro de la agenda académica: si en algo nos han insistido es en que la arquitectura es mucho más que ingeniería de la construcción, que se trata de una disciplina con una enorme incidencia en el medio y, por ello mismo, atravesada por todos los asuntos que lo caracterizan.

12

A la luz de las numerosas crisis mundiales, la explosión urbana, la escasez de viviendas y el aumento de los movimientos sociales, la arquitectura contemporánea se ve cada vez más impulsada a investigar la dimensión social, el impacto y las implicaciones del diseño urbano. En particular, se espera que las instituciones y prácticas de educación arquitectónica se centren más en el tejido social y aborden los escenarios económicos y políticos actuales. (Brillembourg et. al. 2005, p. 319)

A partir de estas enseñanzas, mi experiencia en Tamale, más que transformarse en meros recuerdos, no paraba de ampliarse: donde antes percibía simple carestía o retraso, ahora empezaba a apreciar alternativas, no solo constructivas o habitacionales, a un modo de vida occidental que empieza a dar claras muestras de insostenibilidad (y no me refiero aquí solo a la insostenibilidad en términos ambientales, sino a la propia insostenibilidad del discurso que hasta ahora, la fundamentaba).

Cayó entonces en mi mano el libro *Contra lo común. Una historia radical del urbanismo* (2023) de Álvaro Sevilla-Buitrago. Empieza así:

Imagina un territorio donde las viviendas se mezclan con talleres, fábricas y huertos colectivos. Imagina un tejido urbano salpicado de enclaves rurales y franjas de suelo agrícola donde los seres humanos conviven con el ganado. Imagina un lugar donde las redes metabólicas, los ciclos de nutrientes y materias primas y los flujos de energía circulan mayo-

Imagen aérea de Santa Cruz de Tenerife y Tamale a la misma escala.





ritariamente en torno a comunidades locales y son controlados por ellas. Las labores y el ocio se alternan y superponen en calles impregnadas de un ambiente de intensa sociabilidad. Los espacios públicos son a la vez lugares de trabajo, de comercio y de celebración colectiva, vagamente delimitados y reinventados continuamente por los usuarios de acuerdo con sus necesidades cotidianas. Las mujeres y los niños son protagonistas activos de esta constelación de actividades y encuentros, los agentes principales de una vida comunitaria organizada en torno a los ritmos característicos de la reproducción social. Las minorías de distinta extracción étnica y cultural desempeñan también un papel fundamental en la definición de estos entornos como mosaicos heterogéneos, y a veces contradictorios, de prácticas colectivas. Imagina un conjunto de archipiélagos de centralidad entrelazados, con jerarquías espaciales superpuestas que hacen el territorio difícil de interpretar, comprender y monitorizar. Las instituciones estatales y las élites han perdido gran parte de su autoridad sobre esta red de enclaves, que permanecen parcialmente desligados de dinámicas nacionales y globales más amplias. Sus espacialidades giran en torno a los pequeños detalles y necesidades diarias; las relaciones de mayor escala están estructuralmente subordinadas a ellas. Existe la propiedad privada, pero como un régimen no exclusivo, que varía en el espacio y en el tiempo, supeditado a configuraciones más complejas de usos y costumbres que desdibujan los límites entre la posesión individual y la colectiva. En estos lugares la idea misma de lo urbano se sustenta en representaciones, relatos e identidades que emanan de experiencias locales y refuerzan el carácter de los asentamientos como espacios autónomos. Imagina un régimen de urbanización que no está orientado al crecimiento, sino a la autorreproducción de la comunidad, a la creatividad cooperativa y los cuidados, al juego y al placer. (Sevilla-Buitrago 2023, p. 6)

Según el autor, alcanzar a imaginar ese territorio era el paso previo para percibir el potencial emancipatorio de la arquitectura. Lo gracioso es que yo no tenía que imaginarlo, lo ha-

(3) São Paulo, Brasil. (Danny Lehman/Corbis) ; París, Francia. (El País) ; Panamá, Panamá (Rodrigo Arangua / Getty Images)





(3) Manila, Filipinas. (Cheryl Ravelo / Reuters)

bía visto y vivido. Esa descripción casi utópica parecía expresamente pensada para describir la realidad de Tamale (2). ¿Y si –pensé– en lugar de haber realizado un voluntariado, que siempre presupone la superioridad del viajero, que va a una zona poco desarrollada a regalar sus conocimientos y recursos, lo que había hecho había sido, en realidad, *un viaje de estudios* a conocer formas de vivir y habitar más avanzadas ante el problema inédito que nos plantea sobrevivir al desarrollo?

15

1.2. LA IMAGEN DE LA RUINA.

Empecé a interesarme por ese fenómeno –que aún me parecía muy indefinido– de la arquitectura y el urbanismo “informales”¹. Y la cosa se fue enredando. Apremiados por la situación de Canarias, el profesorado nos animó a preocuparnos por el fenómeno de la migración. Descubrí entonces que los flujos humanos más determinantes no han sido los producidos entre países sino, fundamentalmente, entre formas de vida y producción. Uno de los factores que más ha determinado la concepción contemporánea de la arquitectura, si no el que más, ha sido el impresionante éxodo de las zonas rurales a las áreas urbanas, cruzando o no fronteras nacionales. El año 2007 la población urbana del planeta superó a la rural, hoy roza el 60%. En 1900 la población que vivía en ciudades apenas suponía el 13%.

“En veinte años, Lagos, la capital de Nigeria, ha crecido desde los 2 hasta los 7, los 12 y finalmente los 15 millones de habitantes” (Koolhaas 2014, p. 13). Rem Koolhaas escribía esto en 1994. Hoy “se calcula” que Lagos roza los 25 millones. Esa realidad cuantitativa ha desbordado la capacidad del urbanismo: “La promesa alquímica del movimiento moderno (transformar la cantidad en calidad mediante la abstracción y la repetición) ha sido un

¹ Vamos a adoptar en adelante el término “informal” para referirnos a las construcciones o barrios periféricos, alegales, marginales o sencillamente pobres para evitar prejuicios y porque, en realidad, nos interesa esa mezcla de despreocupación, atrevimiento, inconstancia e indefinición del término que luego percibiremos y destacaremos en el fenómeno de la favela. Cabría utilizar también el término “urbanismo subalterno”, con el que la académica de origen indio Ananya Roy define “un importante paradigma, (...) que trata de conferir reconocimiento a los espacios de pobreza y a las acciones populares que a menudo permanecen invisibles y olvidadas en los archivos y anales de la teoría urbana” (Cit. en Cano 2021, p. 168).

fracaso, una patraña: una magia que no funcionó” (Koolhaas 2014, p. 13). El movimiento moderno pensó que el crecimiento urbano, sometido al orden abstracto del proyecto, podría generar desarrollo material y humano. Hoy ese ideal nos parece una “patraña”, y nada la representa mejor que la recurrente imagen (3) –que se convirtió para mí casi en una obsesión– de un centro urbano moderno, con sus imponentes rascacielos minimalistas ubicados en una retícula ortogonal, rodeados de un mar de construcciones informes y desordenadas que reciben nombres muy diversos según las zonas –favelas, chabolas, ranchitos, *slums*, villas miseria, *shanty towns*...– y que se caracterizan por ser arquitectura sin arquitectos.

La denominación de “arquitectura sin arquitecto”, a pesar de estar muy extendida, resulta confusa, porque si consideramos arquitecto/a a aquella persona con un título acreditado que le permite el ejercicio de una profesión reglada, tendríamos que concluir que la inmensa mayoría de la arquitectura que hoy admiramos es arquitectura sin arquitecto: desde las catedrales románicas a la arquitectura popular de los miles de pueblos pintorescos que salpican la geografía universal.

En su exposición *Architecture without architects, an introduction to nonpedigreed architecture* (1964) en el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMA) Bernard Rudofsky defendió el interés arquitectónico de “la lengua vernácula”. Crítico con el dogma modernista, alabó la “perfección” de esa lengua por su funcionalidad, simplicidad, eficiencia e intemporalidad: “La arquitectura vernácula no pasa por ciclos de la moda. Es casi inmutable, inmejorable, dado que sirve su propósito a la perfección” (Rudofsky 1964, p. 4). La lengua vernácula demuestra una tranquilidad, una calma, que no está presente en las ciudades “arruinadas” del Primer Mundo, porque es el resultado de una “empresa comunal, una actividad espontánea y continua de todo un pueblo con un patrimonio común, que actúa bajo una ‘comunidad de experiencia’” (Ibid., p. 26).

Pero “eso” que rodea hoy las grandes ciudades tiene poco que ver con la arquitectura popular o vernácula precisamente porque no nace del pueblo sino de su des-poblamiento, del éxodo rural a la ciudad, y no nace del arraigo sino, precisamente, del desarraigo, de los recién llegados a una ciudad que no les acoge. Desde luego, ese mar de autoconstrucciones que rodea las grandes ciudades es el resultado de la actividad espontánea y continua de una comunidad de experiencia, pero, lejos de ser inmutable, no para de cambiar, y su desbordante actividad, no exenta de violencia, está muy lejos de la “serenidad” de la arquitectura popular que Rudofsky opone a la ruina de la ciudad moderna. De hecho, se parece más a una ciudad que crece ya como ruina.

(3) Mumbai, India. (Adrian Catalan Lazar/iStock)





(4) Strip inferior, hacia el norte. *Learning from Las Vegas*, p. 33

2. LA AUTOCONSTRUCCIÓN COMO CONFLICTO ACADÉMICO (O DE CÓMO DAR FORMA A LA INFORMALIDAD).

17

En 1968, Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour, salieron de Yale para “Aprender de Las Vegas” (4). Aprender la ciudad “as found” se convirtió en el nuevo “tic revolucionario” para arquitectos que, encerrados en el cubo blanco de sus estudios, habían perdido el hábito de observar el entorno sin juzgarlo desde su ortodoxia académica, y preferían trabajar de nueva planta que mejorar lo existente.

Aprender del paisaje existente es la manera de ser un arquitecto revolucionario. Y no de un modo obvio, como ese arrasar París para empezar de nuevo que proponía Le Corbusier en los años veinte, sino (...) poniendo en cuestión nuestra manera de mirar a las cosas. Los arquitectos han perdido el hábito de mirar a su entorno imparcialmente, sin pretender juicios de valor, convencidos como están de que la arquitectura moderna ortodoxa es progresiva, cuando no revolucionaria. (Venturi et. al. 2011, p. 22)

De manera refrescante y abiertamente polémica, *Learning from Las Vegas* invitaba a mirar el mundo bajándose de la tarima académica. Pero, visto desde la distancia, el modelo “por excelencia” propuesto para superar el funcionalismo y la simplicidad minimalista, “la vía comercial, y en particular el Strip de Las Vegas” (ibid.), resultaba no menos problemático: “su receta para el futuro –vulgaridad, estupidez, fealdad y aburrimiento como algo que está ‘casi bien’– era justo de lo que iba toda la América snob [Midcult] de Nixon”, les criticaba abiertamente Peter Blake (1993, p. 293) años más tarde. Efectivamente, solo porque ambos se opongan al movimiento moderno en su objetivo de “arrasar París”, no podemos confundir lo Pop (con sus dimensiones corporativas, populistas, kitsch y medioambientalmente insostenibles) con lo popular. Quizá por eso haya quien piense –como en breve veremos– que, si no queremos arrasar ahora Río de Janeiro (y Mumbai, Lagos, Manila, etc.), para empezar de nuevo, *aprender de la autoconstrucción* podría convertirse en la nueva “manera de ser un arquitecto revolucionario”.



(5) Lagos, Nigeria (Yann A. Bertrand)

18

No es nuestro caso. Evidentemente, el título de este TFG es irónico². No pretendemos hacer la revolución viajando a Rio de Janeiro. Pero tampoco podemos ignorar “esa cosa” que rodea las grandes ciudades y que no responde al orden moderno ni a la serenidad vernácula. Pero no solo por su enorme tamaño y su velocidad de crecimiento “metastásico”, sino porque a lo mejor es verdad que, como sospechan Sennett y Sendra:

Las formas rígidas y excesivamente definidas están asfixiando a la ciudad contemporánea. Estos entornos inflexibles reprimen la libertad de actuar de la gente, suprimen las relaciones sociales informales e inhiben la capacidad de evolución de la ciudad. (Sendra y Sennett 2021, p. 4)

Ellos piensan –y ya veremos que no son los únicos– que es así, y proponen “algo que disrumpa las formas rígidas y dé lugar a diseños que estimulen la vida urbana” (ibid.). Pero igual, como nos pasó con Sevilla–Buitrago, no haga falta imaginarse ese “algo”, porque ya exista en alguna parte y, simplemente, haya quedado fuera del foco de atención de la arquitectura, con o sin pedigrí, de los cánones de la profesión arquitectónica, aún herederos del movimiento moderno y de su alternativa popular.

Nos surge entonces la modesta pregunta que da pie a esta investigación: volver la vista hacia esa arquitectura informal y desordenada, que ha quedado fuera de foco y nos cuesta incluso nombrar, ¿podría aportar alguna idea o inspiración que sirva para orientar el proyecto de una joven (aprendiz de) arquitecta ahora que la promesa del movimiento moderno se ha convertido en una “patraña”?

Soy consciente de que en un trabajo de este tipo se exige una hipótesis de investigación más

² En 2005 el geógrafo y urbanista Matthew Gandy criticó en “Learning from Lagos” que Koolhaas considerara Lagos (5) “la ciudad precursora del urbanismo a implementar e imitar durante el siglo XXI” (Cano 2021, p. 163). Para Gandy, tratar “la ciudad como una instalación de arte viviente o compararla con el espacio neutral de un laboratorio de investigación, significa deshistorizar y despolitizar su experiencia” (cit. en Cano 2021, p. 166–67), un error que no quisiéramos repetir.

clara, una buena razón para desarrollarla, un objeto de estudio concreto y una metodología con la que abordarla. No sé si me atrevería a decir que tengo todo eso. Partí, como he explicado, de una vivencia personal que aprendí a ver cuándo, de vuelta a la academia, descubrí que aquello que no había visto, simplemente porque me parecía una carencia (de recursos, de conocimientos, de gusto...), era, en realidad, una forma de vida diferente. Es decir, cuando aprendí a percibirlo no en negativo sino en positivo. Me sorprendió luego descubrir cuántos estudiosos habían desarrollado esa posibilidad y habían visto los aspectos positivos de la arquitectura autogestionada e incluso del desorden. Y empecé a leer, sin más objetivo que aprender. Al tratar de adaptar esa deriva intelectual a un modelo de investigación formal empecé a percibir dificultades: el modelo de hipótesis, metodología y conclusiones se parece mucho “al orden rígido que reprime la voluntad de la gente”, que conduce a la planificación moderna y que deja fuera de foco la realidad informal que despertaba mi curiosidad, lo que me plantea muchas inquietudes.

No me resulta problemático afirmar el interés e incluso la pertinencia de estudiar la autoconstrucción, pero traducir este interés a una fórmula del tipo: “propongo estudiar la autoconstrucción, centrándome en el caso de la favela carioca, como un modelo para superar la crisis del paradigma moderno con el objetivo de encontrar algunas soluciones aplicables disciplinalmente”, me resulta muy problemático. Trataré de explicar por qué.

2.1. ADVERTENCIAS PRELIMINARES (SOBRE ESTA SÍN.TESIS)³.

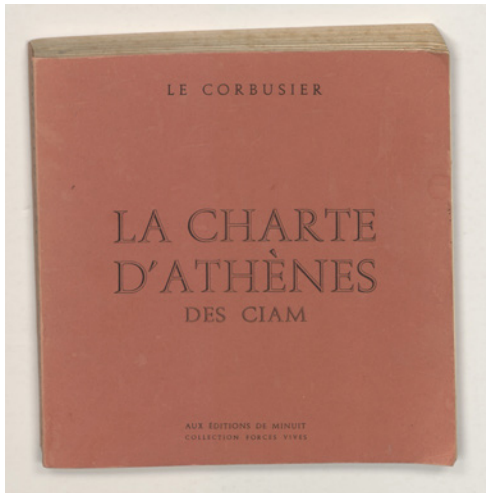
Como en breve veremos, el fenómeno de la autoconstrucción tiene muchas más aristas de las que podemos abordar aquí, y puso coyunturalmente en sintonía posturas muy diversas: a los críticos de la modernidad, a los pensadores vitalistas que inspiraron el mayo del 68, al interés neoliberal por el desarrollo, la desregulación y el fomento de la iniciativa privada, a las aspiraciones revolucionarias de grupos sociales de izquierda... Pero, sobre todo, guarda relación con las desigualdades sociales, el éxodo rural, la especulación inmobiliaria, la crisis del estado... En fin, parece claro que abordar un fenómeno de esta envergadura en el marco de un TFG es, sencillamente, imposible. Por eso nos propusimos unos objetivos mucho más modestos. De entrada, proyectar esta infinidad de elementos de carácter político, social y antropológico sobre las prácticas arquitectónicas que generan⁴. Y, en segundo lugar, centrarnos en un modelo paradigmático: la favela y, más en concreto, la favela carioca.

Pero somos conscientes también de la improcedencia de limitar la autoconstrucción a un área geográfica y, mucho más, a su dimensión formal. La favela es, ante todo, la prueba material no solo del fracaso de la utopía de la arquitectura moderna (“transformar la cantidad en calidad”) sino, sobre todo, de una injusticia social intolerable, y padece carencias de todo tipo –alcantarillado, abastecimientos, servicios de salud, seguridad, de recogida de basura o de transporte público– que, por momentos, amenazan incluso la propia vida de sus habitantes. Las favelas son expresión de una situación de miseria y conflicto que no puede justificarse en atención a un eventual interés académico.

“Estetizar” y, más aún, “romantizar” el fenómeno, máxime desde un país del norte global y con ciertas ínfulas “progresistas” me haría incurrir en lo que mi propio tutor ha calificado de “turismo arquitectónico occidental” al “entender la informalidad como un proceso descontextualizado de las circunstancias económicas, sociales o políticas que la generaban y que generaba” (Cano 2021, p. 164). Pero, al mismo tiempo, sería también injusto ver esta arquitectura sin pedigrí como un mero síntoma de pobreza –física e intelectual–. Es evidente que la favela es indisociable del conflicto, pero también que...

³ Me apropio aquí del juego de palabras que da título al libro de Federico Soriano *Sin_Tesis* (2004) en el que defiende que el valor de un proyecto, arquitectónico o intelectual, no reside en su resultado (la conclusión derivada de la hipo-tesis), sino en el proceso, en la deriva por las ideas y las formas que desencadena.

⁴ No debemos olvidar que cuando se consulta bibliografía sobre la favela son infinitamente menos los artículos que se refieren a su arquitectura que los que hablan de violencia, narcotráfico, insalubridad, marginación y conflictividad social. Y la inmensa mayoría se plantean solucionar los problemas que genera. Por eso, imaginarla, si quiera tentativamente, como modelo “académico” puede parecer una ingenuidad cuando no una clara falta de sensibilidad.



(6) Portada de *La Charte d'Athènes*, 1933

Si el conflicto pasa a ser entendido como un elemento vinculante, generador o protagonista de lo arquitectónico, la arquitectura no solo será forma u objeto a copiar o encumbrar por el autor, sino relación de fuerzas de los cuerpos que lo producen o evitan, siendo el habitante y su contexto el autor de dicha arquitectura. (Cano 2021, p. 170)

Creo que no deberíamos, por temor a estetizar la pobreza, ignorar que los recursos nacidos en situaciones de necesidad indeseables pueden aportar soluciones de interés. Como empezamos diciendo, mi experiencia en Tamale o, mejor dicho, mi progresiva reflexión sobre mi experiencia en Tamale, me sirvió no solo para percibir valores allí donde inicialmente solo percibía carencia sino para percibir carencias aquí donde antes solo percibía valores.

Pero nos enfrentamos aún a otro problema: el fenómeno de la autoconstrucción es, por definición, indefinido. Pero también es cierto que si en lugar de aprender del Plan Voisin (7) decidimos aprender de Las Vegas, tampoco habremos aprendido tanto. A un transeúnte normal le resultaría difícil distinguir en el ensanche de su ciudad entre la influencia ejercida por el Strip de Las Vegas o por los principios de zonificación de la Carta de Atenas⁵ (6). Sin embargo, todo el mundo que visite Río se dará cuenta inmediatamente de que se ha salido del *downtown* y se adentra en la favela: abandonas un mundo de ortoedros verticales, dominado por el coche y diseñado con tiralíneas, y te adentras a pie en un estrecho laberinto de volúmenes irregulares. Lo que queremos decir con esto es que los críticos contra el Movimiento moderno no plantean ni por asomo un contraste tan evidente con sus paradigmas como el que ofrece la autoconstrucción que, a pesar de su enorme variedad, resulta muy fácilmente reconocible.

Pero si admitimos que el variopinto fenómeno de la autoconstrucción se parece bastante a

⁵. La Carta de Atenas (1933), a la que volveremos a hacer referencia, es un documento fundamental del urbanismo moderno promovido por Le Corbusier y el CIAM que recomendaba estructurar la ciudad moderna de forma racional, separando las cuatro actividades básicas de la vida urbana: habitar, trabajar, recrearse y circular. Se considera la propuesta fundacional de la zonificación como base para el diseño funcional de ciudades modernas.

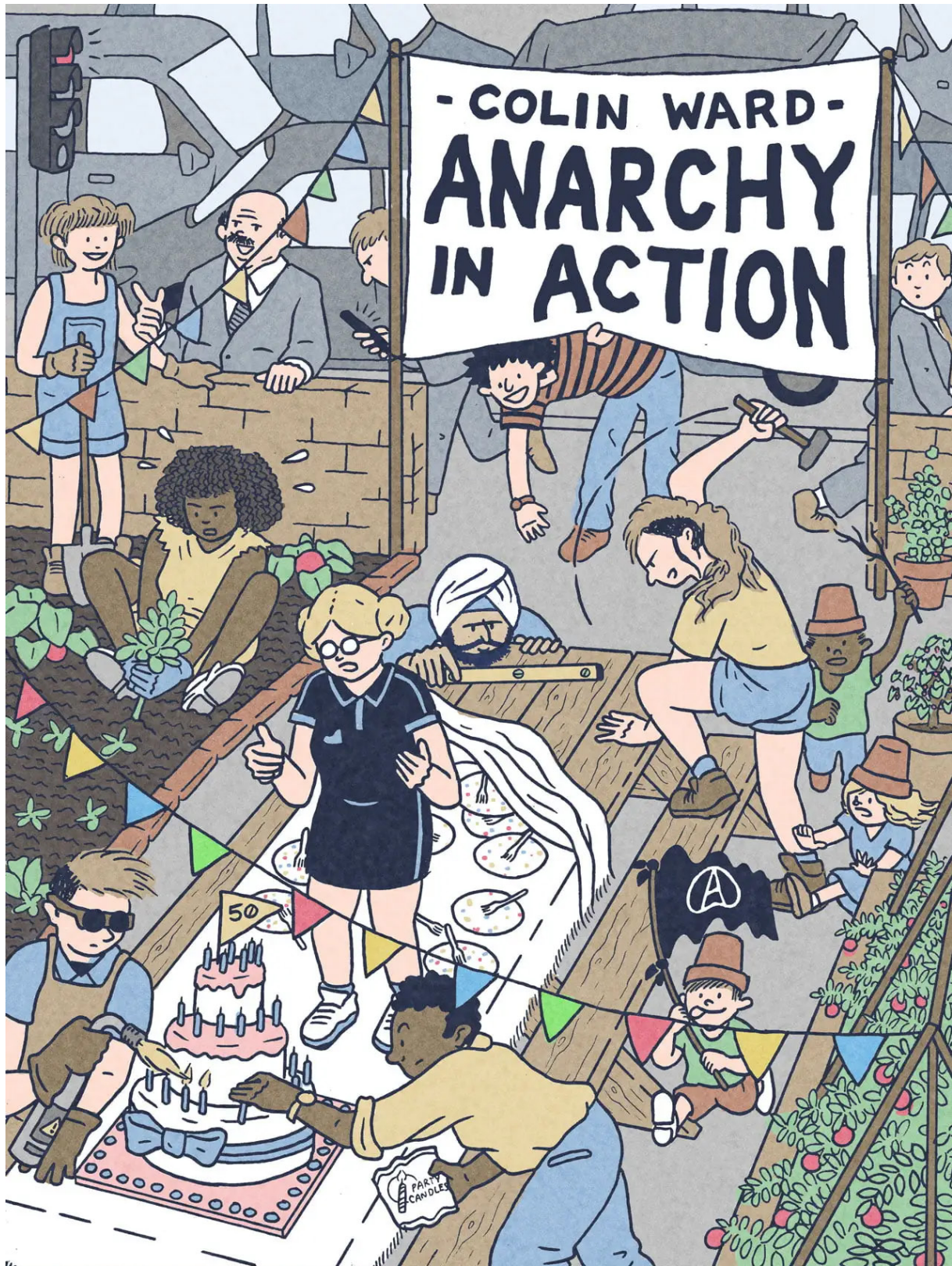
(7) Le Corbusier, maqueta del Plan Voisin, París, 1925. A la derecha se observa la Isla de la Cité.



sí mismo por el enorme contraste con la arquitectura que le rodea, tendríamos que vincular el interés académico por la arquitectura no académica con la desafección con el movimiento moderno, especialmente en Brasil.

Paola Berenstein: Brasilia es uno de los mayores símbolos arquitectónicos y urbanísticos del Movimiento Moderno. Este se disolvió oficialmente en 1959, año del último CIAM, y Brasilia fue inaugurada en 1960. La arquitectura moderna fue construida para un hombre y una sociedad ideales, es decir, sin la intervención de los hombres reales, ya que se creía que

(8) Portada de *Anarchy in Action*



with new introduction by **Sophie Scott-Brown**



Dionisio González, *Buraco Quente II*, 2007. Fotografía, 125 x 260 cm.

la arquitectura los modificaría. Las favelas son precisamente lo contrario: están construidas por hombres reales, sin ayuda de arquitectos. Esta manera de hacer de los arquitectos informales (favelados), de inventar su propia ciudad, puede sugerir otra manera de crear la arquitectura y de pensar la ciudad. (Hastings y Berenstein 2004: s/p)

Siendo esto cierto, en absoluto se puede afirmar que (toda) la arquitectura informal sea una respuesta, al menos programática, al movimiento moderno. Nada nos permite ver en la arquitectura informal un “paradigma”, un estilo o siquiera una toma de postura coherente.

Los barrios pobres no se construyeron ni en contra ni a favor de ninguna postura, gobierno o autoridad (muchos de ellos han contado con la colaboración de los políticos, unas veces cediendo terrenos, otras haciendo la vista gorda). De hecho, *no son un proyecto de construcción afirmativa*; más bien, son una vía de escape, a menudo la única, fruto de las urgencias de la vida en la metrópolis, del actuar de acuerdo a las condiciones existentes, cuando sea posible, donde sea y como sea.” (Pablo Benetti, cit. en Castro 2017, p. 13. Curs. mías)

Por último, habría que advertir, de cara a las conclusiones, que la autoconstrucción no es una práctica que pueda simplemente exportarse a la disciplina arquitectónica, porque implica flujos colectivos espontáneos que no pueden traducirse en una metodología de proyecto.

2.2. Hipó(sin)tesis de trabajo.

Hechas todas estas advertencias preliminares, nos encontramos en situación –tan precaria y provisional como nuestro objeto de estudio– de traducir nuestra curiosidad inicial al formato académico. Y decir que, aún a sabiendas de que la autoconstrucción es un fenómeno enormemente complejo, variado e incluso informe, que no puede identificarse con una propuesta afirmativa y mucho menos traducirse en soluciones disciplinares, que no se debe idealizar ni reducir a sus dimensiones formales, parece evidente que es “algo” que se puede identificar y que no se puede ignorar. No solo por su dimensión, sino porque plantea una alternativa real capaz de abrir...

otro camino, un camino intermedio, entre la no-arquitectura y la arquitectura, entre lo popular y lo erudito, entre la vivencia y el proyecto, entre la informalidad y la formalidad, que comenzaría por un cambio de postura y de materialidad por parte de los arquitectos y urbanistas, quienes tendrían que dejarse contaminar por lo “otro” urbano, por la diferencia y la alternancia. (Hastings y Berenstein 2004: s/p)

La academia ha desatendido “lo otro urbano”. El norte global se ha acostumbrado a entender otras formas de vida como primitivas, pobres, ingenuas o de mal gusto. Hoy estamos empezando a ver esas formas de vida no como un síntoma de atraso sino como posibles



Autoconstrucción en Santa Cruz de Tenerife. Barrio Nuevo (Fuente: Diario de Avisos).

Jorge Oramas. *Barrio de San Nicolás*, ca.1932-1935. Óleo sobre lienzo 36 × 44,5 cm.



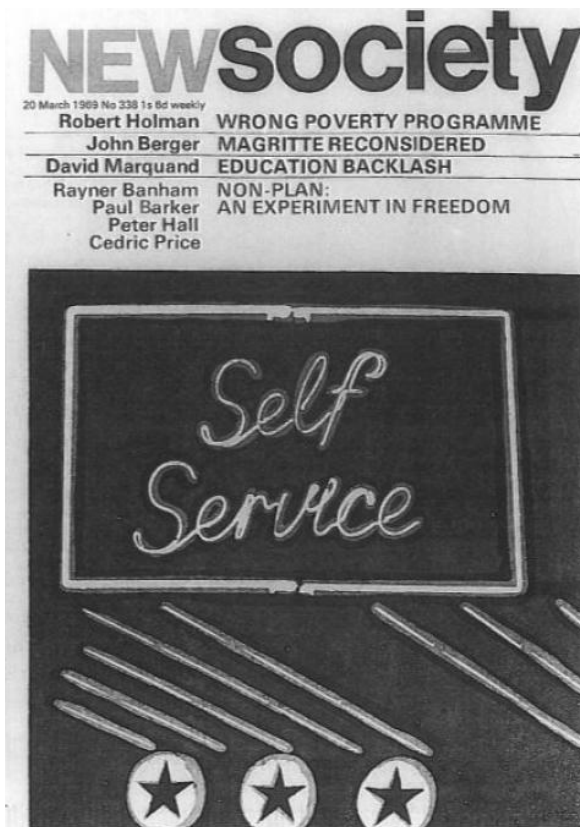
soluciones a los problemas que nos plantea nuestro propio paradigma. En consecuencia, no parece improcedente acercarse sin prejuicios a modelos diferentes sin plantear un hipotético retorno nostálgico a la arquitectura vernácula y popular, sino fijándonos en la propia crisis de la modernidad como posibilidad y tratando, como las chabolas, de construir alternativas con los restos de su naufragio.

En las Favelas (...) empecé a repensar toda mi profesión, a desaprender lo que había aprendido, y luego me puse a cambiar el enfoque hacia la adaptación, la reutilización y el uso de la escasez como un recurso. (...) Las Favelas son más resistentes (...) porque ellos [los residentes] trabajan en el acercamiento, trabajan de manera orgánica, crecen y se adaptan juntos (...). Ellos producen menos residuos que las ciudades regulares. Ellos usan menos recursos. Estamos vendiendo un estilo de vida occidentalizado al mundo (...) proyectos para los promotores que no tienen nada que ver con ninguna realidad. (Brillembourg, cit. Castro 2017, p. 25)

Yo no aspiro a desaprender lo aprendido, me basta con contaminarlo. Mi hipótesis de investigación sería, simplemente, que “lo otro urbano” es capaz de “contaminar” la arquitectura, y que ello puede resultar pertinente para liberarla de ciertas rigideces que le impiden comprender que, además de diseñar formas, objeto o edificios, puede –y casi inevitablemente lo hace– intervenir en los flujos, procesos y disposiciones que configuran la realidad (Easterling, 2021).

Para favorecer modestamente esa contaminación, nos proponemos dos cosas: en primer lugar, realizar un rápido recorrido por las principales teorías que han encendido y renovado el interés por el fenómeno de la arquitectura informal o desordenada (el estado del arte); y, en segundo lugar, elegir un caso de estudio tan indefinido como todo el fenómeno pero, al menos, reconocible y paradigmático: la favela carioca. ¿Cómo planteo acotar este estudio? Primero, orientando preferentemente el análisis hacia las prácticas arquitectónicas (a diferencia, por ejemplo, de Caldeira, que, como luego veremos, pone en su definición el foco en el tipo de ciudadanía que generan) y, segundo, ordenado los múltiples y dispersos aspectos de esas prácticas en una serie de características con un fin meramente “educativo”, es decir, con la expectativa de poder aprender algo de ellas. La idea sería reproducir la experiencia de Tamale y ver qué nos tiene que decir la favela. Dejaremos entonces que nos hable y, para verlo, nos valdremos del lenguaje del comic, con la intención, meramente simbólica, de utilizar un lenguaje sin pedigrí para hacer hablar una arquitectura sin pedigrí.





(9) Portada de New Society, 20.03.1969. A la dcha. Richard Hamilton. *Just what is it that makes today's homes so different, so appealing?*, 1956, paradigma del pop Británico.

25

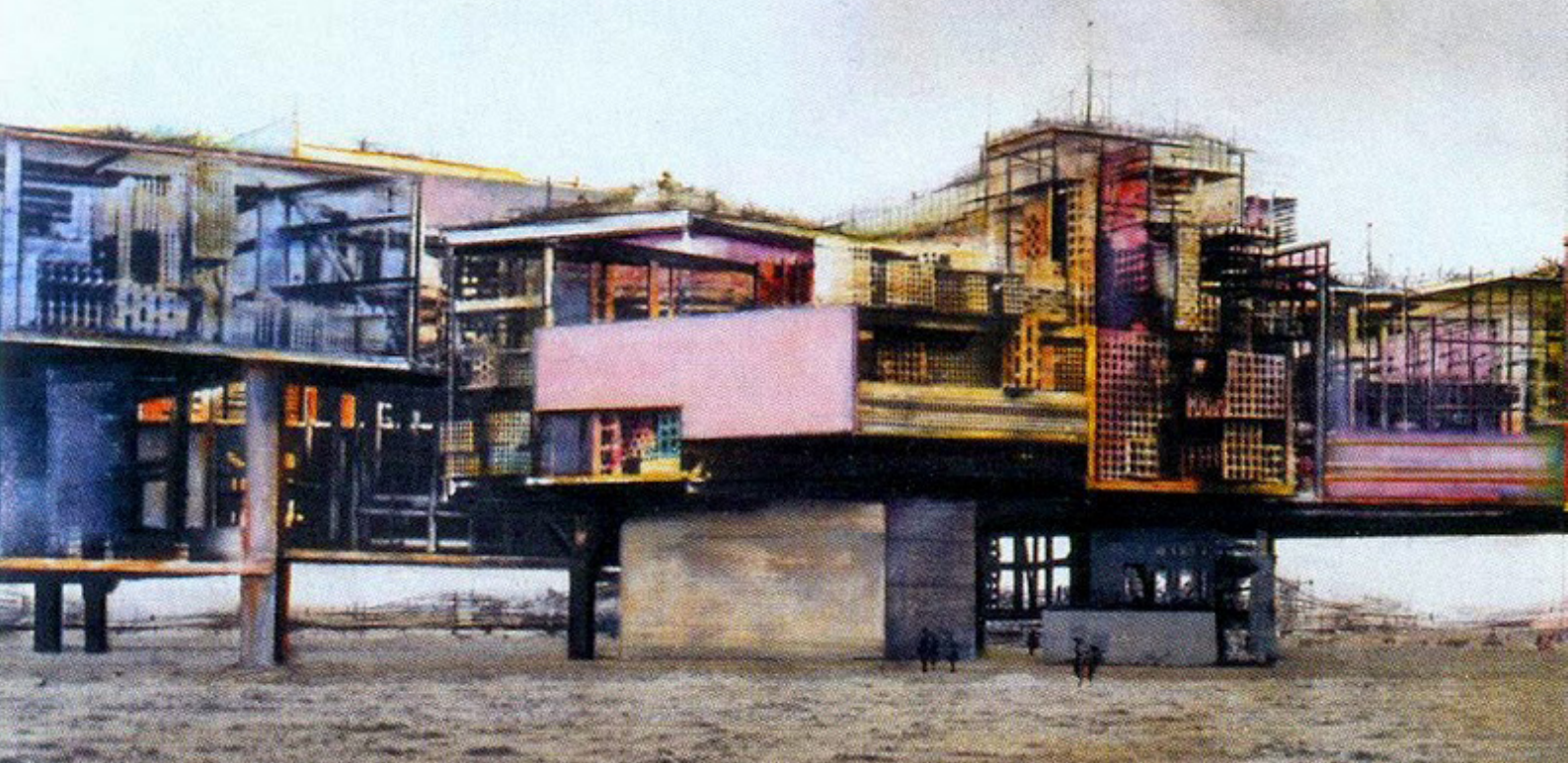
3. ESTADO DEL ARTE.

La idea no es demasiado original. Desde que el MoMA inaugurara, en 2010, *Small Scale, Big Change: New Architectures of Social Engagement*, el interés por el tema de la participación popular en la producción del hábitat, el papel de los arquitectos en estos procesos y, en concreto, los planes de “auto-ayuda” (AA) y metodologías para la “autoconstrucción” (AC), en especial en América Latina, no ha parado de crecer.

El Movimiento Moderno fue criticado casi desde sus inicios por su estilo monótono y su desprecio por las condiciones culturales regionales. Tras la Segunda Guerra Mundial, se amplificaron las críticas neorregionalistas –como el “regionalismo crítico” de Kenneth Frampton (1983)– especialmente sensibles a la relación con el lugar y el entorno, pero también otras más enfocadas en el excesivo poder de los arquitectos, quienes, desde una perspectiva centralizada y tecnocrática, planificaban desde arriba tanto las ciudades como la vida cotidiana, contribuyendo a la alienación de los ciudadanos. Repasaremos en lo que sigue muy brevemente estas últimas corrientes críticas visitando tres momentos claves en el desarrollo del interés académico por la autogestión ciudadana de los espacios urbanos: el que se gestó en torno a la atmosfera intelectual que solemos identificar con el mayo del 68, el que surgió, especialmente en Gran Bretaña, en torno a Banham, Price y los Smithson, y el que identificamos en Latinoamérica con la figura de John Turner, para acabar con unos apuntes sobre la actualidad.

3.1. EN TORNO AL 68.

En los años 60, las filosofías vitalistas que eclosionaron en el mayo del 68 se pusieron a buscar playas debajo del asfalto. Movimientos como la Internacional Situacionista (IS) y pensadores como Henry Lefebvre propusieron alternativas al urbanismo funcionalista. La IS



crítico la ciudad como espacio de trayectorias repetitivas y alienantes, proponiendo la “de-
riva” –deambular sin rumbo– y la psicogeografía –una “ciencia” que estudia cómo los en-
tornos urbanos influyen en las emociones y experiencias–. Defendieron, a través de su con-
cepto del “urbanismo unitario”, la ciudad como un espacio de juego y creatividad, y no solo
de producción y consumo. Frente a la percepción moderna del espacio como un “a priori”
pasivo y meramente cuantitativo, Lefebvre en *La producción del espacio* (1974) lo considera
un agente activo que determina cualitativamente la existencia e interactúa con las relacio-
nes sociales. De ahí que el capitalismo haya convertido el espacio urbano en un instrumento
de control orientado a la privatización y fragmentación social. Pero, por ello mismo, podría
re-convertirse en un espacio de emancipación: en su *Derecho a la ciudad* (1967), en línea con
la tesis del *Homo Ludens* (1938, 2016) de Johan Huizinga, concebía la urbe como un espacio
de participación activa, donde los ciudadanos podrían recuperar el poder de transformar su
entorno a través del “espacio vivido”.

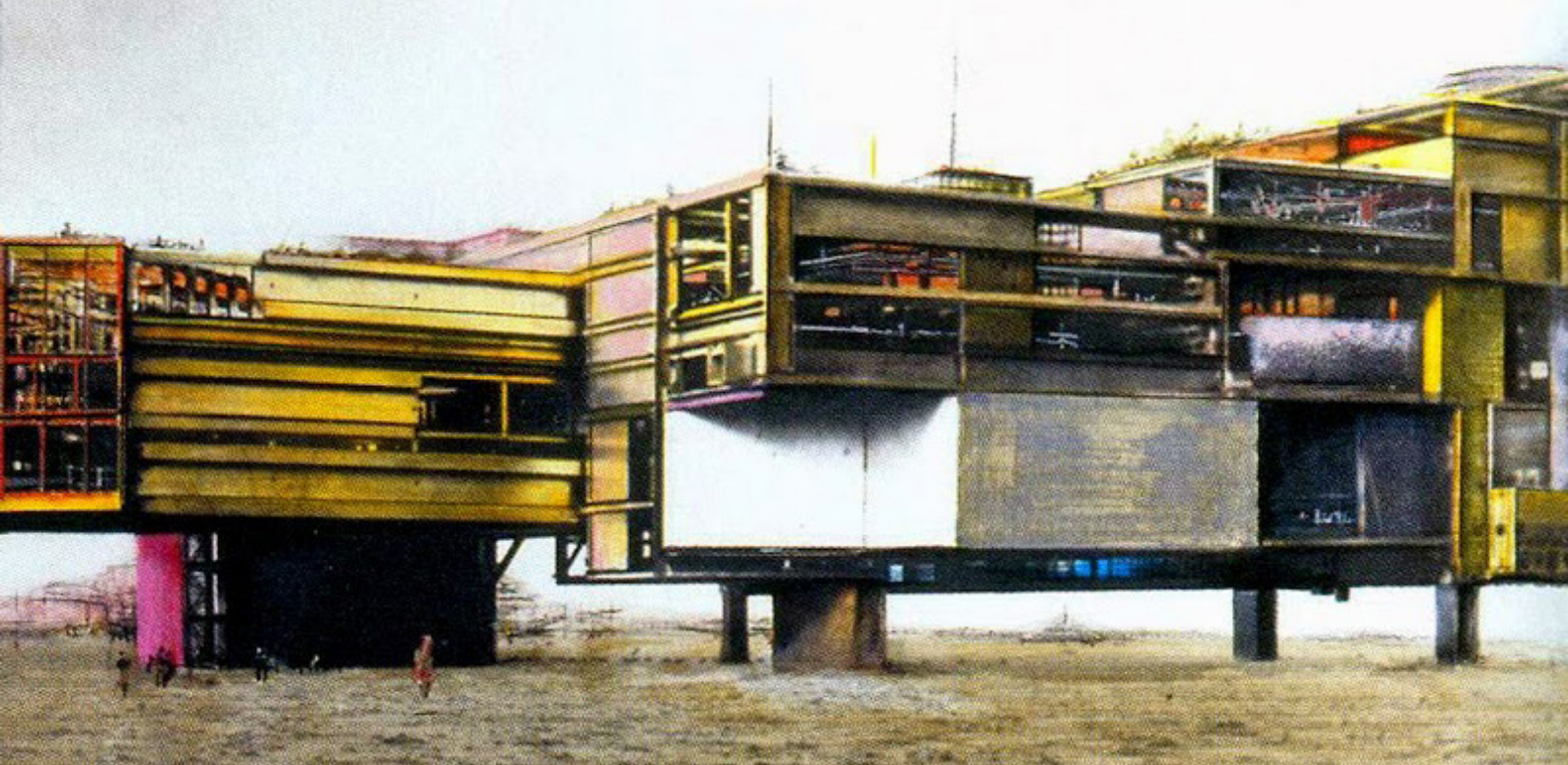
Constant Nieuwenhuys, vinculado a la IS, imaginó New Babylon (10), una ciudad dinámica y
lúdica para el “Homo Ludens”, basada en módulos flexibles y espacios públicos cambiantes
que fomentaran la creatividad y el contacto. Este gigantesco laberinto no era más que la tra-
ducción tecnológica de los campamentos romaníes de carros y *roulottes* en torno a tableros
improvisados.

3.2. EL CONTEXTO ANGLOSAJÓN.

En el Reino Unido, arquitectos como Reyner Banham, Cedric Price y los Smithson, junto a
pensadores como Colin Ward, impulsaron una crítica radical al dirigismo del Movimiento
moderno. El manifiesto “Non-Plan”⁶ propuso eliminar la planificación urbana rígida, dando
mayor libertad a los usuarios para transformar su entorno y adaptarlo a sus necesidades.
Cedric Price diseñó espacios emblemáticos como el Fun Palace (11), un centro de ocio flexi-
ble y reconfigurable capaz de adaptarse a las actividades y necesidades de la comunidad.

Los Smithson desarrollaron el concepto de “as found” (literalmente, “tal y como se en-
cuentra”), que defiende, frente a las soluciones universales de nueva planta del estilo in-

⁶. “Non-Plan: An Experiment in Freedom” fue publicado en 1969 como una edición especial de la re-
vista *New Society* (9), fruto de la colaboración de Reyner Banham, Peter Hall y Cedric Price con el pro-
pio editor Paul Barker (que se preguntaba maliciosamente: “Could things be any worse if there were
no planning at all?”). Proponía un enfoque flexible y dinámico, soluciones adaptativas y temporales y
lugares orgánicos, donde las personas pudieran influir autónomamente en el desarrollo del espacio.



(10) Constant Nieuwenhuys, *The New Babylon*, 1963

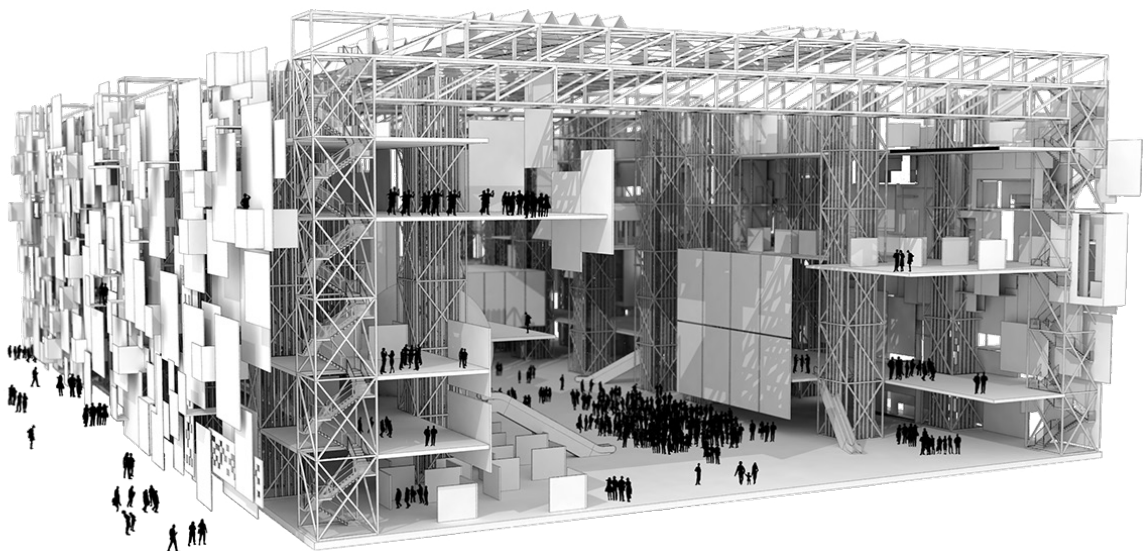
ternacional, el contexto y lo ya existente, que está ahí porque se dieron las condiciones para que así fuera, por lo que podría considerarse como expresión de la autenticidad y la belleza de lo cotidiano, que también se expresaba en la “honestidad” de los materiales “sin tratar”, “no refinados”, como el hormigón o el ladrillo.

Colin Ward propuso la “anarcoarquitectura” (9), que promovía la autogestión, la cooperación y la descentralización. Defendía la AC, el uso de materiales accesibles y la reutilización de espacios, buscando empoderar a las comunidades para que gestionaran sus propios entornos, en oposición al control estatal y la arquitectura como instrumento de poder y segregación social.

27

Todas estas propuestas, más o menos radiales o utópicas, pusieron sobre la mesa conceptos como flexibilidad, desorden, incertidumbre, emancipación, sistemas complejos, interdisciplinariedad o autoorganización que, sorprendentemente habían sido ignorados en unos CIAM que nunca dudaron de la capacidad y la bondad de la disciplina arquitectónica expresada en sus *Master Plan*. Conceptos, por cierto, influidos por ideas provenientes de campos

(11) Cedric Price. Fun Palace for Joan Littlewood Project, Stratford East, London, England. 1959–1961



tan diversos como la biología evolutiva, la teoría información o la termodinámica, que se enfrentaron al paradigma clásico newtoniano con neologismos como entropía, cibernética, complejidad, indeterminación, desequilibrio, teleonomía, estructuras disipativas, incertidumbre calculada, evolución, catástrofe elemental, eco-organización, concepto abierto, retroalimentación, lejos del equilibrio, bifurcación, probabilidad, auto-organización, morfogénesis, metabolismo, sistema abierto, sistema evolutivo, *collective form*, *form plan*, *cluster*, mutación... que pronto fueron asumidos y resignificados en el campo de la arquitectura, por ejemplo, en el Manifiesto de Doorn⁷, las formas abiertas de Oskar Hansen⁸, el urbanismo móvil de Yona Friedman⁹, el Manifiesto Metabolista¹⁰, la arquitectura aditiva de Jorn Utzon¹¹ o el propio *Non-Plan*¹².

En resumen, los manifiestos más decisivos en la transformación de la arquitectura y la planificación urbana en la posguerra están en línea con una ciencia que estaba abandonando la clásica visión de la naturaleza como estructura estática, armónica, proporcionada y estable para concebirla como un organismo en constante evolución y mutación (cfr. Pérez Romero 2013).

Por último, debemos recordar que la década de los 60 había comenzado con la crítica de Jane Jacobs en *The Death and Life of Great American Cities* (1961) a la planificación urbana moderna en general y, en particular, a los planes de Robert Moses para Manhattan, y que terminó con *After the Planners* (1971), libro en el que Robert Goodman resumió la atmósfera *anti-establishment* de la época. Ambos se posicionaban en contra la alianza entre el “complejo urbano-industrial” tecnocrático y la planificación gubernamental a gran escala que demolía barrios antiguos para construir vivienda social de gran altura.

3.3. JOHN TURNER.

Todo lo hasta ahora analizado se desarrolló, fundamentalmente, en el campo de la arquitectura utópica o teórica. Muy diferente es el caso de John Turner (1927-2017), un arquitecto y urbanista también británico que propuso un modelo de desarrollo urbano participativo, inclusivo y accesible. Junto a infinidad de artículos en publicaciones especializadas, escribió textos ya clásicos como la “legendaria edición” –en palabras de Kahatt (2011, p. 23)– del número 33 de la revista *AD*, bajo el título “*Dwelling resources in South America*” (1963), “*Freedom to Build: Dweller Control of the Housing Process*” (1976, coeditado con Robert Fichter) o *Housing by People: Towards Autonomy in Building Environments* (1976) (12). Pero, además, hizo realidad buena parte de sus ideas a en los años 50 y 60 en Lima y Arequipa (Perú). Allí colaboró con agencias de vivienda y organizaciones locales, demostrando cómo los residentes, con unos mínimos recursos, podían crear asentamientos exitosos y funcionales. Su experiencia le llevó a asesorar y participar en infinidad de planes de construcción de vivienda asequible a gran escala.

Turner fue invitado a ir a Lima, a principios de 1957, por el arquitecto trujillano Eduardo

⁷ Manifiesto fundacional del Team X firmado por Jacob B. Bakema, George Candilis, Aldo Van Eyck, Alison y Peter Smithson, Gutman, John Voelker, William Howell y Shandrach Woods, que afirmaba que la vivienda no podía ser entendida como un sistema cerrado sino en continua interacción con el entorno.

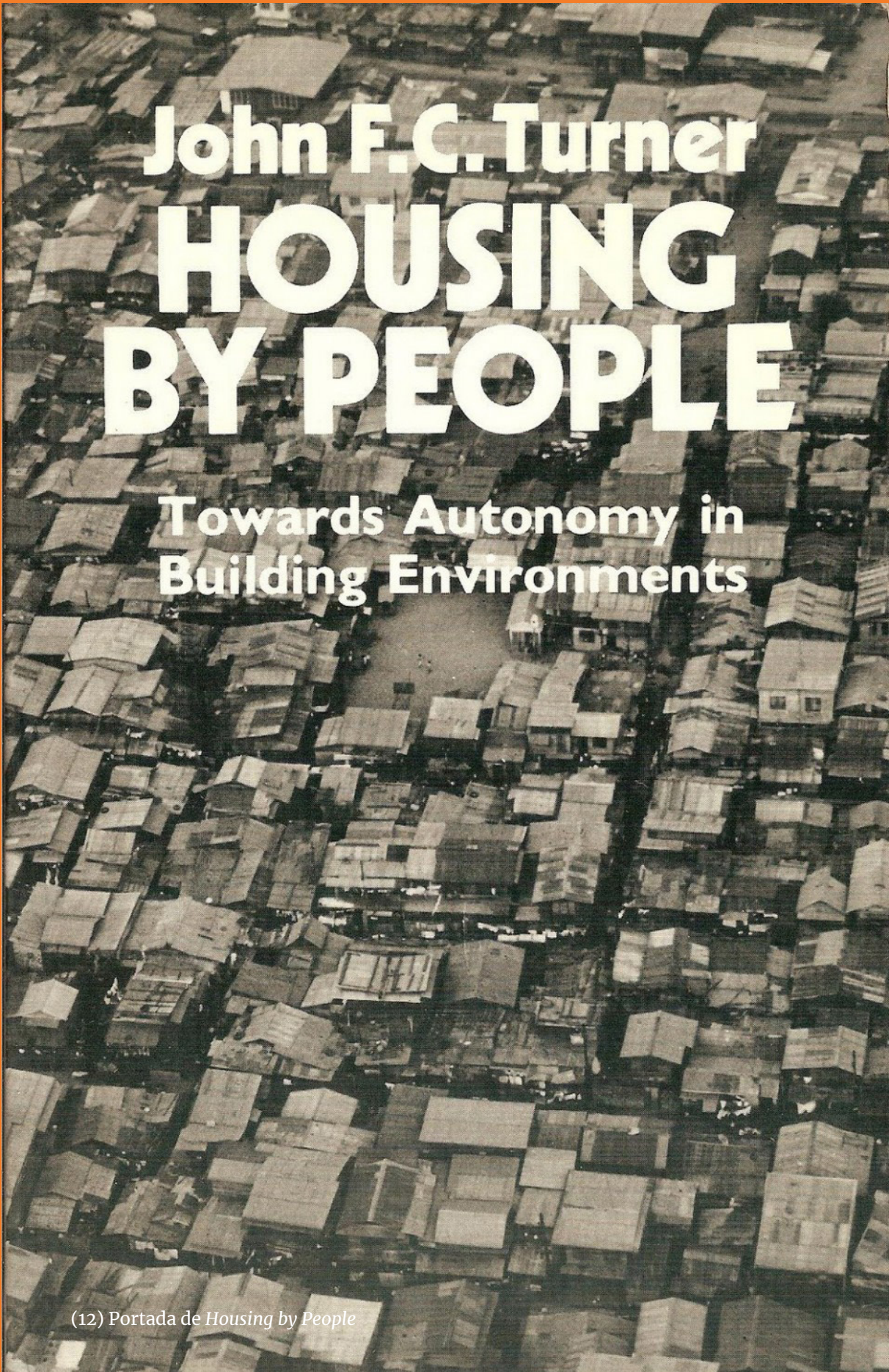
⁸ En las que surge la entropía –término proveniente de la termodinámica–, no pueden entenderse por sí mismas sin referencia a su relación con el ambiente y conciben al usuario como partícipe y no como mero consumidor u observador de un ambiente impuesto.

⁹ Que utiliza las teorías físicas de Heinz Von Foerster sobre el azar en su manifiesto de la arquitectura móvil (1956, 1978), un modelo de autoorganización en contra de los sistemas cerrados y estables de los “*Master Plan*”.

¹⁰ Plagado, desde el propio título, de referencias biológicas a la vida concebida como intercambio energético entre los seres y el medio en el tiempo.

¹¹ Basada en la capacidad de retroalimentación y la estructura fractal de la naturaleza.

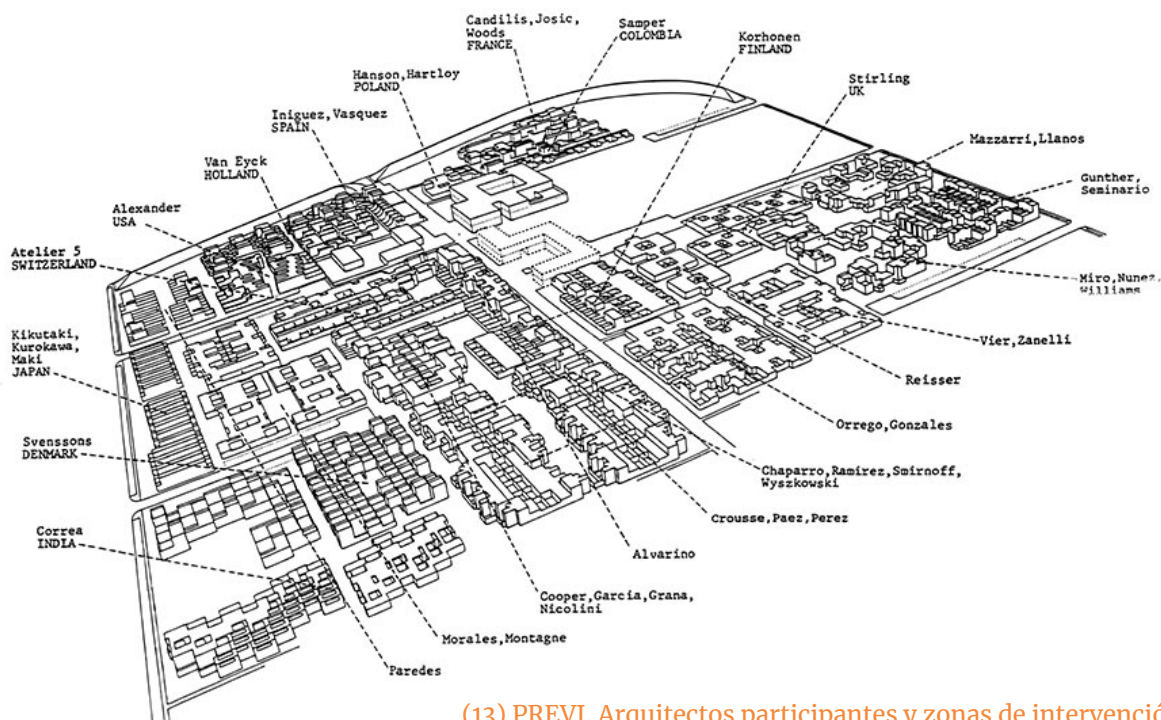
¹² Que se basa en una estructura y un sistema de decisiones espontáneas claramente en la línea de los sistemas autoorganizadores de Heinz Von Foerster. el *Non-Plan* estaba además cautivado por la cibernética.



John F.C. Turner **HOUSING** **BY PEOPLE**

**Towards Autonomy in
Building Environments**

(12) Portada de *Housing by People*



(13) PREVI. Arquitectos participantes y zonas de intervención

Neira Alva¹³ –a quien había conocido en un curso de verano del CIAM realizado en Venecia en 1952–. Junto a Neira, dictó clases de Teoría del Planeamiento Urbano sobre Patrick Geddes, cuyo informe “Indore” (1918) contenía la primera recomendación de una política para la promoción de viviendas construida a través de la auto-ayuda (Gyger 2013, p. 83). Su otra gran referencia era Jacob Crane, que acuñó el término “aided self-help housing” (1944; 1949) a mediados de los cuarenta.

Turner fue introducido en el universo de la AC/AA por Neira (Huapaya 2015) que había participado de una experiencia coordinada por las Naciones Unidas en Puerto Rico en 1955 y había elaborado unos manuales de AC comunitaria en los cuarenta (Chavez et. al., 2000; Gorelik 2008, pp. 89–90). En junio de 1957 se estableció en Arequipa, donde ocupó un cargo en la administración pública (Ibid., pp. 93–96) y desarrolló el concepto de “asistencia técnica inteligentemente dirigida”, basada en la “ayuda mutua” de los residentes que, bajo la guía de un experto, podían construir sus casas del modo eficiente y económico (citado en Gyger 2013, p. 87 y Huapaya 2015).

Turner, muy crítico con las políticas de vivienda masiva impuestas por los gobiernos en la década de 1960 y 1970, según él demasiado rígidas y desconectadas de la vida real de las personas, cambió la forma en que pensamos acerca de las viviendas de bajo costo; “nos enseñó a valorar la auto-ayuda; pensar la vivienda como un verbo; ver los asentamientos ilegales como soluciones, y no problemas” (Harris 2003, p. 245–46). Sostenía que la vivienda no debía entenderse como un objeto acabado, sino como un proceso en constante evolución, ajustado a las necesidades y capacidades de quienes la habitan. Para él, la AC no solo proporcionaba acceso a la vivienda, sino que empoderaba a las personas que, al involucrarse en el proceso, adquirían habilidades y generaban vínculos que promovían la cohesión social. Por eso defendía que las personas se convirtieran no solo en propietarios sino en agentes activos de la construcción y el diseño tanto de la vivienda como de la comunidad, a la que daría sentido de pertenencia y control sobre su entorno. Frente al modelo estandarizado e impersonal de la vivienda social, Turner abogaba por construcciones flexibles y adaptables, que pudieran evolucionar con el tiempo.

¹³ Eduardo Neira Alva (1924–2005) fue un arquitecto y urbanista peruano vinculado con importantes instituciones que actuaron en América Latina, como el Centro de Estudios del Desarrollo (Cendes) o el Banco Internacional de Desarrollo (BID), y preocupado por los vínculos de la arquitectura con el hábitat humano.

3.4. ELOGIO DEL DESORDEN.

Estos planteamientos han vuelto a sacarse a la palestra con la reedición del libro *Autoconstrucción: por una autonomía del habitar* (*Escritos sobre urbanismo, vivienda, autogestión y holismo*) (2018) a cargo de Kathrin Golda-Pongratz, José Luis Oyón y Volker Zimmermann, con un importante estudio introductorio de los textos de Turner.

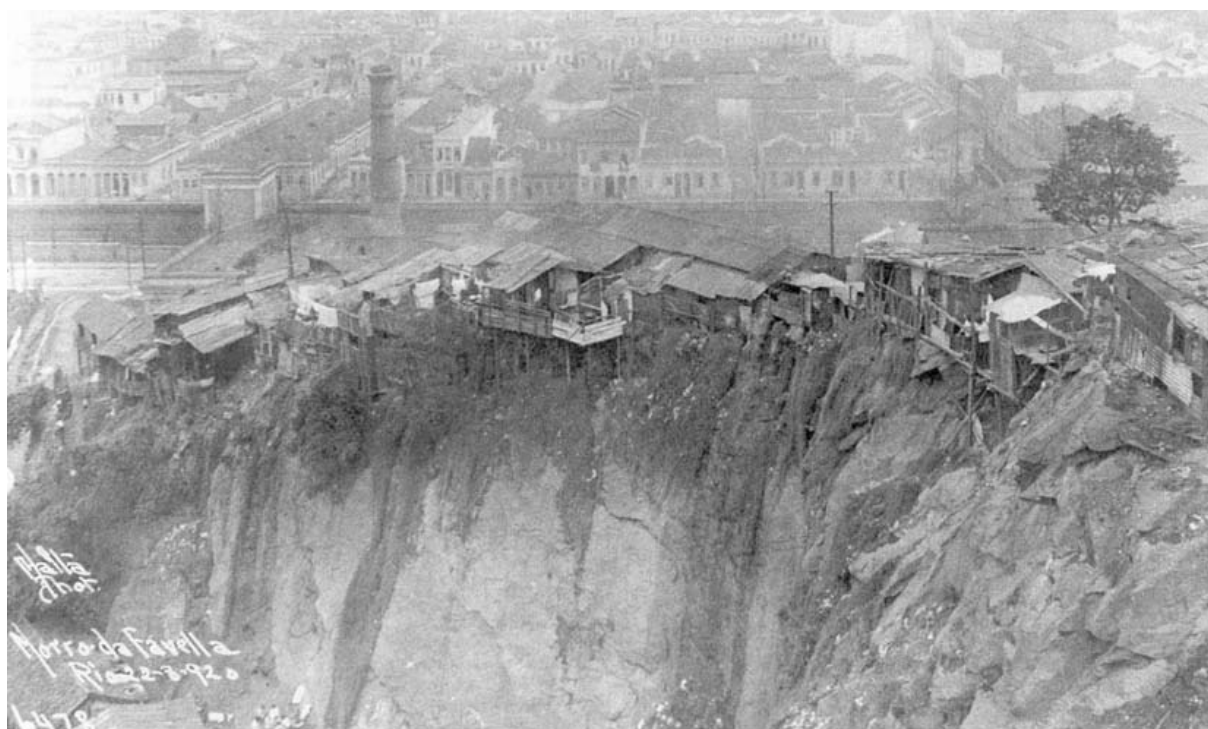
Poco después, Pablo Sendra y Richard Sennet, publicaron *Diseñar el desorden. Experimentos y disrupciones en la ciudad* (2020), desarrollando las ideas expuestas décadas antes por el propio Sennet en *Los usos del desorden* (1970). Allí insisten en que las ciudades deben ser diseñadas de una manera más flexible, dinámica y abierta a la experimentación, en lugar de ser planeadas de manera rígida y controlada, y promueven el desorden como motor de innovación urbana en la medida en que fomenta la creatividad, desafía los sistemas preestablecidos y abre el espacio a la experimentación social, cultural y económica. Subrayan la importancia de que los ciudadanos participen activamente en el diseño y adaptación de su entorno urbano y no sean meros receptores de un diseño planificado por expertos. Esto implica una planificación que permita y prevea la improvisación y los “experimentos urbanos”, intervenciones temporales y pequeñas transformaciones que, mediante prueba y error, puedan generar dinámicas abiertas a lo inesperado. Las ciudades pueden beneficiarse de lo inesperado y lo disruptivo que, según ellos, promueve la colaboración y soluciones más inclusivas, resilientes y sostenibles para los desafíos urbanos.

Rem Koolhaas ha celebrado en “¿Qué fue del urbanismo? (1995) lo espontáneo, lo híbrido, lo aparentemente caótico y el potencial creativo de la “muerte del urbanismo” (Koolhaas 2014, p. 11 ss.), que habría llenado las ciudades de aeropuertos, avenidas, cinturones de circunvalación, ciudades satélite, rascacielos, *malls*, polígonos y zonas verdes (cfr. Koolhaas 1995, p. 965). Aunque también se ha quejado, en “La ciudad genérica” (Ibid. p. 35 ss.) y en “Espacio basura” (Ibid, p. 69 ss.), de que la arquitectura se haya vuelto irrelevante frente a los intereses privados y de que las decisiones sobre las ciudades ya no las tomen los urbanistas sino los promotores o las corporaciones. Y entre 1998 y 2001 exploró la capital de Nigeria, a la cabeza del *Harvard Project on the City*, para concluir que su crecimiento informe era el precursor del urbanismo del siglo XXI.

El mismo año de su fallecimiento Ignasi Solá-Morales publicó un sugerente artículo titulado “Arquitectura líquida” que comienza con la siguiente pregunta: “¿Es posible pensar una arquitectura del tiempo más que del espacio? ¿Una arquitectura cuyo objetivo sea no el de ordenar la dimensión extensa sino el movimiento y la duración?” (Solá-Morales, 1999, p. 26).

Consideramos importante destacar que todas estas corrientes no son neorregionalistas. Es decir, no cuestionan el Movimiento Moderno desde un deseo de involucionar a las tradiciones constructivas vernáculas, sino por su planeamiento centralizado, de arriba abajo, impositivo y totalizador, que privilegia el construir –y, sobre todo, el proyectar– sobre el habitar.

(14) “Morro da Favella”, Río de Janeiro, 1920. Foto: Fessler & Berenstein 2003.





(15) Interior de um cortiço, Rio de Janeiro, 1906. Foto: Arquivo Geral da Cidade do Rio de Janeiro.

4. LA FAVELA.

33

Las favelas no representan un estilo arquitectónico, ni tampoco una voluntad estética. Ni siquiera suponen una novedad: los barrios informales son más comunes que los palacios y las iglesias y tan viejos como la ciudad, lo que es nuevo es su dimensión.

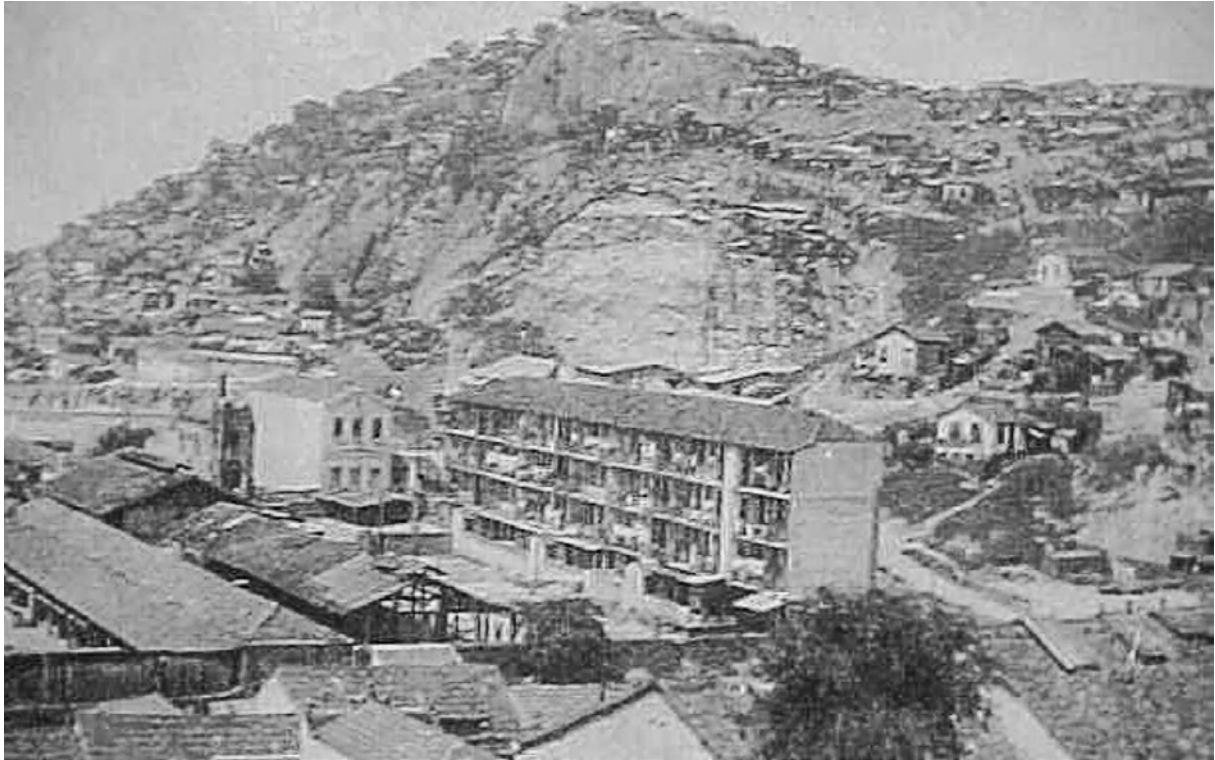
La población en las favelas brasileñas creció un 43,4 % en doce años y llegó a 16,3 millones de personas en 2022, lo que representa el 8,1 % de los habitantes del país, según datos del censo. (...) En total, Brasil tiene 12.348 favelas, lo que supone casi el doble de las que había censadas en 2010. (...) La favela más populosa de Brasil, con 72.021 personas censadas, es la Rocinha, una famosa barriada que se desperdiga por un cerro ubicado entre São Conrado y Gávea, dos de los barrios más acaudalados de Río de Janeiro. ([swissinfo.ch](https://www.swissinfo.ch/es/2024-01/brasil-crece-rapido-em-favelas) 2024)

En su origen está, ya lo vimos, la incapacidad del planeamiento para hacer frente a una demanda creciente de vivienda. Sus habitantes son inmigrantes atraídos por las oportunidades y las promesas de la ciudad, que no puede responder a este aluvión ni con trabajo ni con vivienda, lo que producen un poblamiento y una economía informal.

La morfología de estos barrios informales es enormemente variada y depende del clima, la orografía, la cultura, la disponibilidad de materiales y otra infinidad de factores. Apenas tienen más características comunes que la falta de regulación, la ocupación de terrenos al margen de la estructura de la ciudad formal, la iniciativa espontánea, la precariedad de recursos para acometerla y el conocimiento limitado de los constructores *amateurs*.

Teresa Caldeira define lo que ella llama “urbanización periférica”¹⁴ por...

¹⁴ El concepto de “urbanización periférica” es ambiguo porque no hace referencia a una ubicación espacial: “no se refiere simplemente a una ubicación espacial en la ciudad, sus márgenes, sino a una forma de producir espacio que puede estar en cualquier lugar. Lo que hace que este proceso sea periférico no es su ubicación física, sino el papel crucial de los residentes en la producción del espacio y cómo como modo de urbanización se despliega lentamente”. (Caldeira 2017, p. 4)

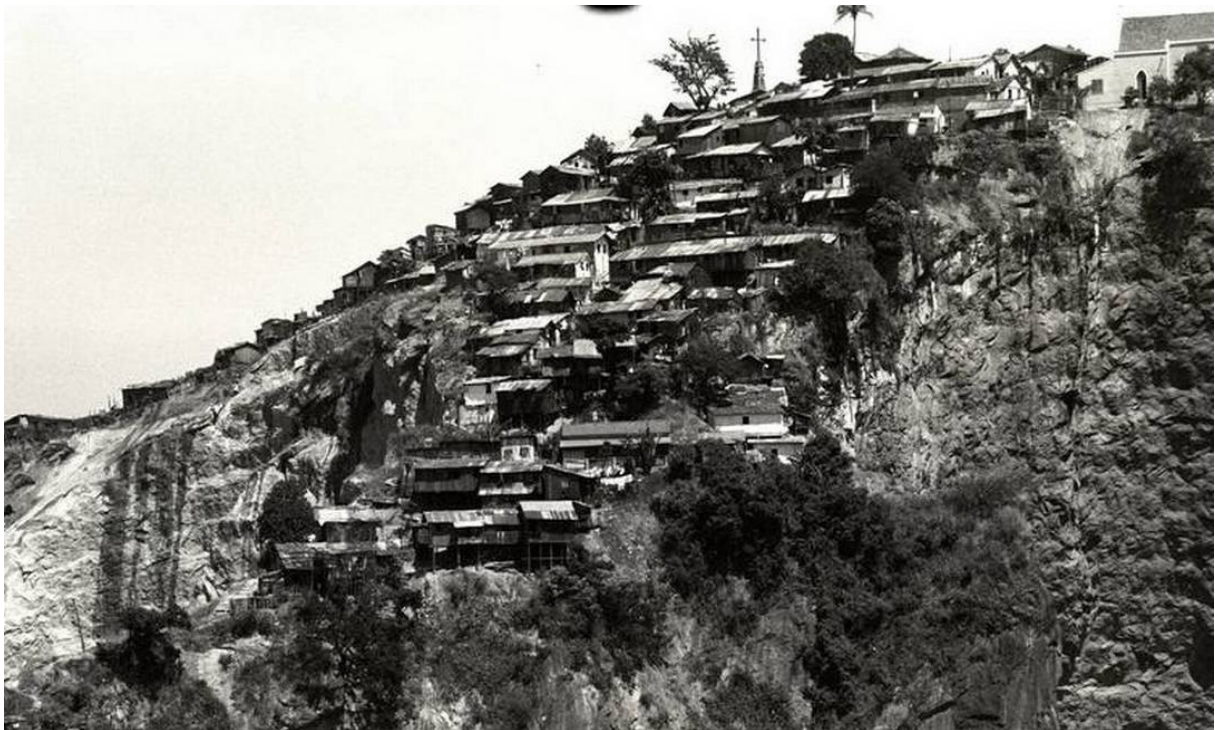


(16) “Morro da Favella”, Río de Janeiro, principios del s. XX. En el primer plano se observan los cortiços
Foto: laworldcitizen.com

34

Un conjunto de procesos interrelacionados. Se refiere a modos de producción del espacio urbano que (a) operan con una forma específica de agencia y temporalidad, (b) se comprometen transversalmente con las lógicas oficiales, (c) generan nuevos modos de política a través de prácticas que producen nuevos tipos de ciudadanos, reivindicaciones, circuitos y contestaciones, y (d) crean ciudades altamente desiguales y heterogéneas. En segundo lugar, sostengo que la urbanización periférica no solo produce heterogeneidad dentro de la ciudad a medida que se despliega a lo largo del tiempo, sino que también varía considerablemente de una ciudad a otra. Así, como modelo, la urbanización periférica debe permanecer abierta y provisional para dar cuenta de la variación y de las formas en que la producción de las ciudades que caracteriza se transforma constantemente. (Caldeira 2017, p. 4)

(16) “Morro da Providência”, conocido como “favela”, 1966. Foto: Agência O Globo





(19) Playa de Ipanema (contraste entre la ciudad formal e informal). Fuente: Google Earth.

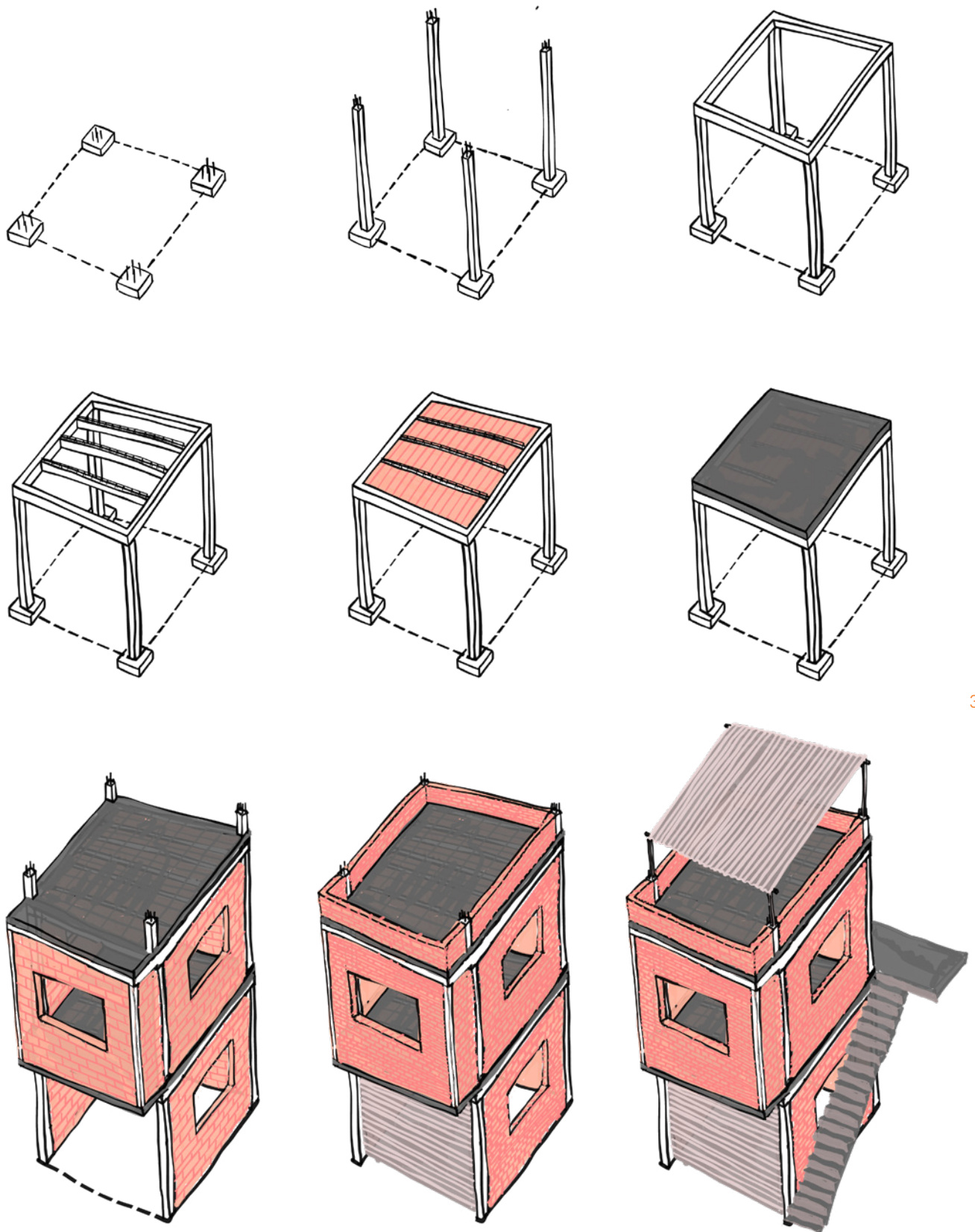
36

mente compuestas por habitaciones dispuestas a lo largo de un pasillo o alrededor de un patio, similares a las ciudadelas de Santa Cruz.

La falta de instalaciones y saneamiento, junto con las enfermedades consecuentes, llevó a los gobiernos municipales a priorizar la demolición de los *cortiços* como solución, sin considerar su valor patrimonial ni las posibilidades de su tipología constructiva. La persecución de este tipo de vivienda comenzó a finales del siglo XIX y en 1893 se llevó a cabo la demolición completa de los *cortiços*.

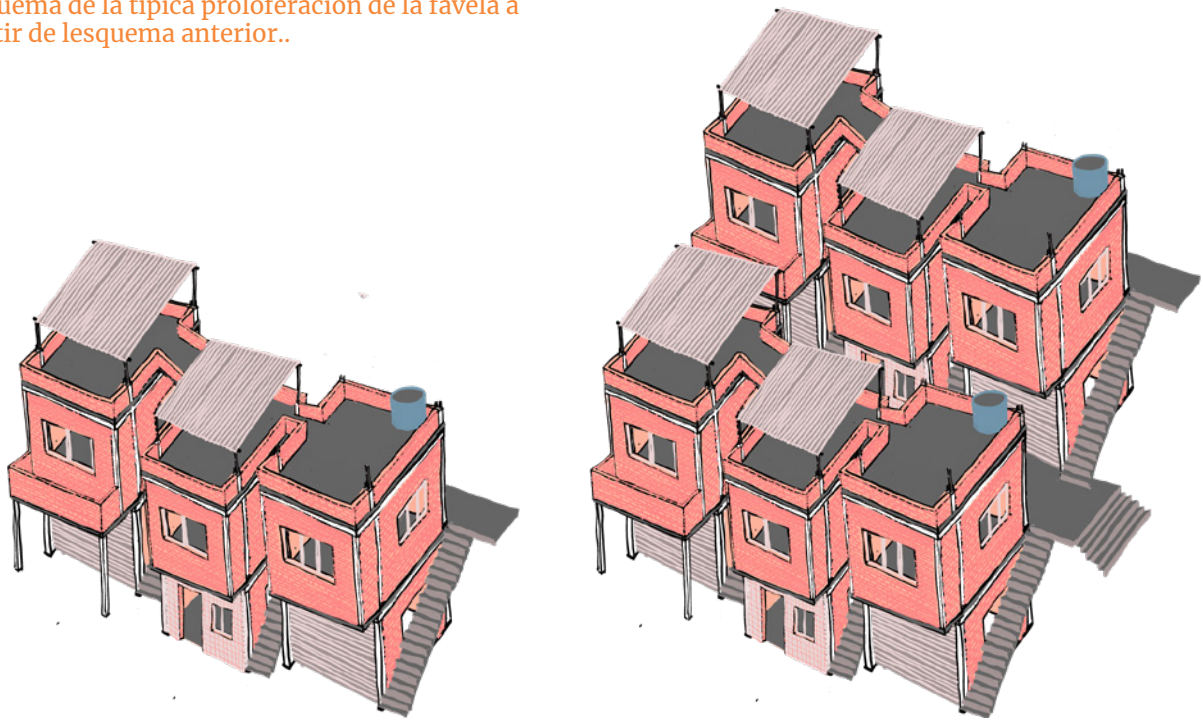
Como resultado, los residentes de estas viviendas informales se vieron obligados a buscar nuevas formas y lugares para vivir, desplazándose a las colinas, donde la construcción de viviendas precarias sí estaba permitida. El decreto 391 de 1903 del Gobierno del Estado prohibía expresamente cualquier tipo de construcción, mejora o reparación en los *cortiços* y casas de huéspedes, pero toleraba la edificación de viviendas en las colinas aún no urbanizadas. Los desalojados reutilizaron los restos de sus antiguas casas para edificar en las laderas, dando inicio al proceso de favelización (14, 16). El gobierno permitió que los nuevos asentamientos surgieran literalmente de las ruinas de los anteriores, en una especie de recreación urbana.

Según Abreu (1994), el proceso de ocupación de las colinas de Río de Janeiro fue alentado por el gobierno. A finales del siglo XIX, por ejemplo, las autoridades locales permitieron la construcción de chozas de madera en los espacios baldíos de las laderas del cerro Santo Antônio para albergar a las tropas de las campañas militares conocidas como Revuelta de la Armada (1883-84) y como Guerra de los Canudos (1896-97). Al mismo tiempo, la tendencia higienista de ese período contribuyó a la demolición de los conventillos en el centro de la ciudad, aumentando aún más el número de personas pobres sin vivienda. Muchos de los residentes desplazados pasaron a ocupar las colinas de Santo Antônio y Providência. El papel de los actores privados también fue importante para la consolidación de las favelas, especialmente de los terratenientes, que perpetuaron la venta o el alquiler ilegal de tierras, sobre todo en las periferias, lo que llevó a ocupaciones irregulares, (Seldin y Canedo 2018, p. 3)



Esquema básico de la construcción de la favela típica: 1. cimentación sobre zapatas armadas ocupando el perímetro de la planta; 2. elevación de pilares encofrados; 3. tendido de vigas, 4. Viguetas, 5. y bovedillas de ladrillo cerámico; 6. cubrimiento de la losa con betón. 7. Con el mismo procedimiento *batida de laje*; 8. construcción de antepechos de ladrillo; 9. tendido de cubierta de plancha de galvanizado ondulado y... vuelta a empezar.

Esquema de la típica proloferación de la favela a partir de lesquema anterior..



38

La mayoría de los terrenos que hoy ocupan las favelas eran demasiado empinados para la construcción convencional o estaban cerca de pantanos y ríos propensos a inundaciones. Como los “asentamientos irregulares” no interferían directamente en el desarrollo de la ciudad formal, al ubicarse en las periferias, el gobierno tendía a tolerar estas ocupaciones: “el poder público no se manifestó frente al aumento del flujo migratorio, dado que el aumento de la mano de obra barata era necesario para la industria en crecimiento” (Fessler & Berenstein 2003, p. 266).

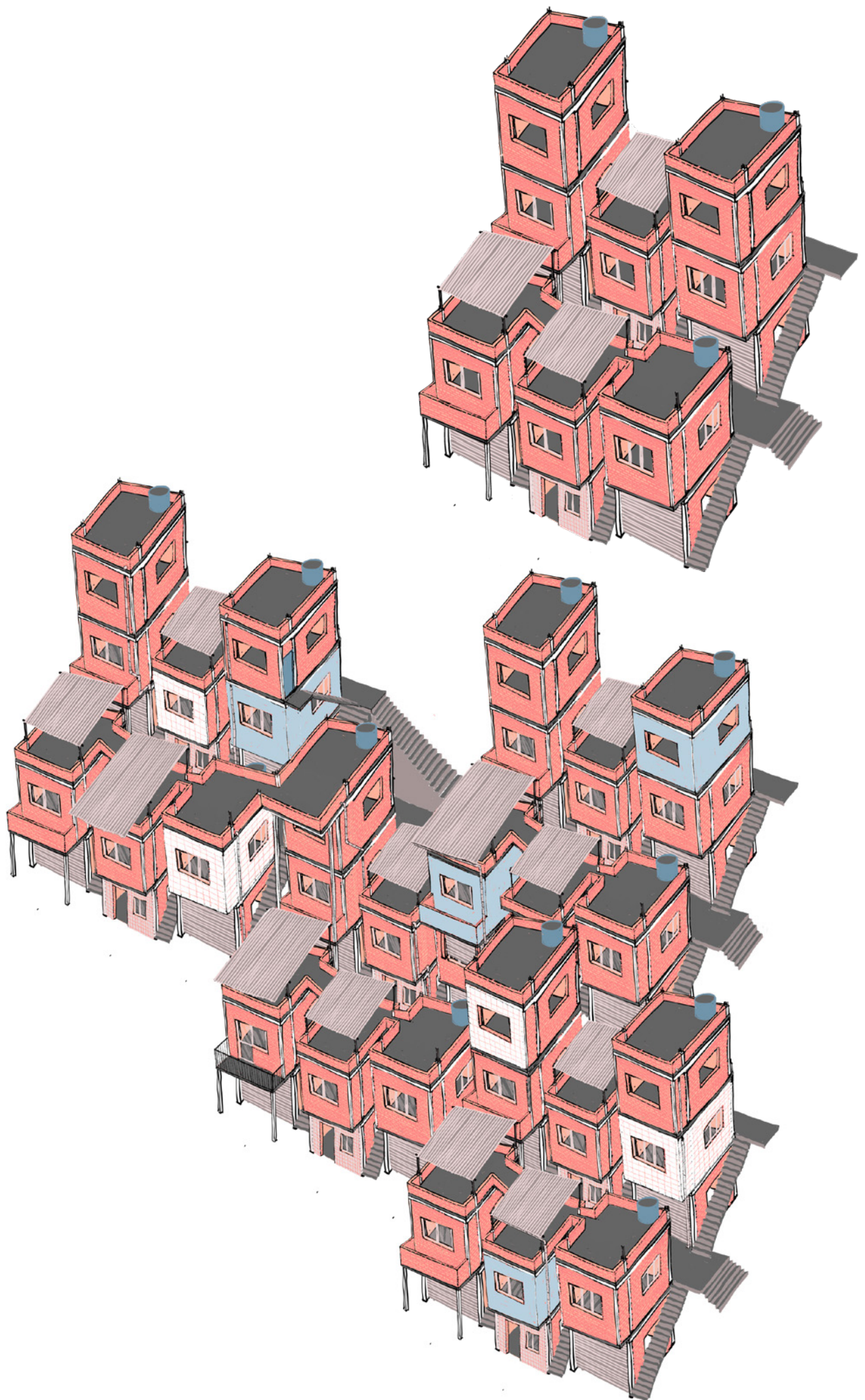
La permisividad de las autoridades ante este desplazamiento, provocado por una gentrificación temprana, evidencia que, en el fondo, siempre vieron la ocupación de tierras periféricas y la formación de barrios informales como una forma de resolver los problemas de vivienda, mientras se protegía el centro de la ciudad, con el único objetivo de “limpiar” de pobreza.

Se puede establecer una relación causal entre la aparición de las nuevas formas de vivienda popular y la acción del Estado. Paradójicamente, la nueva forma que surgió como efecto y consecuencia de la política de salubridad urbana y de la vivienda se mostraba más insalubre y promiscua que la anterior, que se deseaba sanear y disciplinar. (Fessler & Berenstein 2003, p. 264)

En 1940, Brasil era un país mayoritariamente rural (70% rural, 30% urbano), pero para 1980 estos porcentajes se invirtieron: el 70% de los brasileños vivía ya en ciudades, cifra que hoy supera el 80%. A medida que Brasil se urbanizaba, Río de Janeiro no pudo absorber la afluencia de migrantes, lo que llevó a la ocupación de tierras baldías, la mayoría de propiedad estatal, militar o eclesiástica.

La segregación urbana solo profundizó la división entre ricos y pobres: los ricos permanecieron en el “asfalto” (la ciudad planificada y cuadrículada), mientras los pobres fueron desplazados al “morro” (colina) (17). El asfalto era visto como moderno y bello por los ingenieros de la Belle Époque, que impulsaron una reforma urbana de inspiración haussmanniana, mientras que el morro era considerado incivilizado y habitado por “indeseables”. Las favelas, aunque colindaban en el plano con las zonas residenciales de lujo, permanecieron aisladas “verticalmente” de la riqueza.

Los planificadores urbanos, obsesionados con el orden y el control, siempre buscaron “gobernar en línea recta”, considerando la cuadrícula como método de control. Así, la irregularidad y superposición de las favelas en las laderas se percibía como un paisaje “ingoberna-



ble". Sin embargo, las reformas urbanas impulsadas por esta visión dirigista y racionalista estaban desconectadas de las complejidades de la vida real en la ciudad. Río de Janeiro, con su topografía diversa, permitió la coexistencia de lo formal y lo informal, y las favelas desarrollaron una vida cultural rica, variada y autónoma.

La postura gubernamental siempre priorizó eliminarlas, sustituyéndolas por la ciudad formal, antes que comprenderlas o dotarlas de recursos. El intento más radical de erradicación de las favelas comenzó en los años 60, pero los residentes se movilizaron para defender su derecho a permanecer en sus casas. Aunque los habitantes del asfalto siguen sintiéndose incómodos con la existencia de favelas, en la década de 1980 su permanencia quedó asegurada y su infraestructura empezó a formalizarse. Hoy en día, el 98% de las favelas cuenta con electricidad y ciertas infraestructuras sanitarias, de transporte, educación, salud y ocio (18).

El verdadero plan de urbanización sistemática de las favelas comenzó en 1994 cuando la recién creada Secretaría Municipal Extraordinaria de Habitação acometió, entre otros programas, el denominado "Favela-Bairro" que consistió, como su nombre indica, en transformar las favelas en barrios. No se transformó efectivamente ninguna favela en barrio formal legal pero el programa benefició a un centenar de favelas de la ciudad con obras de infraestructura y urbanización. (Fessler & Berenstein 2003, p. 271)

En conclusión, las favelas son el resultado de la incapacidad de los planificadores urbanos para afrontar los desafíos de una ciudad en rápido crecimiento. Las soluciones propuestas fueron siempre superficiales y cosméticas e, intentando ocultar la pobreza en lugar de abolirla, no hicieron más que desplazar las viviendas precarias a las colinas, donde se volvieron aún más visibles.

Tras más de un siglo de historia, el problema de las favelas para las autoridades sigue siendo su proximidad a zonas privilegiadas, que pone en evidencia las profundas desigualdades sociales existentes (19). Por ello, han tendido a ser invisibilizadas socialmente. Aún hoy, en algunos mapas oficiales de Río las favelas siguen figurando como laderas verdes y desocupadas o como áreas borrosas que niegan la presencia de cientos de miles de personas. Esta (no)representación legítima la ausencia de los servicios públicos propios del suelo urbano consolidado.

Desde lejos, la favela puede tener un aspecto casi poético. En *Os livres acampamentos da miséria. Vida vertiginosa* (1920) João do Rio describió las favelas como "una gran cantidad de alegría miserable, un campamento de la pereza, libre de todas las leyes". En contraste con la rígida estructura urbana del asfalto, la favela evoca cierta nostalgia de comunidad que, probablemente, nunca existió plena ni previamente en Brasil.

La belleza de la favela ha sido cantada, escrita y también interpretada por muchos; La música, la literatura y el teatro brasileños tienen mucho reconocimiento y homenaje para este tipo de urbanización espontánea. Sin embargo, (...) Este tipo de lugar, tan apreciado por sus virtudes en las artes, no se ve de la misma manera en las disciplinas arquitectónicas y urbanísticas. (Aguiar 2005, p. 26)

Profesionalmente, la favela se percibe como un problema por su alta densidad, dificultad de control y carencia de estándares de higiene, aire, luz y saneamiento. Ningún programa ha logrado contener el crecimiento de las favelas ni el empobrecimiento asociado, por lo que, para muchos, favela y violencia son sinónimos, lo que anima más a su aniquilación que a su estudio. Las favelas suelen definirse más por sus carencias (viviendas inadecuadas, inseguridad jurídica, falta de servicios básicos, transporte y espacios públicos) que por su aporte a la vida urbana y social de Río de Janeiro, una solución habitacional que ofrece refugio a millones de personas que proporcionan mano de obra asequible a todo el sistema. De ahí que la brecha entre la favela y la ciudad formal se perciba como un mal necesario pero inevitable.

Se puede encontrar una breve historia de las Favelas en Fessler & Berenstein (2003).

4.2. APRENDIENDO DE LAS FAVELAS.

En los últimos años, las favelas cariocas se han convertido en los “barrios de bajos ingresos más estudiados del mundo” (McCann, cit. en De La Hoz 2013, p. 25). Consumada la crisis del modernismo “los diseñadores comenzaron a adoptar la ‘ciudad informal’ como un nuevo paradigma” (Navarro-Sertich 2011, p. 105). Las intervenciones en zonas socialmente deprimidas acumulan hoy tanto “capital cultural”, y las favelas tienen tanta visibilidad en determinados círculos, que no faltan proyectos de “embellecimiento” de los barrios pobres que buscan la promoción del propio arquitecto o de la industria turística, ocultando la miseria con “buenas intenciones”, lo que no deja de plantear dudas deontológicas.

Afortunadamente, nuestra intención es muy poco pretenciosa, no ambicionamos arreglar las favelas, como si tuviéramos soluciones, sino más bien todo lo contrario, aprender de ellas, escuchar lo que tengan que contarnos.

Ya conocemos el riesgo de plantear la dialéctica arquitectura formal vs informal como una pelea entre buenos y malos¹⁵, o incluso entre dos modelos definidos y contrastables. Esta dialéctica se produce en un espacio de complejidad que –a pesar de que solo hemos podido dejarlo apuntado– somos conscientes de que no podemos ignorar. Lo primero que resulta necesario para aprender de las favelas es evitar simplificaciones y prejuicios, tanto los que nos hacen pensar que no se puede aprender nada de un cúmulo de improvisación, miseria y fealdad, como los que romantizan su “sabor local”, los que consideran infame estudiar académicamente un fenómeno que debería considerarse como una sonora bofetada a la disciplina arquitectónica o los que simplemente afirman que las favelas son demasiado diversas como para extraer conclusiones de ellas.

Pese a su enorme variedad y variabilidad, la favela es perfectamente reconocible, tiene unidad, se sabe dónde empieza y acaba y tiene una forma inequívoca. *Responde* a unas tipologías, aunque aquí “respuesta” se parezca menos a la contestación a una pregunta concreta que a una reacción, como a un estímulo. De su respuesta no se obtendrá una solución, pero igual sí un patrón, una especie de inconsciente colectivo: “la favela es parte –y está hecha de– un conjunto de elementos que constituyen el *sentido común urbano*” (Aguiar 2005, p. 29).

Como señala la socióloga brasileña Licia Valladares (2005), las favelas son numerosas y heterogéneas. A pesar de esta pluralidad, la favela, presente en los imaginarios sobre las megalópolis del Sur Global, forma parte de un paisaje estándar específico: edificios densos siempre precarios, contruidos a lo largo y sobre laderas empinadas; a veces ubicados entre el mar y el bosque, pero siempre incrustados en su supuesto contrapunto: la “ciudad formal”. (Freire-Medeiros y Name 2023, p. 169)

En todo caso, parece legítimo buscar un modelo o un patrón porque, como ya explicamos, el interés por el estudio de las favelas –y, en general de la AC– se enmarca en un conjunto de teorías sociales y científicas que apuntan a la posibilidad de encontrar patrones de orden en el caos o, incluso, de plantear el caos como un patrón de orden. No pretendemos afirmar que de esos patrones quepa deducir una voluntad estética, pero sí, como decía Caldeira, un conjunto de procesos interrelacionados de producción del espacio urbano que, aunque producen soluciones desiguales y heterogéneas, implican la agencia de la ciudadanía, una temporalidad dilatada y una serie de prácticas que producen nuevos tipos de ciudadanía.

Analicemos pues estas prácticas, que hemos agrupado en 12 apartados: organicidad, mutabilidad, temporalidad, sociabilidad, transversalidad, participación, intensidad, variedad, adaptabilidad, permeabilidad, “lajerío” y ornamentalidad. Vaya por delante que está taxo-

¹⁵ Aunque no pudimos desarrollar estos temas, muchas de las iniciativas habitacionales “alternativas” llevadas a cabo en Latinoamérica durante los años 50 y 60, vinculadas a Neira, Turner y el PREVI (13) y en relación con la AA/AC, hubieran sido inimaginables sin el apoyo político y económico del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), del Banco Mundial y del gobierno estadounidense que, a través de la Alianza para el Progreso, buscaba neutralizar la influencia de la revolución cubana (cfr. Kozak 2016). Por otra parte, en los años 90 ya era muy difícil distinguir las críticas contra el urbanismo planificado provenientes de los partidarios del Non-plan, de las críticas contra la economía planificada keynesiana provenientes de los economistas neoliberales (cfr. Fontenot, 2015).

nomía académica, desarrollada solo para tratar de llevar un cierto orden expositivo, tiene mucho de aleatorio y más de rizomático: como en la propia favela, las fronteras entre apartados son difusas y están atravesadas por un flujo que se resiste a las clasificaciones. Como anticipamos, utilizaremos el lenguaje “popular” del cómic para “hacer hablar” la favela.

4.2.1. Organicidad.

Esta arquitectura tiene el poder de emanar enteramente de las fuerzas colectivas. Parece ser, de hecho, un manifiesto del cuerpo colectivo. Esta arquitectura autoproducida es topológica en su esencia. Está dotada de fractalidad natural. Muestra una transformación mimética y miniaturizada del tejido urbano. Su forma espacial se deriva de la necesidad y la adaptación, por lo que es simplemente orgánica. (Aguiar 2005, p. 37)

La favela no es una chabola, no es una construcción individual, sino un conjunto. Con todas sus deficiencias, ha conseguido lograr algo que los arquitectos persiguen a menudo sin éxito: una estructura orgánica, como una enorme casa, respondiendo sin rigideces a las demandas cambiantes y concretas de individuos concretos.

Las formas urbanas dadas en la configuración espacial de los asentamientos autoproducidos conllevan, en sí mismas, una crítica a los malos resultados que, en general, muestran las urbanizaciones producidas a partir de las estrategias de planificación institucional para la producción de vivienda social en diferentes culturas. Una limitación que se observa a



menudo en el diseño urbano contemporáneo es la atmósfera de artificialidad que se crea en los entornos urbanos de nuevo diseño. (...) La vivienda social a menudo, si no siempre, termina dando una imagen de falsedad. (...) ha fracasado históricamente a la hora de presentarse como un verdadero entorno urbano. (Aguiar 2005, p. 31)

La favela aprovecha hasta tal punto el espacio que impide el trazado de vías rápidas. Esta dificultad que opone al desplazamiento plantea una radical oposición a la zonificación de las cuatro funciones básicas de la arquitectura propuestas en la Carta de Atenas. La favela no solo no separa las viviendas de los espacios de trabajo, socialización o tránsito, sino que pone en duda que esas funciones puedan distinguirse, no ya espacial o temporalmente, sino incluso antropológicamente. La radical separación entre trabajo y ocio, o entre tiempo de producción y de reproducción, fue un invento del capitalismo que el mismo capitalismo ha puesto en crisis: hoy teletrabajamos, a las 11 de la noche y en la mesa de la cocina, alterando de paso las funciones preconcebidas para los espacios. En este nuevo escenario, las ciudades de 15 minutos ponen en crisis un modelo de zonificación insostenible ambiental (por la contaminación que produce) y humanamente (por la cantidad de tiempo que desperdicia).

La idea modernista de un espacio ocupado por una sola función principal ya no se sostiene. Otros tipos de actividades temporales también son recurrentes en la parcela, reflejo de la sociedad posmoderna, donde se mezclan diferentes funciones. (...). Un ejemplo son los grandes galpones [en Portelinha], en este caso, la residencia y un medio de vida informal ocupan el mismo espacio. El hogar es más que una simple residencia: también es el lugar de trabajo. (Seldin y Canedo 2018, p. 10)

El estrechamiento de las funciones urbanas separadas por el modernismo podría aportar soluciones antropológicas a la alienación y el aislamiento que provocan los entornos modernistas. De las funciones básicas de la Carta de Atenas, parece difícil discutir la necesidad de “proveer viviendas adecuadas para todos”. Pero ¿qué entendemos por “adecuadas”? Parece evidente que, en las grandes conurbaciones, con un impacto sobre el territorio circundante ya grande, va a ser imposible procurar espacios *adecuados* para una sociedad individualista en la que un creciente número de individuos desean vivir solos en una casa dotada de *todos* los servicios. Tampoco queda claro que, en sociedades cada vez más envejecidas y con formas de familia muy variables, los modelos de vivienda que procuran intimidad vayan a ser lo más adecuados.

En una sociedad de servicios, la productividad no está ligada, como en la sociedad industrial, a la concentración de trabajadores en espacios y tiempos definidos. La separación de trabajo y ocio es también cada vez más complicada. Una socialización más intensa puede hacer innecesario el desplazamiento a espacios de esparcimiento zonificados (siguiendo el modelo del *mall*) que tratan de solucionar el problema que ellos mismos provocan generando aglomeraciones de individuos solitarios. Y si no están claros los modelos de habitar, de trabajar y de recrearse, tampoco estaría clara la cuarta función de la Carta de Atenas: garantizar una movilidad eficiente y segura podría significar, precisamente, disminuir la velocidad.

En este contexto, quizá el asfalto debería mirar al morro. Los espacios públicos ubicados en los distritos comerciales y de negocios –como el Centro o la Zona Sur de Río– diseñados a tiralíneas por profesionales y perfectamente zonificados, están abandonados durante las horas no laborales, están infrautilizados y son peligrosos porque no tienen población residencial. A la inversa, ciudades dormitorio separadas por vía rápidas imposibles de cruzar a pie, generan guetos de los que hay que escapar en horas punta para acudir al trabajo o al centro comercial. Mientras tanto, el tejido urbano de la favela está siempre animado y goza de una especial intensidad. Desde este punto de vista, el modelo mixto de la favela –la ciudad no planificada y no cuadrículada– es más exitoso activando el espacio porque las áreas residenciales están indisociablemente entrelazadas con el comercio y los espacios de socialización, disminuyendo la necesidad de movilidad. Es cierto que la favela puede resultar agobiante para una mirada acostumbrada a identificar el espacio público con una gran esplanada, pero quizá sea esta noción la que haya que superar. Las plazas vacías en el asfalto podrían considerarse fracasos de la planificación mientras que la favela podría –en ciertos aspectos– ser considerada un éxito de la no planificación. No planificación que produce lo

que Douglas Aguiar llama...

arquitecturas topológicas. En estos lugares, el tejido urbano se ha distorsionado y se ha fundido en una especie de materia fluida. En la configuración de estos asentamientos autoorganizados, la forma espacial de la ciudad tradicional pasa por un proceso de deformación continua. Esta materia distorsionada es física, pero al mismo tiempo es materia social. Está formada por un movimiento social. (Aguiar 2005, 37)

La organicidad no solo se percibe en la (no)zonificación de la favela, en su expansión, diríamos, hacia fuera, sino también en su crecimiento hacia dentro, que tampoco responde a una planificación sino a una sucesión de contingencias. Estos procesos de urbanización orgánica pueden conllevar décadas, su modelado lleva impresa la vida cotidiana y la memoria de la comunidad: “Las favelas cariocas son, casi en su totalidad, resultantes de un proceso gradual de ocupación, a través de la suma de acciones individuales y familiares de asentamiento y construcción casa a casa” (Fessler & Berenstein 2003, p. 269), siguiendo una lógica adaptativa.

Los materiales constructivos deben cumplir con tres criterios principales: ser de bajo costo, suficientemente ligeros para ser transportados en la espalda de los hombres, y lo suficientemente pequeños para pasar a través de las estrechas calles de la favela. Como resultado, todas las casas están construidas con ladrillos; pilares de hormigón se utilizan para la estructura; los pisos están hechos de vigas de piso y losas; y el techo es casi siempre de planchas de zinc acanaladas. (Veysseyre, 2014, s/p)

Las “decisiones” arquitectónicas están más adaptadas a la anchura de una espalda o de una callejuela que a cualquier preconcepción proyectual. Por la misma razón, “las casas más próximas a las vías de acceso a la favela se convirtieron en pequeños edificios de 4, 5 o hasta 6 pisos con gran número de cuartos y apartamentos” (Fessler & Berenstein 2003, p. 270), mientras que en las cotas más altas las construcciones se aligeran por la imposibilidad de trasladar materiales y la madera reaparece como solución estructural. Todo es obra del “sentido común urbano”.

44

4.2.2. Mutabilidad.

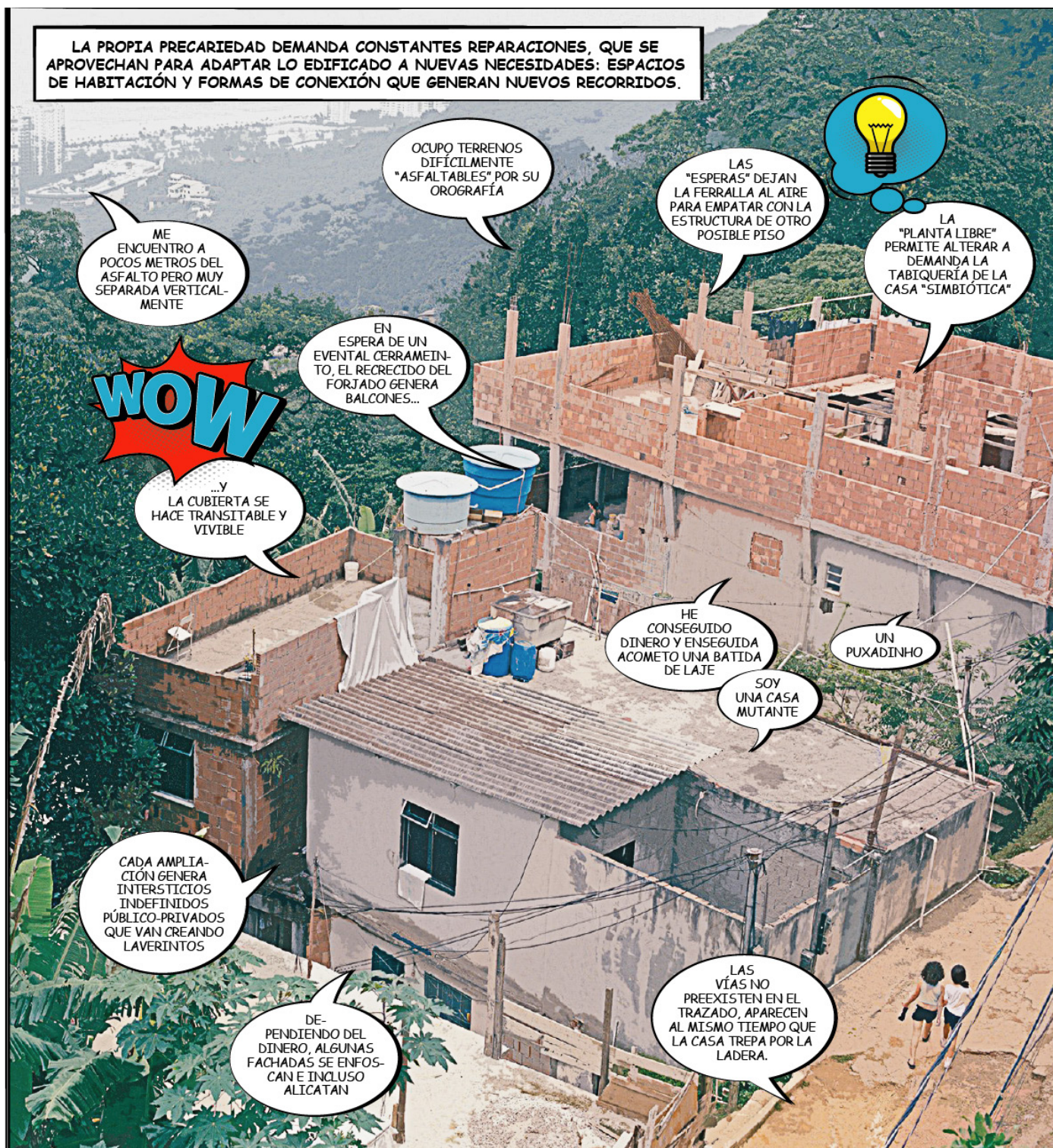
La propia precariedad de las construcciones demanda constantes reparaciones, que se aprovechan para adaptar lo edificado a nuevas necesidades internas y externas: espacios de habitación y formas de conexión que generan nuevos pasajes y callejones.

Esta organicidad a base de fragmentos produce una especie de círculo potencialmente virtuoso. Frente al proyecto unitario, que presupone algo acabado, que eventualmente podrá luego arruinarse, el fragmento nace ya como ruina. Pero la ruina lleva implícita una referencia a algo que le falta, a una reparación. Y al tratarse de una ruina que no nació como patrimonio, no adquiere encanto romántico. La compleción de algo a lo que siempre le falta algo pero que nació sin forma, sin proyecto, genera, paradójicamente, algo parecido a un estilo, como si quisiera dar la razón a aquellas teorías físicas que fomentaron el interés teórico por la AC y que perciben en el caos un principio de orden.

El azar y la incertidumbre terminan generando cohesión. Berenstein explica la favela a partir de tres conceptos sucesivos: el fragmento, que genera un laberinto, que se transforma en rizoma¹⁶. Esta articulación de la disgregación exorciza los miedos del proyecto al azar, la aleatoriedad y la arbitrariedad.

Podemos entonces considerar la confusión, en cuanto orden provisional y fragmentario,

¹⁶ Gilles Deleuze y Félix Guattari popularizaron la metáfora del rizoma (cfr. 1988, p. 9-32), una raíz herbácea que, a diferencia del resto, no crece a partir de un elemento troncal que se va dividiendo “estructuralmente” en ramas y subramas, sino que, en su crecimiento, se injerta en otros tramos formando nudos que hacen imposible remontarse linealmente a su origen. Así, en un río o en un árbol –que serían las metáforas favoritas de los esquemas estructurales– es fácil distinguir el cauce principal de sus afluentes y sus subafluentes, mientras que en un rizoma sería imposible jerarquizar todos los posibles encuentros generados por la raíz en su “deriva”.



como el orden en construcción, en transición, intermedia, en continua transformación. El fragmento es una fuerza cuya naturaleza no conocemos, aquello que no ofrece garantía de actualización. El fragmento genera la duda. (Berenstein 2001, p. 48)

Aunque los arquitectos asumen el experimentalismo y la flexibilidad en su proceso "la arquitectura tiene grandes dificultades para hacer frente a los riesgos del azar, de lo aleatorio, lo arbitrario y lo fragmentario" (ibid.) y termina apostando por la forma cerrada, concluida, coherente y estable. El "proyecto" de la favela, sin embargo, incluye la indeterminación, la no terminación, y asume así los cambios y el desorden. Sus proyectos, más que mutables, son mutantes.

A medida que el barrio crece y la población aumenta, las calles se pavimentan; llegan el agua, la luz y las acometidas de aguas residuales; y el comercio local se expande. Con el tiempo, se mejoran las fachadas, se amplían las casas y, sobre todo, se redecoran constantemente los espacios. (Caldeira 2017, p. 6)

Inicialmente, las casas suelen contar con un solo ambiente, utilizado como habitación abierta al exterior, en la “planta baja” –llamando así al nivel que está en la cota que, inicialmente, permite la entrada–. Con el tiempo, el residente ahorra o encuentra financiación y ayuda para acometer una *batida de laje* –manera informal de llamar a la construcción de un segundo piso– por el mismo procedimiento, haciendo crecer las esperas, enrasando los muros con el voladizo recrecido. A diferencia del asfalto “aquí la construcción de un techo con tejas no es un signo de riqueza, más bien significa que no hay suficiente dinero para continuar la construcción de la casa” (Veyseyre, 2014, s/p). Con frecuencia, se vuela un balcón. Dependiendo de la pendiente, esta segunda planta se apoya también en el terreno y abre una salida independiente al exterior, con o sin rampa de acceso, lo que permite alquilarla o habitarla de manera independiente. Si es necesario, se vuela una caja de escalera que conecta ambos pisos por el exterior.

Como los constructores de la favela no tienen mucha formación técnica, suelen exagerar la cantidad de soportes y sus secciones. Como, además, el muro de ladrillo tiene capacidad de carga, lo que en principio parece un desperdicio permite luego el crecimiento relativamente seguro de la construcción (la mayoría de los derrumbes los provocan los deslizamientos del terreno debidos a las fuertes lluvias, las grandes pendientes y las deficientes cimentaciones, pero es raro que ceda una estructura).

El constante crecimiento de la casa se adapta a las posibilidades y las necesidades vitales, que generan, a su vez, necesidades constructivas. Esta mutación es muy variable, pero reitera determinados modelos. El más habitual, la creación de un espacio más o menos independiente dentro de la vivienda, algo que cabría llamar una casa simbiótica. La simbiosis es un tipo de relación entre organismos que proporciona un beneficio mutuo, que, en este caso, puede venir de la renta, la división de los costes, la ayuda mutua... A su vez, como esta relación simbiótica entre habitantes es cambiante a lo largo del tiempo, genera también cambios en la casa, que se convierte en una historia contada a través de su estructura.

Los edificios se dividen con frecuencia horizontalmente y en altura. Se construyen nuevas plantas, o *puxadinhos* –literalmente “tironcitos”– que son volados o recrecidos que generan un espacio adicional agregado a una casa, o bien se separan los espacios existentes mediante tabiquería. Dado que la planta es “libre”, pues la estructura no depende de muros de carga, es fácil la mutación morfológica: los salones se convierten en estudios, los áticos se convierten en *lofts*, sus cubiertas se hacen transitables e incluso conectan con calles situadas en cotas superiores... Estas subdivisiones especiales pueden ser permanentes o temporales, para los *cunhados* (suegros) o bien para amigos que necesitan un lugar donde quedarse mientras construyen su propia vivienda. O se ponen en alquiler o se dividen entre cónyuges separados, o se ceden a hijos... Muchas veces, la aparición del segundo espacio permite que el primero se convierta en tienda, lo que genera no solo recursos sino tejido social y comercial de cercanía...

4.2.3. Temporalidad.

El arquitecto espacializa el tiempo (...) siente (...) una atracción megalómana por lo eterno. Por el contrario, el constructor de la favela temporaliza el espacio, porque construye en fragmentos a lo largo de un periodo infinito. (Berenstein 2001, p. 59)

La arquitectura es el arte del espacio, lo materializa y tiene una encubierta expectativa de intemporalidad que solo amenaza la ruina. Pero lo cierto es que muchas de esas grandes construcciones de aspecto unitario que denominamos patrimonio no son más que un conjunto de añadidos y adaptaciones. La favela genera un espacio-movimiento espontáneo, una arquitectura-tiempo participativa que está en las antípodas de la ciudad de perspectivas escenográficas espectaculares, donde visitantes y moradores se vuelven espectadores (de postales), turistas de su propia ciudad.

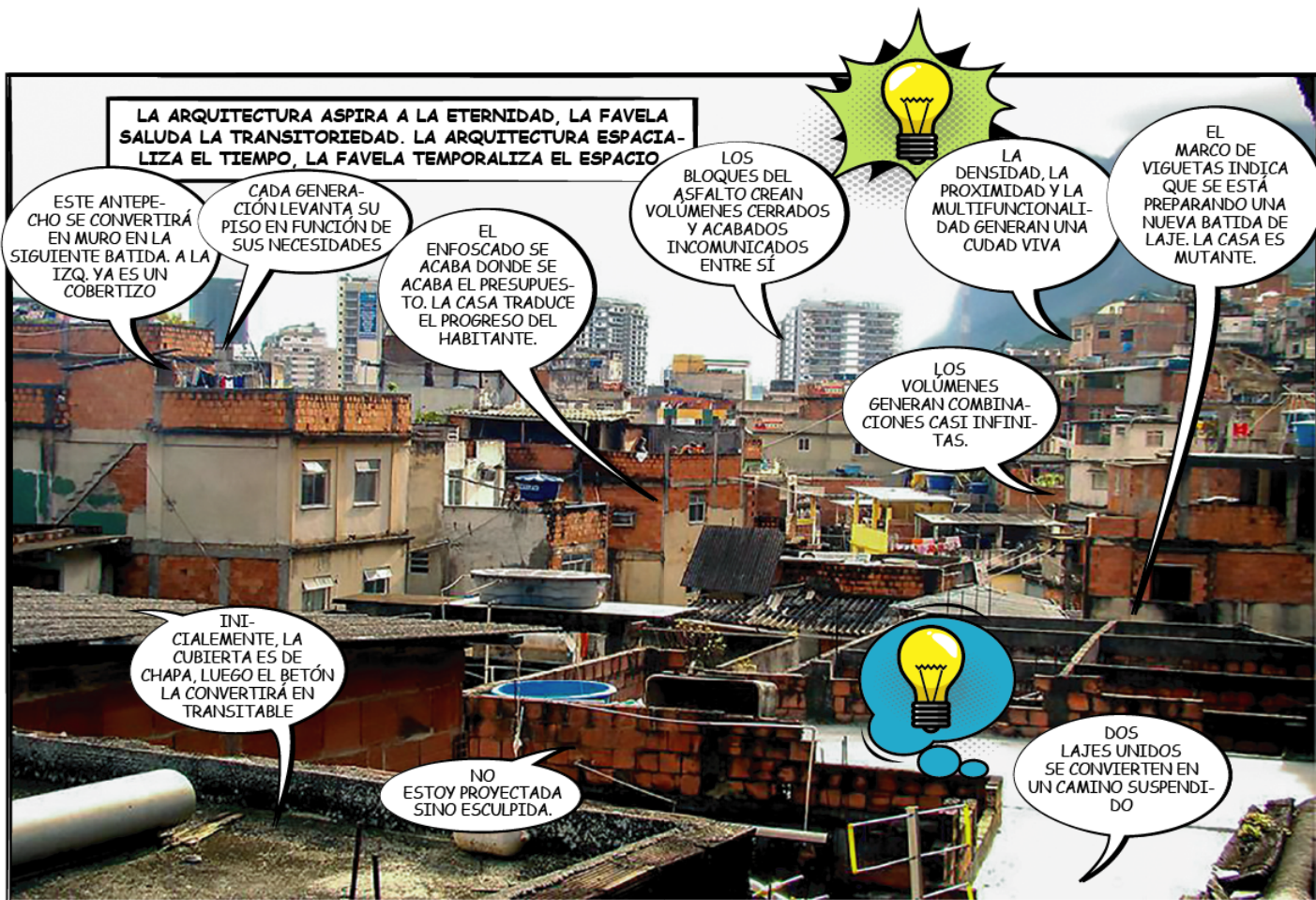


Foto: Freire-Medeiros y Name 2023

Según Berenstein, la favela privilegia el abrigo sobre la habitación, lo que determina también su característica espacialidad. “La llave conceptual del abrigo está en la temporalidad. Por tanto, la temporalidad diferencia la idea de abrigar de la de habitar, pilar constitutivo de la ontología de la arquitectura occidental” (ibid.). La gran diferencia entre abrigar y habitar es que el abrigo, aunque dure para la eternidad, es temporal y provisional, mientras que la habitación, aunque mañana se desmorone, es perdurable y permanente. En consecuencia,

La gran diferencia en la manera de tratar el espacio de los favelados y los arquitectos deriva de su relación con la temporalidad: según sea su idea abrigar o habitar, desencadenan un proceso espacio-temporal diferente. Podemos decir, entonces, que los arquitectos tienen el hábito de espacializar el tiempo, mientras los favelados temporalizan el espacio. Esta oposición se hace evidente cuando comparamos, por ejemplo, la manera de concebir el espacio de los arquitectos –que parten de proyectos, de proyectos de futuro espaciales y formales– y de los favelados, que no tienen proyectos preestablecidos y que van dando forma al espacio en construcción conforme lo van habitando. A diferencia de los proyectos arquitectónicos, donde la forma final ya está definida y es fija, en las favelas los refugios casi nunca están terminados ni tienen una forma definitiva. Proyectar implica también, en la mayoría de los casos, un planeamiento, una racionalización, en otros términos, una repetición de lo mismo. En la favela eso es imposible, ya que no se puede improvisar [bricolar] dos veces de la misma forma. (Berenstein 2001, p. 59)

La favela, más que proyectarse, se esculpe. No parte de una idea previa. La temporalidad ligada a esta ausencia de proyecto determina la naturaleza de la construcción: la arquitectura coquetea con la eternidad, la favela exalta la transitoriedad. Aunque en el asfalto también se hacen reformas, las casas allí tienen un “acabado”. En el morro las casas no se acaban nunca.

4.2.4. Sociabilidad.

Esa materia espaciotemporal de la que hablaba Aguiar desborda la frontera entre público y privado: la vida doméstica se proyecta a la calle y la vida pública cruza las jambas de las puertas.

El ideal de los arquitectos tardomodernos es el edificio inteligente, autónomo, con ventilación forzada y luz y temperatura controlada. Isadora Hastings (Hastings y Berenstein 2004, s/p) ironiza sobre cómo el rascacielos de muro cortina de cristal, supuestamente transparente, se convirtió, en realidad, en un espejo que expulsaba al transeúnte, que no tiene permiso para flanquear más puertas que las de los centros comerciales.

La favela, sin embargo, es porosa, está llena de espacios ambiguos, polivalentes. La construcción simbiótica, al anidar una casa dentro de otra, desarrolla muchas veces espacios compartidos, ya sea el salón, el baño, el área de servicios domésticos o la terraza, que pueden utilizar varias unidades familiares o incluso varios edificios. Si un morador construye su casa, pero no le alcanzan sus ahorros para construir las instalaciones del baño o la cocina, es habitual que se compartan más o menos tiempo. Lo mismo puede ocurrir con el salón o sus recursos si se alquila una habitación: la escasa presencia de televisores fomentó el hábito de ver telenovelas en comunidad, que sigue vigente. Casi siempre se comparte el lavadero, los espacios de cubierta y los accesos. Se construye o afianza entonces una conexión con la casa vecina que multiplica los lazos sociales, favorece modos de relación variables y genera comunidad: una “máquina de habitar” alternativa que pervierte la lógica del movimiento moderno

Por su parte, el comercio integrado fomenta la economía de proximidad. La confianza y las relaciones personales son cruciales para la salud de la economía de las favelas, y son el pegamento que mantiene unidas las comunidades. La economía de trueque sigue siendo frecuente en el sector informal de Río, donde la gente mantiene un nivel de interacción personal que ya es excepcional en las transacciones casi mecánicas del mercado capitalista en la metrópoli moderna. La propia construcción de la favela favorece las redes de mutua asistencia, que luego adquieren materialidad espacial.

La densidad de la favela y las dificultades de comunicación con el centro histórico –las camionetas solo pueden acceder por la arteria principal y son escasos los callejones por los que cabe incluso una moto– genera vida en el barrio. Eso favorece la aparición de la casa-comercio. La familia se traslada a la segunda planta recién construida para abrir una tienda en la planta baja. Este pequeño negocio se puede autoexplotar, vender o alquilar. Según un reciente estudio, 4 de cada 10 vecinos tiene un negocio en su casa y 3 de cada 4 desearía tenerlo. La proximidad con el propio negocio es un valor añadido, proporciona protección y seguridad, además de mayor productividad por el mejor aprovechamiento del tiempo de traslado. Esta “ciudad de 15 minutos” genera un modelo polinuclear que hace innecesarios los desplazamientos a los que obliga la zonificación moderna. Y, además, favorece el comercio de proximidad y dificulta la implantación de corporaciones.

Cuando un favelado necesita algo, raro es que no lo encuentre en su propia comunidad o que esta no se lo procure. Aunque muchos residentes de las favelas trabajan en el sector servicios en la ciudad formal, la economía autónoma de las favelas abastece buena parte de las necesidades internas. Cada favela se termina convirtiendo en una miniciudad, relativamente autónoma, compuesta por casas, escuelas, pequeños comercios, incluso oficinas, locales de restauración, eventualmente alguna esplanada donde jugar al fútbol... y, en los últimos años, una comisaría. Todo ello integrado en una trama urbana que no sigue el patrón de zonificación tradicional ni más tipología que la surgida del espíritu emprendedor de los residentes.

A los ojos del habitante del mundo “desarrollado”, estos “apaños” no son más que signos de pobreza y falta de recursos, pero la simbiosis abre posibilidades inéditas para la mentalidad del norte global, obsesionada con la intimidad y la autonomía incluso en espacios –mayoritarios ya en las grandes ciudades– cuyas dimensiones no lo permiten. Es normal ver en ciudades como Madrid multitud de minipisos en los que es casi imposible transitar pero que cuentan con baño, cocina o lavadero propios, incluso cuando la mayoría de sus habitan-

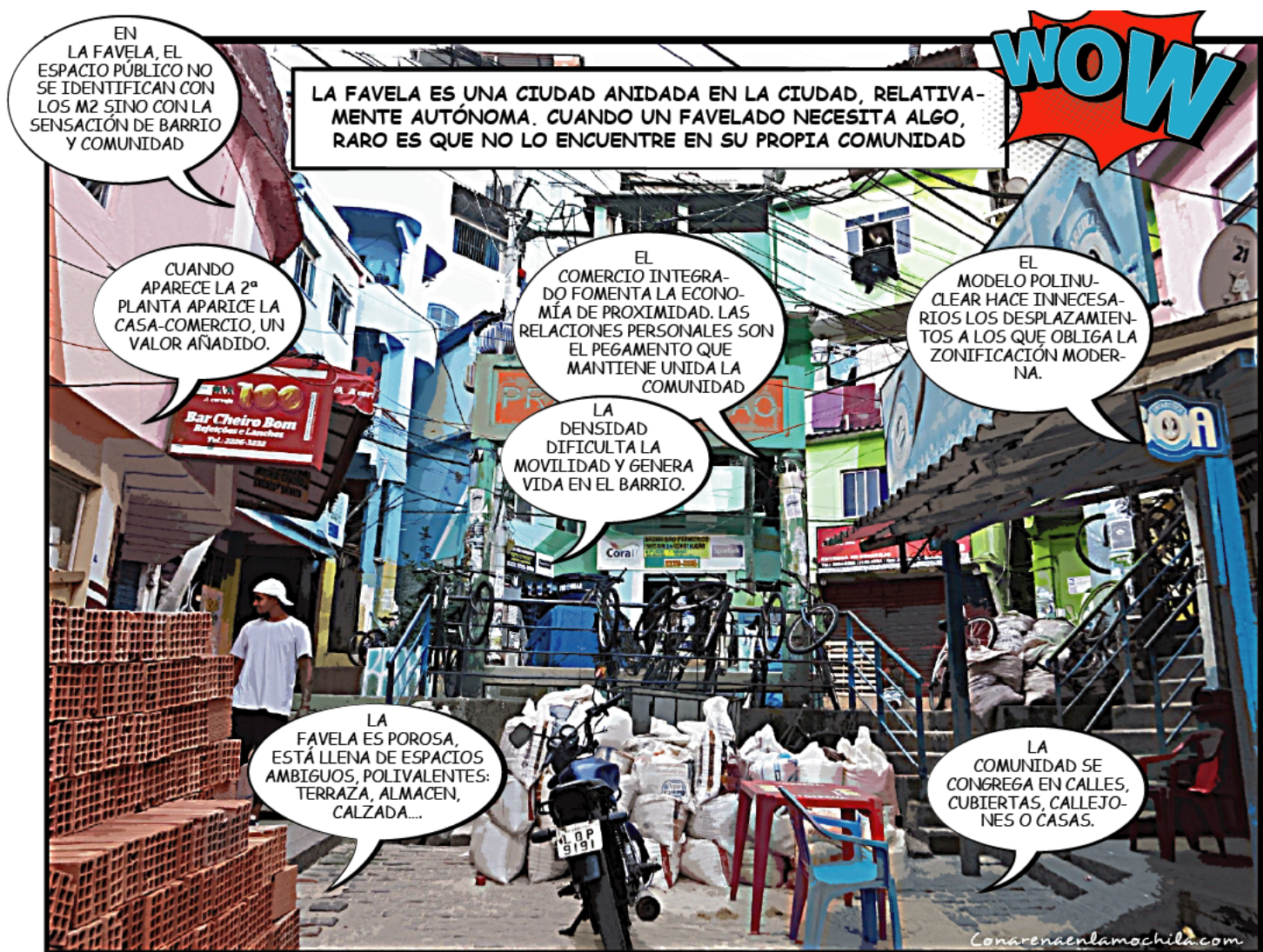


Foto: conarenaenlamochila.com

tes ya no se cocina o utiliza servicios de lavandería. En la favela es normal compartir, generar posibilidades y alternativas implícitas en un “proyecto” abierto que no define objetivos anticipadamente y se adapta con facilidad a las necesidades sobrevenidas. De ahí que, en la favela, la casa no sea siempre una estructura autónoma y monofuncional. La casa de la favela es porosa y social porque es amorfa.

Es evidente que en la favela falta espacio abierto o de esparcimiento, y que su estructura es, a menudo, agobiante, pero los residentes de las favelas parecen estar bastante adaptados y se manifiestan contentos con el espacio del que disponen: se congregan en las calles, en las cubiertas, en los callejones o en las casas. Los límites entre estas, o entre lo público y o privado son mucho más fluidos que en la ciudad formal. Los residentes no experimentan una “falta” de espacio público porque tienen una comprensión diferente del concepto. Mientras los habitantes del asfalto se ignoran y, con sus tránsitos cabizbajos por el espacio público de la acera no hacen más que compartir su aislamiento, la favela genera “sensación de barrio”. Incluso las reuniones semanales para construir colectivamente se viven como espacio público o comunitario que acerca a los vecinos y fortalece sus lazos.

Una vez más, debemos cuidarnos de idealizar las carestías, pero tampoco podemos olvidar que la traducción inmediata del espacio a metros cuadrados, la excesiva preocupación por las formas, las proporciones o la coherencia interna del proyecto o, simplemente, la identificación del bienestar con el baño *in suite*, la gran cocina o el salón con sofá de tres piezas frente a la televisión pueden predisponer mecánicamente el imaginario tanto del arquitecto como de su cliente impidiendo ver otras posibilidades.

En *Freedom to Build: Dweller Control of the Housing Process* (1976), Turner y Fichter se quejan de que los estándares de vivienda se basen en las necesidades de un “hipotético habitante estandarizado”, cuando el valor del proyecto debería evaluarse en función de las posibilidades que les procure a los habitantes para “mantener entornos que satisfagan tanto sus necesidades materiales como psicológicas” (1976, p. 172). Se considera, a menudo mecánicamente, que las favelas no están a la altura de los estándares de la vivienda de una ciudad formal, pero tal vez sea necesario que los diseñadores, los planificadores y las administraciones que evalúan las condiciones de vida se preocupen tanto de paliar las evidentes carencias objetivas de la favela como de reconsiderar sus propios estándares.

4.2.5. Transversalidad.

La favela implica *densidad*, tanto de población como de voluntades: una gran cantidad de agentes y espacios mezclan, en dosis variables, intención y azar, deseo y posibilidad. Ello obliga a comunicarse y negociar los protocolos de actuación en unas condiciones que ningún arquitecto es capaz de recrear o planificar.

Inicialmente, la ocupación se realizó siguiendo una política de hechos consumados. El origen informal de la favela obligó a conectarse los suministros de la ciudad formal de manera no oficial y, a menudo, directamente ilegal. Los favelados tuvieron que idear soluciones sagaces para acceder a las infraestructuras, piratearon la electricidad y el agua, creando “gatos”¹⁷. Este amasijo de instalaciones se sobrepone a las viviendas y trepa por sus fachadas.

En la actualidad, el suministro de electricidad está normalizado y el agua se bombea a los depósitos de las cubiertas dos veces por semana (a menudo aún de manera gratuita). Pero el estado siempre llega tarde, a diferencia de en el espacio urbano consolidado del asfalto, “actúa *a posteriori* para modificar espacios que ya están construidos y habitados” (Caldeira 2017, p. 7). Sergio Magalhaes, ex secretario de Urbanismo de Río, declaró sobre el sector público: “su papel es simplemente implementar la urbanización / infraestructura allí donde la gente ya ha construido sus casas precarias” (cit. en Aguiar 2005, p. 26).

Tanto la irregularidad como la ilegalidad son los medios más comunes a través de los cuales los pobres se instalan y urbanizan las ciudades. Con frecuencia, la ilegalidad y la irregularidad son las únicas opciones disponibles para que los pobres se conviertan en habitantes urbanos, dado que la vivienda formal no es asequible y la vivienda pública no es suficiente. (Caldeira 2017, p. 7)

Pero no podemos pensar la “ilegalidad” en términos “occidentales”. La mayoría de las construcciones tienen un título, aunque sea informal, que suele ser un documento escrito a mano y firmado por el presidente de la Asociación de Residentes –una asociación igualmente informal–, el vendedor –de la parcela o la segmentación–, el comprador y dos testigos –que suelen ser vecinos que verifican que el vendedor es el “propietario” y que los límites de la propiedad son correctos o, al menos, consuetudinariamente reconocidos. Como las regulaciones respecto a la zonificación son laxas o inexistentes, estos contratos firmados ante la comunidad implican también la “legalización” de todo lo construido. No podemos pensar, entonces, que la favela se encuentre al margen de todo ordenamiento.

Los procesos administrativos son largos y tiene muchas dimensiones alegales que necesitan “conseguidores” locales, que también gestionan los suministros básicos. La AC implica a amigos, vecinos y familiares. Pero la falta de permisos o suministros no paraliza los procesos, e incluso cuando se obtienen, las lindes no están claras o ya han variado.

Las periferias son espacios que frecuentemente desestabilizan las lógicas oficiales, por ejemplo, las de la propiedad legal, el trabajo formal, la regulación estatal y el capitalismo de mercado. Sin embargo, no impugnan estas lógicas directamente, sino que operan con ellas de manera transversal. Es decir, al abordar los muchos problemas de la legalización, la regulación, la ocupación, la planificación y la especulación, redefinen esas lógicas y, al hacerlo, generan urbanizaciones de tipos heterogéneos (...). Es necesario dejar de lado la

¹⁷ Lllaman así –por referencia a sus bolas de pelo– a un entramado de líneas de agua o energía conectadas de manera informal a la red.



Foto: Freire-Medeiros y Name 2023

noción de informalidad (y el razonamiento dualista que suele implicar) y pensar en términos de lógicas transversales para entender estas formaciones urbanas complejas que son inherentemente inestables y contingentes. Las periferias se improvisan. Pero el hecho de que haya una cantidad significativa de improvisación no significa que sean totalmente no planificadas y caóticas o ilegales y no reguladas. La urbanización periférica no significa una ausencia de Estado o de planificación, sino más bien un proceso en el que los ciudadanos y los gobiernos interactúan de manera compleja. (Caldeira 2017, p. 7. Curs. más)

El acceso a un título de propiedad o un procedimiento de regularización, lejos de terminar un proceso, lo reabre: en cuanto adquiera cierta seguridad jurídica, el favelado construirá extraoficialmente subdivisiones dentro de su casa, algunas las arrendará por largos periodos, incluso su inquilino hará obras o subarrendará una parte... en un par de herencias, divorcios o traspasos, resultará de nuevo muy difícil saber qué partes de una vivienda pertenecen a quién o dónde están los límites de la propiedad, lo que hace de la favela una tipología difícil de mapear en el sentido cartográfico tradicional y más aún en el sentido registral. A menudo, es imposible deducir, tanto fuera como dentro de la vivienda, una sola lógica espacial. Pero, a pesar de la falta de pautas, el collage no resulta necesariamente desordenado. El caos organizado, el orden natural de las cosas, ha conformado la lógica transversal de la favela.

4.2.6. Participación.

La urbanización periférica implica una forma distintiva de agencia. Los residentes son agentes de urbanización, no simples consumidores de espacios desarrollados y regulados por otros. Construyen sus casas y ciudades paso a paso, de acuerdo con los recursos que son capaces de juntar en cada momento en un proceso que yo llamo autoconstrucción (siguiendo el término latinoamericano). Como también ha demostrado Holston (1991), cada fase implica una gran cantidad de improvisación y bricolaje; estrategias y cálculos complejos; y la imaginación constante de cómo podría ser una bonita casa. A veces, los resi-



Foto: conarenaenlamochila.com

dentes dependen de su propia mano de obra; con frecuencia, contratan la mano de obra de otros. Sus espacios siempre están en construcción. Así, la urbanización periférica también implica una temporalidad distintiva; las casas y los barrios crecen poco a poco, en procesos a largo plazo de incompletitud y mejora continua liderados por sus propios residentes. La urbanización periférica no implica espacios ya hechos que puedan ser consumidos como productos terminados incluso antes de que sean habitados. Más bien, se trata de espacios que nunca están del todo terminados, siempre siendo alterados, ampliados y elaborados. (Caldeira 2017, p. 5)

Los edificios del asfalto son iniciativa de un inversor privado que le encarga a un arquitecto –que a menudo tiene poca o ninguna conexión personal o afectiva con el sitio o con el cliente– el diseño de un edificio. La favela es una empresa comunal, constructor y construcción, lugar y memoria, son indisociables. De hecho, buena parte de la variabilidad de la favela deriva del hecho de que su valor no reside tanto en lo que es como en lo que puede ser. El residente necesita sentir que “tiene una opción”, capacidad para participar y tomar decisiones con respecto a la construcción de su propio entorno construido, de poner una piscina en la cubierta o volar un porche. A menudo, estas decisiones afectan a las construcciones aledañas, pero los vecinos –casi siempre familiares y amigos– prefieren asumir los riesgos antes de sentir la coerción sobre sus propias posibilidades de construir. Gran parte de su satisfacción como propietarios-constructores depende de esa sensación.

Hoy son muchos los que, disponiendo ya de recursos para mudarse al asfalto, prefieren la favela a la vivienda formal debido a la libertad para personalizarla. Cuando los habitantes controlan las grandes decisiones y pueden hacer sus propias contribuciones en el diseño, la construcción o la gestión de su vivienda, tanto este proceso como el entorno producido estimulan el bienestar individual y social: a pesar de que las casas del asfalto están mejor equi-

padas, la favela favorece el sentido de pertenencia y agencia y convierte a sus moradores en la más sólida infraestructura¹⁸.

En las favelas, la ausencia de reglas estrictas y la posibilidad de moldear tácticamente el espacio de acuerdo con la voluntad de cada uno aumenta el sentido de apropiación y pertenencia (véase Jacques, 2005). Como sugiere el caso Portelinha, los espacios autoconstruidos permiten nuevas interpretaciones urbanas y nuevas relaciones sociales, constituyendo elementos de potencialidad más que de mera precariedad. (Seldin y Canedo 2018, p. 4)

El propietario-constructor de la favela puede ahorrarse hasta la mitad del precio de su vivienda, y su inversión puede multiplicar cuatro o cinco veces no solo su valor sino sus ingresos. La participación de los favelados no solo favorece su apego al barrio, es fundamental para la sostenibilidad de la comunidad como unidad.

Según Henry Sanoff “el entorno funciona mejor si las personas afectadas por sus cambios están activamente involucradas en su creación y gestión, en vez de ser tratados como consumidores pasivos” (Sanoff 2006, p. 48). Hoy, que tanto nos preocupa la “airbnbización” de la ciudad y la conversión de la vivienda en mercancía, especialmente en ciudades turísticas como Río, quizá deberíamos mirar al morro, donde el autoconstructor jamás verá su casa como un objeto.

Mientras que el asfalto demanda proyectos, la favela desencadena procesos. El proyecto anticipa la vida y limita sus posibilidades, pues la existencia se deja para después. El proceso de la favela es, sin embargo, pura experiencia, existencia que antecede al proyecto y genera una vivencia especial, afectiva y efectiva.

4.2.7. Intensidad.

Todo ello genera en las favelas de Río un fuerte sentimiento de orgullo comunitario y de apego a la localidad que contrasta con el desapego que fomenta la ciudad “moderna”, donde el vecino siempre es un extraño. Aunque también existe la movilidad, la mayoría de los habitantes de las favelas llevan generaciones viviendo en la misma parcela. Los vecinos se conocen por su nombre y comparten los callejones y caminos entre las casas como un espacio, a la vez, público y privado: público, porque permite la circulación por el vecindario, y privado, porque sirve de patio trasero o de acceso a otras zonas de la misma construcción. Las calles están llenas de vida, interacciones e intercambios.

P.B. El colectivo es un ser en constante movimiento, siempre agitado, que vive, experimenta, conoce inventa cosas entre las fachadas, (...) la ciudad tiende a fijarse, como pretendían los arquitectos modernos, la vida urbana va desapareciendo en la monotonía de los trazos regulares. Las favelas, por el contrario, están en constante movimiento, e imponen una acción o, más aún, una participación de los habitantes. (Hastings y Berenstein 2004: s/p)

En “La metrópolis y la vida mental” (1903), Georg Simmel (2005) explica cómo la compartimentación de la vida cotidiana en la ciudad moderna condujo a la impersonalización de las transacciones y los intercambios. La puntualidad, la productividad y la exactitud reemplazaron a la intuición, la contemplación y el impulso. Ello condujo a la rutinización de la vida cotidiana y a la disgregación social. La asunción de la privatización del espacio y el tiempo nos enseñó a vivir entre “extraños”.

Con el fin de soportar la cascada de estímulos que nos rodean en la ciudad moderna, hemos tenido que desarrollar un entumecimiento perceptivo y afectivo. Si nos sintiéramos afectados cada vez que alguien en el metro nos cuenta sus desgracias viviríamos con el corazón encogido. Y si, conduciendo, estuviéramos atentos a todos los estímulos visuales del entorno, nos mataríamos en la primera curva. El habitante del asfalto se ha hecho indiferente e insensible. El tránsito rápido ha trastocado la percepción del espacio y el tiempo, que van más deprisa que nuestra saturada capacidad de percibirlos. Por eso Jane Jacobs (1961) elogió el desarrollo de alta densidad y los usos múltiples.

¹⁸. Tomamos la idea de “people as infrastructure” del urbanista AbdouMaliq Simone (cfr. Cano 2021, p. 165).

Por el contrario, el collage del tejido urbano de la favela produce una experiencia sensorial del espacio diferente a la que se vive en una ciudad plana y “formalmente” planificada.

La concepción del diseño de la arquitectura y el urbanismo, tal como se enseña y se aprende en la mayoría de las universidades, congela el tiempo y corta el espacio a través de representaciones visuales estáticas. Los dibujos técnicos producidos durante el proceso eliminan el disfrute de la experiencia de la arquitectura y de la ciudad: el tiempo, la tridimensionalidad y el movimiento, concibiéndolos como objetos cuyo funcionamiento está predefinido en la mesa de dibujo o en la pantalla del ordenador. En estas piezas gráficas, por un lado, considerando los objetos representados, solo interesa su posición en el espacio, sus contornos y sus medidas; y por otro lado, lo que se pretende construir tridimensionalmente se representa bidimensionalmente, casi nunca considerando la acumulación de conocimientos de quienes realmente van a erigir el edificio. (Freire-Medeiros y Name 2023, p. 174)

Sin embargo, las empinadas callejuelas hacen sentir el espacio de forma más real que los renderizados o que las escaleras mecánicas, el olor a comida invade el espacio público, los gritos de los niños acompañan los sinuosos y estrechos caminos donde no se escuchan coches. El paisaje sonoro, olfativo y háptico que se percibe al caminar por el denso tejido de la favela es completamente diferente al del asfalto. La densidad, proximidad y complejidad espacial genera multitud de encuentros casuales que, a diferencia de los de la ciudad formal, son ineludibles, producen una mayor interconectividad e interacción comunitaria.

Más que una aglomeración de casas, estas construcciones autoconstruidas están llenas de simbolismos y características que van más allá del simple acceso a la vivienda. A pesar de la falta de planificación o diseño urbano tradicional, particularmente en el caso de Portelinha, se percibe una intención de transformar el espacio urbano. Se puede observar que a través de la construcción de casas se crea algo más que vivienda. Portelinha también fue testigo de la creación de lugares públicos, lugares de intercambio y sociabilidad, lugares llenos de significado, lugares de disputas, conflictos y negociaciones. Lo que emerge es algo más que el espacio. Es un territorio complejo que guía la vida de sus habitantes y visitantes. (Seldin y Canedo 2018, p. 2)

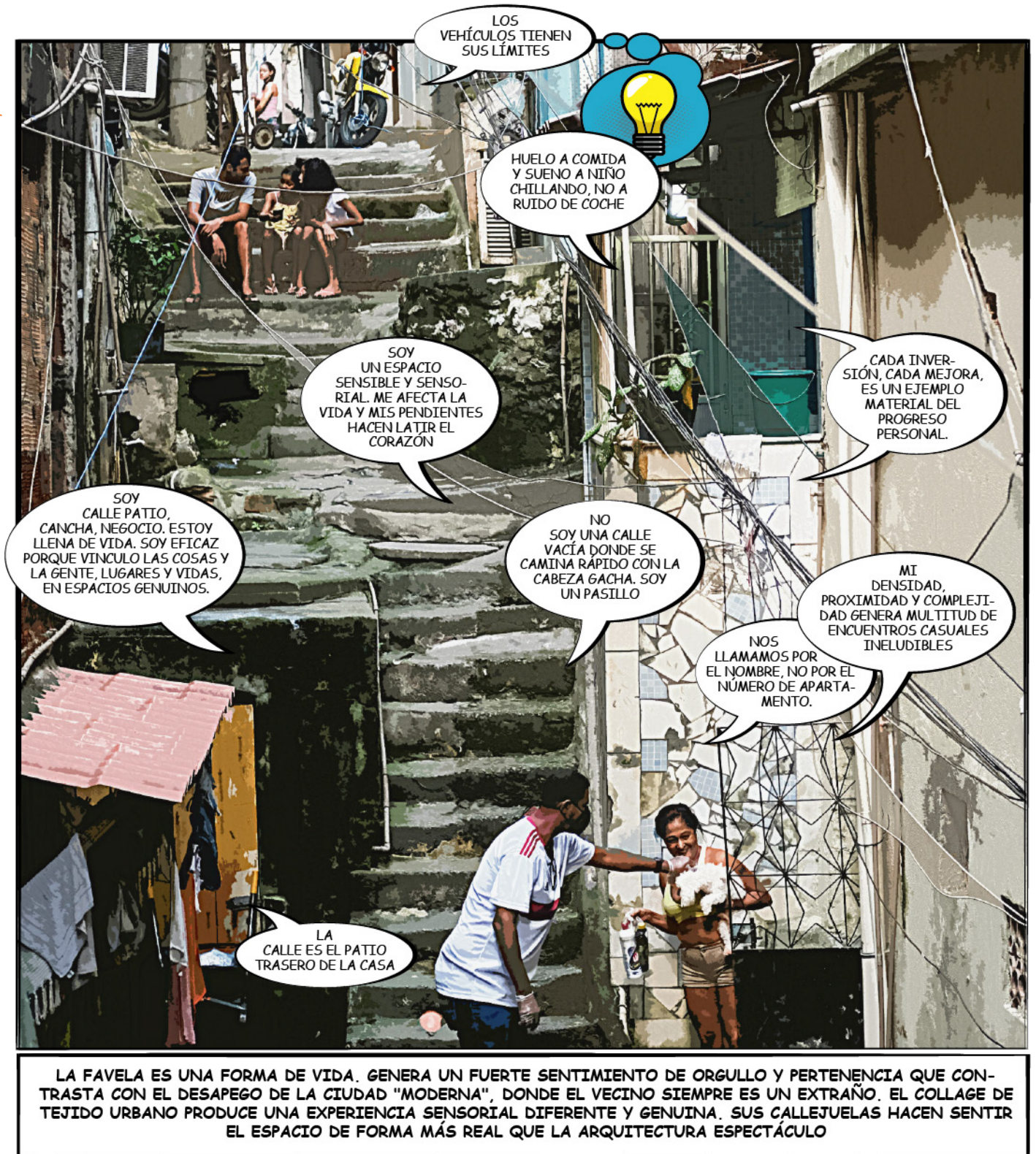
La favela es un refugio que tiene mucho de forma de vida. Es verdad que en el asfalto la vivienda también dice mucho de sus moradores. Pero este capital simbólico se adquiere ya terminado, *prêt-à-porter*. Si acaso, es la hipoteca la que nos determina la vida. En la favela, la casa es un ejemplo material de nuestro progreso social y vital.

A pesar de la indiscutible precariedad y la persistencia de la pobreza, los procesos de transformación de las zonas periféricas ofrecen un modelo de movilidad social, en la medida en que se convierten en la encarnación material de la noción de progreso. (Caldeira 2017, p. 6)

De hecho, la favela es eficaz en términos económicos en la medida en que vincula intensamente las cosas y los humanos, los espacios y las vidas, generando lo que Douglas Aguiar (2005) llama, por contraste con la vivienda social, *espacios genuinos*.

¿Por qué es importante la cuestión de ser genuino para los entornos urbanos? La respuesta a esa pregunta es triple. Un aspecto es el económico. Los entornos urbanos genuinos son económicamente activos; la gente compra y vende propiedades, los edificios se renuevan, se demuelen, cambian su uso, se reconstruyen y se construyen de nuevo. Las actividades –comercios, servicios e incluso pequeñas industrias– surgen y desaparecen con el paso del tiempo de forma natural. La residencia (no la vivienda) es solo una parte de la ecuación. En la vivienda social, por el contrario, el valor de la propiedad tiende a ser mucho menor. (Ibid. p. 35)

Los edificios de los proyectos de vivienda social son muy rígidos, apenas admiten reformas. En consecuencia, cuando dejan de ser funcionales, casi siempre son, simplemente, demolidos (el Pruitt-Igoe es un caso paradigmático). Esta rigidez limita mucho las actividades no regladas y previamente programadas, por lo que suelen generar zonas muertas desde el punto de vista económico, ciudades meramente dormitorio. Pero la vivienda es solo un componente de la ecuación urbana.



Por otra parte, la vivienda social suele provenir de un realojo masivo y programado que genera entornos sociales muy homogéneos. Si sus habitantes mejoran socialmente, al no desarrollar en ellos actividades complementarias, simplemente se mudan. Los habitantes de la favela llegan de lugares diversos y por iniciativa propia, generando una gran diversidad social y de ingresos. Se adaptan al espacio y desarrollan en él actividades inéditas, no programadas. Cuando estas les producen réditos económicos, reinvierten en su vivienda.

Los entornos urbanos genuinos son socialmente activos y, además, animados. La gente local y la gente de los alrededores, y de entornos aún más lejanos, tienden a mezclarse de for-

ma natural. La diversidad social tiende a ir acompañada de la diversidad económica. En los entornos urbanos genuinos generalmente se permite una mezcla de personas de diferentes estratos de ingresos

La vivienda social, por el contrario, tiende a ser social y económicamente homogénea. La comunidad tiende a ser homogénea y local. El espacio colectivo, a menudo reducido a terrenos de juego e instalaciones deportivas. (Aguiar 2005, p. 31)

Los entornos urbanos genuinos nacen de la diversidad y la generan, diversidad formal y arquitectónica que se alimenta y produce diversidad social y cultural. Surge así una estética que no es impuesta, sino que nace naturalmente de una forma de vida que vivifica el entorno.

La experiencia de la estética de los entornos urbanos genuinos permite la percepción de su *animismo* [animism], es decir, “el reconocimiento y la experiencia de un mundo vivo, un mundo con interioridad, un mundo con ánima. El animismo ofrece una alternativa a la objetivación y a la distancia de dos maneras: da significado a nuestras sensaciones corporales y, por lo tanto, al mundo que nos rodea, y devuelve la vida interior a los objetos y al entorno (y a nosotros mismos) (Frank & Lepori, 2000, *Architecture inside out*. Chichester, Wiley, p.21)”. (Aguiar 2005, p. 31)

4.2.8. Variedad.

El objetivo inicial de las primeras favelas era exclusivamente proporcionar refugio. De forma similar a como los humanos primitivos recogían los más variados materiales de la naturaleza para “ponerse a cubierto”, el favelado buscaba restos de materiales de construcción en su entorno periurbano y los aprovechaba. Literalmente, construía con los restos del naufragio de la modernidad. La acumulación aleatoria de refugios movilizó soluciones *ad hoc* que acabaron formando un tejido urbano versátil que cubrió el extrarradio de la ciudad. En el caso de Río de Janeiro, la vegetación de las colinas fue progresivamente ocupada por una densa trama de cubos de ladrillo sobre pilotis, al principio de madera, cubiertos de planchas de laminado zincado. Poco a poco, las técnicas constructivas más asequibles, básicamente el hormigón armado y los forjados de vigas y bovedillas, fueron generando estructuras. La poca profesionalidad de los constructores tendía a sobredimensionar los apoyos, lo que, a la postre, favoreció el crecimiento de las edificaciones. Estos volúmenes en continuo crecimiento, adaptados a las necesidades de los residentes e ignorando las limitaciones administrativas, fueron emparejándose a diferentes cotas y volándose sobre los ejes de los deslindes iniciales e invadiendo las rasantes. Eso generó volumetrías caprichosas y fragmentarias que se sumaron a un conjunto orgánico.

Las primeras casas tenían la estructura de madera, muros de barro o restos de construcción y cubierta de hojalata. Aún hoy, la madera es empleada en las casas más altas, donde es muy difícil transportar materiales o una hormigonera y la construcción resulta, en consecuencia, más cara. Pero los materiales utilizados en los edificios más cercanos a la base de las colinas o bien próximos a sus arterias son casi indistinguibles de los utilizados en la arquitectura de la ciudad formal. Paradójicamente, en cierto sentido las casas de las favelas son muy “modernas”¹⁹. Ocupan estrechos solares cuadrados o rectangulares y, para salvar los fuertes desniveles, se suelen alzar sobre pilotis colocados en los ángulos de la planta. Estos pilares de hormigón armado, sobre una grilla regular que depende del tamaño del solar, soportan una losa a base de viguetas de hormigón y bovedillas cerámicas que suelen exceder la planta creando un volado, un recrecido o un porche. Los pilares se dejan sobresaliendo de la losa hasta la altura del antepecho con el hierro corrugado al aire (esperas), a menudo “protegido” de la oxidación por una botella de plástico. Esta estructura funcional, hace que se corresponda – “siguiendo la ortodoxia modernista” – el interior y el exterior y permite el desarrollo de una “planta libre” y la colocación aleatoria de vanos en muros generalmen-

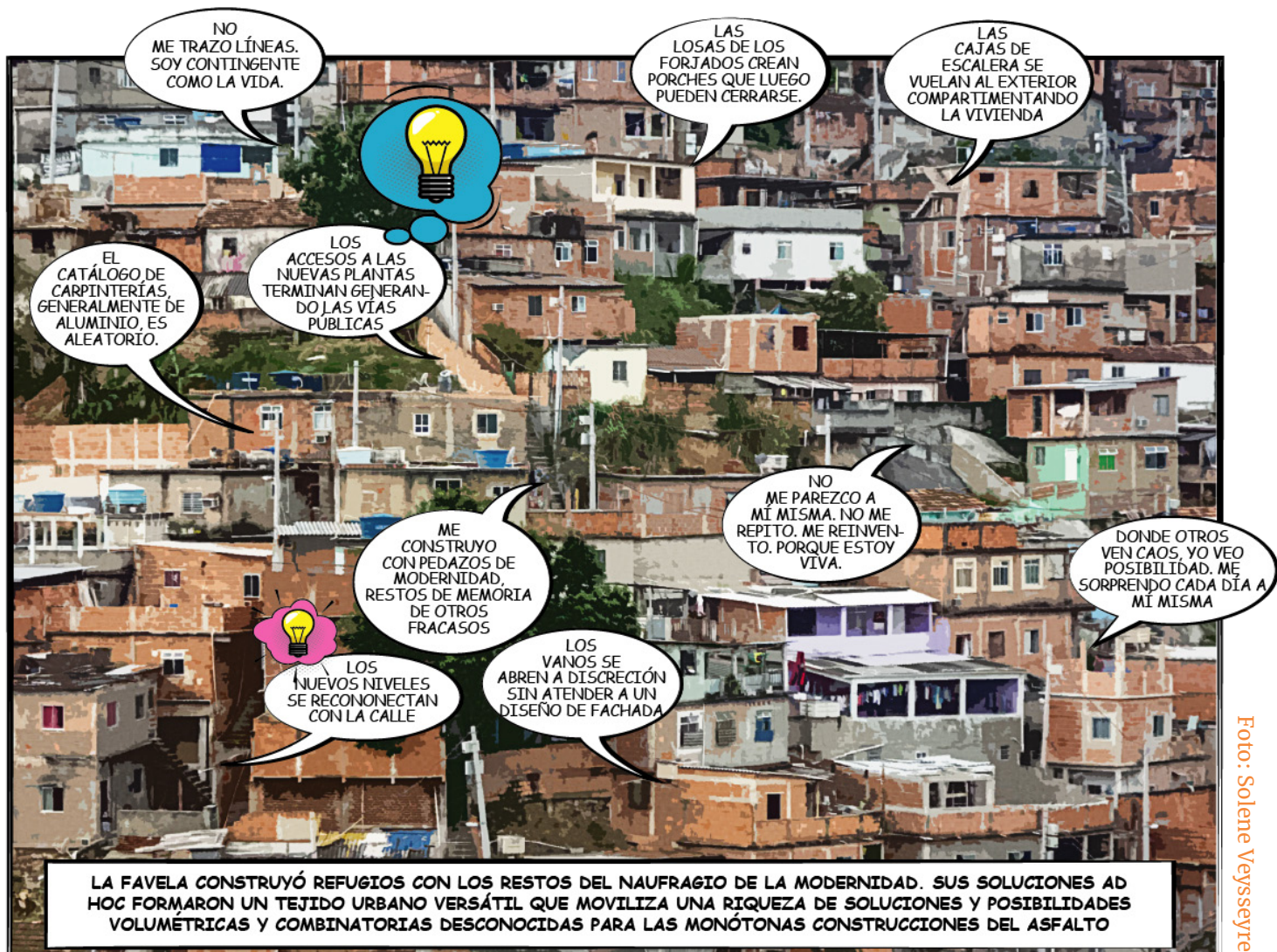
¹⁹ Recordemos que los “principios básicos del modernismo eran: funcionalidad, simplicidad, uso de materiales industriales, correspondencia de interior y exterior, plana libre, fachada libre, vanos libres, pilotis y azoteas transitables, principios que se cumplen con la misma exactitud que informalidad en la favela.

te de ladrillo de arcilla. El muro pocas veces se enfosca, y nunca de yeso, un material *muito fraco* –muy débil– e inapropiado para la alta humedad tropical.

El proyecto se basa en “nada desenhar”, colocar la *fundação*, hacer una prueba de materiales y construir. El grueso de la construcción es cosa de dos: el *pedreiro* y su ayudante, que, con frecuencia, es el propietario. Independientemente de la escala socioeconómica de este, la mayoría de los residentes se enorgullecen de ocuparse de la construcción y el mantenimiento de sus hogares, en los que invierten gran parte de sus ingresos. La mayoría de las compras de materiales de construcción se hacen con el “salario del 13º mes” –la extraordinaria– y con la ayuda de amigos y vecinos los fines de semana. Si hay dinero, el primer piso de una casa se suele levantar en dos meses y la casa entera en diez o doce meses. Por supuesto, no necesariamente sucesivos.

Y luego, la vida. La separación de la pareja exige dividir los pisos y demanda una entrada independiente a otra altura. La boda del hijo o la llegada de un primo inmigrante requiere una segunda planta. La necesidad de dinero recomienda alquilarla, o convertir el bajo en comercio... Algunas tienen que ver con el crecimiento familiar, pero “muchas de las modificaciones y adaptaciones espaciales tienen un propósito relacionado con las actividades laborales de los habitantes” (Brillembourg et. al. 2005, p. 330): la mutación de la casa está vinculada a la adaptabilidad de la que antes hablamos, en la que lo familiar y lo laboral, lo privado y lo público, el ocio y la producción, generan una modulación espacial orgánica a muchos niveles, y una combinatoria de volúmenes y soluciones potencialmente infinita.

Todo ello genera una riqueza de soluciones y posibilidades volumétricas y combinatorias desconocidas para las monótonas construcciones del asfalto, que repiten esquemas funcio-



nalistas y formas perfectamente previsibles, incapaces de generar sorpresa o intensidad.

4.2.9. Adaptabilidad.

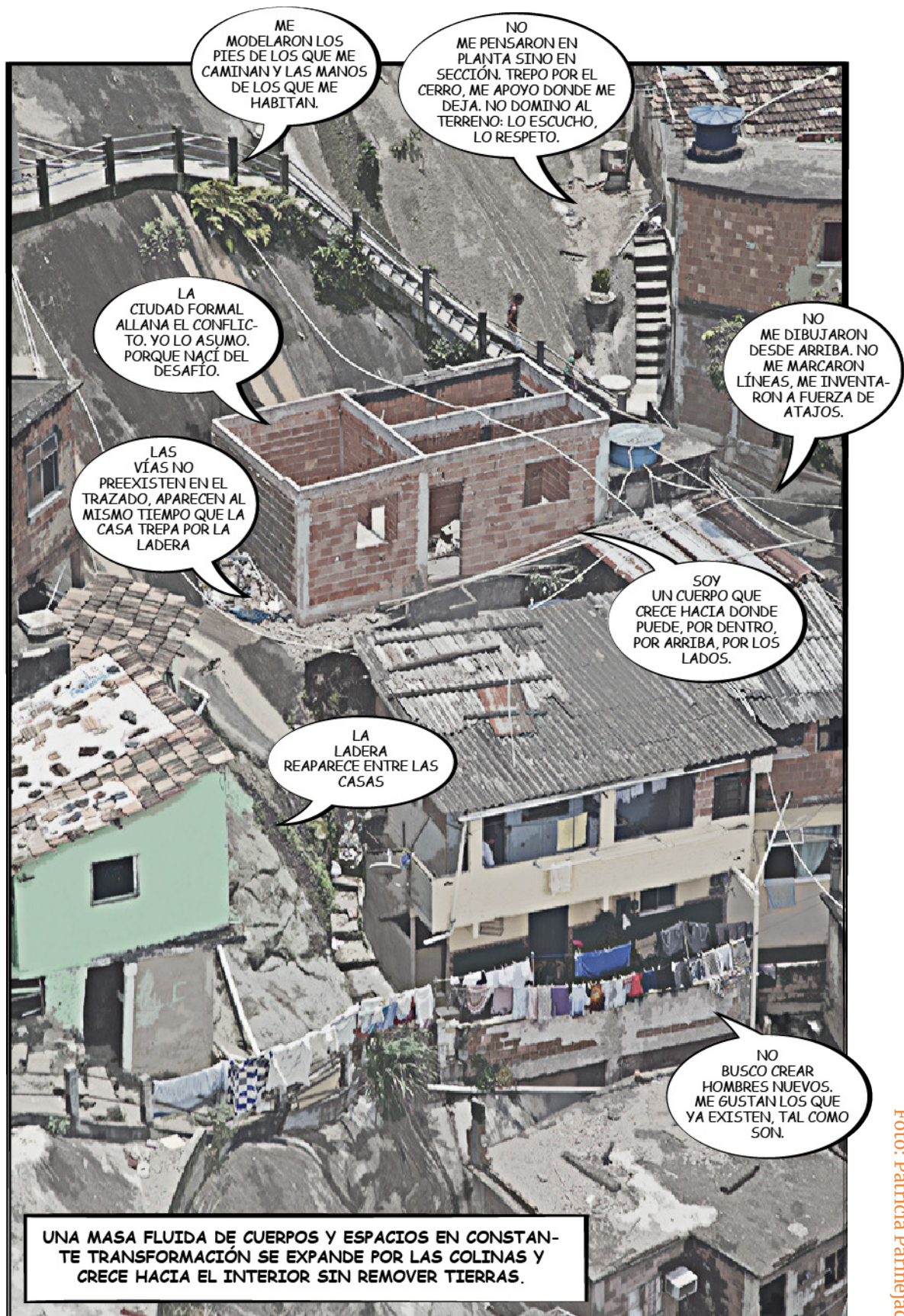
En su entrevista con Paola Berenstein, Isadora Hastings destaca que “Brasilia, proyectada por Lucio Costa y diseñada en gran parte por Niemeyer en los años 50, hoy está surcada por infinitas veredas o pequeños caminos formados por el paso de los peatones para acortar distancias en alternativa al trazado arquitectónico” (Hastings y Berenstein 2004, s/p) (20). La arquitectura moderna quería modelar con su máquina de habitar un hombre nuevo, ideal. La favela no solo no proyecta hombres nuevos, sino que se adapta a los reales, que inventan la ciudad a base de (buscarse la) vida.

Una masa fluida de cuerpos y espacios en constante transformación se expande por las colinas, pero también crece hacia el interior, densificándose, siguiendo la lógica del atajo. A veces, lo añadidos no son estrictamente verticales, sino que encuentran apoyos suplementarios en cotas más altas de la orografía. En ese nuevo nodo rizomático, surge un acceso y, en consecuencia, una “calle”. Algunos “edificios” llegan a alcanzar, o a acumular, hasta 6 o 7 plantas, que se conectan con los alrededores – en una construcción en ladera que apenas remueve o nivela tierras – a distintos niveles. Eso obliga a generar conexiones inesperadas que, a veces, convierten la propia edificación en viario. Lo que empieza siendo una acumulación de elementos, termina así convirtiéndose en un rizoma: si en la ciudad formal la estructura reticular es perceptible y está jerarquizada, en la favela los nodos se conectan de forma imprevista y hacen difícil distinguir las diferentes arterias.

El tejido urbano de la favela es maleable y flexible, e igual que es el habitar el que determina el construir, es el recorrido el que determina los caminos. A diferencia de la planificación urbana del asfalto, que diseña el trazado *a priori*, en la favela, las calles (y todos los espacios públicos) son modelados exclusivamente por el uso. Mientras en la ciudad planificada, las plantas preexisten a la ciudad real, en los espacios laberínticos de las favelas ocurre lo opuesto: las plantas aparecen *a posteriori*, los planos se cartografían como los mapas, a partir de los accidentes ya existentes. El laberinto urbano está lleno de sorpresas, produce sensaciones espacial imprevisibles que no se pueden anticipar en el proyecto urbanístico convencional, que privilegia la previsibilidad y elimina el misterio del recorrido urbano.

(20) Brasilia. Sobre los trazados prouestos por Niemeyer se obseervan los “atajos” de los viandantes. Foto: Limongi. Wikimedia Commons.





Este sorprendente laberinto atraviesa lo público y lo privado. La casa, conectada internamente por la caja de escalera inicial, termina tocando el terreno de nuevo en otra cota, y el morador de la tercera planta puede construir su acceso independiente del de la segunda sin proyecto previo. Eso rompe la formalidad de los núcleos de accesos –la estructura rizomática hace imposible, e irrelevante, saber por dónde se entra a la casa– y genera un tránsito

urbano interior alternativo al exterior. Con frecuencia, “atajar” por la casa permeable con sus puertas casi siempre abiertas, ahorra el zigzag de las callejuelas.

Las dimensiones de las calles de las favelas están, en la mayoría de los casos, más allá de cualquier especificación razonable. Además de ser estrechas, las calles tienen tramos muy resbaladizos y empinados; en otras partes, están atravesadas por escaleras. Por lo tanto, se vuelve impracticable transportar objetos de mayor volumen, como un refrigerador o un sofá, por ejemplo. Para sortear este grave y cotidiano problema de movilidad, los residentes crean caminos verticales y horizontales alternativos por encima de las casas. Sobre y entre los lajes, se tienden “calles suspendidas”, que no necesitan de un trazado previo ni de ninguna lógica que no sea el puro pragmatismo. Cuando se usa de esta manera, ¿debemos pensar en lajes como hogar o calle, privada o pública, resultado de la verticalidad u horizontalidad? (Freire-Medeiros y Name 2023, p. 172)

E igual que la favela no pretende adaptar a los seres humanos a su proyecto, tampoco lo pretende con la naturaleza. Las ciudades “formales” están diseñadas en planta, a vista de pájaro. Por el contrario, la arquitectura topográfica de las favelas de las colinas de Río se ha levantado en sección, aferrándose a la orografía diagonal. A lo largo de la historia de Río, colinas enteras fueron desmontadas y niveladas para crear algunos de los principales parques o espacios públicos de la ciudad formal. La arquitectura “civilizada” es civilizadora, favorece el terreno llano y nivela rápidamente cualquier oposición al plano. En la favela, sin embargo, apenas hay movimiento de tierras, no intenta dominar la naturaleza, es la construcción la que se adapta al medio y no este el que se adapta al proyecto. Los ocupantes ilegales que se asentaron en las colinas que rodeaban la ciudad planificada no obligaron a la topografía a amoldarse a sus estrategias de construcción, sino que idearon técnicas de construcción para agarrarse a la pendiente natural de las laderas, y aceptaron el desafío del clima y la orografía (que no pocas veces se alían para borrar toda una ladera de construcciones y devolver la colina a su estado original).

4.2.10. Permeabilidad.

En el mundo “desarrollado”, la propiedad privada es la ley, el individualismo la norma y la intimidad el ideal. Para nuestra mentalidad, la puerta de la calle es una barrera prácticamente infranqueable. Pero esto es así desde hace relativamente poco. Hace pocas generaciones el salón de casa era la calle, los niños jugaban en ella y pasaban a merendar a casa del vecino. En el denso entorno de las comunidades de las favelas, el espacio privado se confunde con el público. Pero no debemos ver esto necesariamente como un signo de pobreza: hoy son infinidad los mayores que, en nuestras ciudades, han visto como la privacidad y la intimidad se convertían en soledad y desamparo.

En las ciudades planificadas existen distinciones claras entre las parcelas de tierra, se sabe dónde termina la propiedad de un residente y comienza la de otro, no hay un metro cuadrado sin dueño. En la favela, por el contrario,

La noción de lo compartido, público o privado es diferente a lo que se encuentra en los entornos formales de planificación urbana. Esto conduce a una mayor presencia de comunidades más estrechas y unidas. Un bloque de casas puede ser una sola casa, con varios propietarios compartidos (por ejemplo, villas), el primer piso de una casa puede ser para una persona y el segundo para otra. De hecho, la mayoría de las *batidas de laje* están hechas para otras personas. Los callejones y escaleras son espacios públicos compartidos por todos. (Brillembourg et. al. 2005, p. 320)

Durante el día, las callejuelas se convierten en la continuación de las casas, espacios semi-privados que acogen simultáneamente actividades domésticas y económicas, al mismo tiempo que la mayoría de las casas, con sus puertas abiertas, se convierten en espacios semi-públicos. La idea de la favela como una gran casa colectiva está extendida entre los moradores. Los límites físicos entre las casas y los espacios públicos, fundamentales en la arquitectura formal, no tienen gran valor en la favela: las casas se extienden hacia el exterior y los espacios de acceso cambiantes integran la ciudad en la vida cotidiana de cada morador.

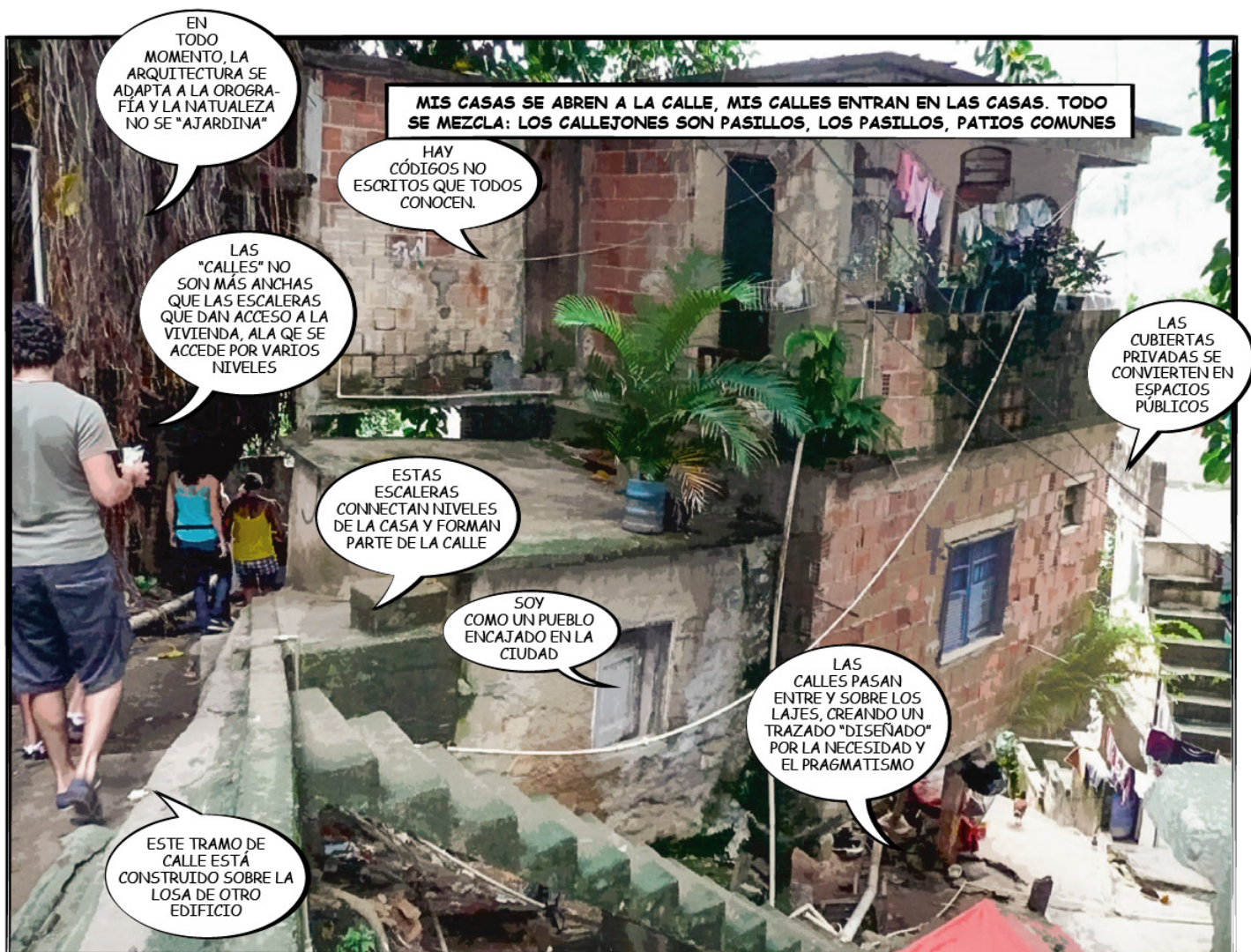


Foto: Freire-Medeiros y Name 2023

Estas lógicas transversales, unidas a la constante modificación de las construcciones, hacen difícil deslindar dónde termina una casa y comienza otra. Como, además, la necesidad aconseja aprovechar al máximo el espacio, en sentido tanto horizontal como vertical, los intersticios tienden al colmatarse de forma aleatoria. Se suele respetar una carretera principal lo suficientemente ancha como para que acceda un coche hasta la zona más alta. Más allá de este eje central, los caminos y callejones estrechos se abren lo justo para asegurar los accesos a las nuevas viviendas.

La favela comienza como un refugio para vivir que se transforma en viario: escaleras, caminos y callejones sinuosos emergen en el espacio intersticial para permitir la circulación peatonal. Esta evolución invade no pocas veces el espacio aledaño, lo que demanda acuerdos: un piso adicional casi siempre obstruirá la vista de un vecino, por lo que se debe respetar una distancia mínima. A cambio, el otro le cede la servidumbre de paso por su escalera.

Hay una ley de respeto mutuo. Eduardo me dijo que decidió no instalar una ventana de su dormitorio, ya que se habría abierto directamente a la casa de su vecino. Después de todo, la favela es un mundo pequeño, donde todos se conocen y hablan con todos de los demás, por lo que deben llegar a acuerdos pacíficos entre ellos. (Veyseyre 2014, s/p)

La favela tiene algo de pueblo incrustado en la ciudad, donde todos se conocen y se deben algo. Raro es el que no comió de chico en la casa de la madre del vecino, o es un cliente de toda la vida, o te ayudó a levantar el segundo piso... por lo que no es difícil adquirir compromisos.

El acceso al laje suele ser a través de escaleras que parten a nivel de la calle y son exteriores

a la propia casa. Una regla no escrita pero muy respetada estipula que uno no debe subir estas escaleras y llegar al laje de alguien sin la invitación o autorización adecuada. En este sentido, estamos hablando de un espacio privado (...). Por otro lado, (...) los lajes, en su verticalidad, están conectados física y visualmente con el exterior, con el espacio público. (Freire-Medeiros y Name 2023, p.169)

Los grupos que crearon las primeras favelas provenían en su mayoría de los mismos lugares, vinieron por las mismas circunstancias o incluso pertenecían a una misma familia. En todos los casos, tenían fuertes conexiones personales. Incluso si estas conexiones no existían, la cercanía física, los problemas compartidos y los sistemas de ayuda mutua hicieron que en poco tiempo casi todos los moradores construyeran una fuerte comunidad y un modo de vida. Ahora, todo el mundo es nieto de alguien, y los nuevos moradores suelen emigrar a barrios donde tienen conocidos, de otro modo, no sería fácil encontrar “conseguidores”.

En ese contexto, el crecimiento familiar, la llegada de nuevos moradores, la solidaridad, la necesidad de recursos o la aparición de oportunidades generan nuevos, espacios, distribuciones, accesos y tránsitos. Por eso, al caminar por la favela uno tiene la sensación de que está simultáneamente dentro de un edificio al aire libre, confunde pasillos y callejones, no sabe bien si está invadiendo una propiedad privada o paseando por la calle. Esta permeabilidad atenta claramente contra la inflexible división moderna entre lo público y lo privado, entre el interior y el exterior y entre la experiencia subjetiva y la experiencia social, entre el yo y la ciudad, en un sentido no muy diferente al que persiguieron los situacionistas. Esta indefinición, en efecto, puede proporcionar otro concepto de calidad de vida, mejorar la concepción del espacio público, desarrollar las relaciones sociales y comerciales, fomentar la vida de barrio y crear nuevas oportunidades.

4.2.11. “Lajerío”²⁰.

62

Como ya comentamos, en la favela predomina la casa de ladrillo de arcilla sobre estructura de hormigón armado. Los forjados se cubren con lo que llaman betón, una mezcla de inertes aglomerados con cemento o asfalto que cubre la armadura que se apoya en la estructura de vigas y bovedillas. El betón aporta solidez e impermeabilidad, lo que hace indiscernibles las cubiertas de los forjados. De hecho, todos los forjados fueron antes cubiertas. A eso lo llaman “laje”, posiblemente el elemento más característico de la favela, una mezcla de solución constructiva y habitacional: “un laje es, al mismo tiempo, un techo, una losa, un piso, un camino y un mirador. Un lugar que desde su construcción se entiende como provisional, siempre cambiante y que presenta múltiples usos (Freire-Medeiros y Name 2023, p. 165). Estas cubiertas siempre son accesibles, pues acogen buena parte de las instalaciones –en especial los grandes tanques que proporcionan agua corriente–, y aportan la luz y el espacio de socialización y ocio del que a menudo carece la favela: “en el contexto de ciertas favelas, que tienen una densidad de población muy alta, poseer un laje es un símbolo de estatus y privilegio envidiable” (Freire-Medeiros y Name 2023, p. 165). Estas azoteas transitables, que actúan como un salón comunitario y, al mismo tiempo, como patinillo de instalaciones y almacén de materiales, son una característica fundamental de la vida social y económica de la favela.

Es en los lajes donde los niños juegan, las familias hacen barbacoas y celebran sus grandes eventos, se relajan y toman el sol, no es casualidad que allí se encuentren tantas piscinas y duchas de plástico. Los lajes también cumplen funciones más pragmáticas: albergan los tanques de agua que pintan de azul la vista aérea de la favela, están cosidos con interminables tendederos, funcionan como jardines colgantes y espacios para criar animales pequeños: perros, gallinas, pájaros, rabbits, patos. Los lajes también se utilizan para almacenar todo lo que no es útil en este momento, pero que vale la pena conservar. A veces pueden funcionar como escenarios para músicos y artistas aficionados, o como lugares para fiestas y bailes, y sus paredes pueden transmutarse en pantallas para la proyección de películas. (Ibid. p. 165)

²⁰ Aunque no resulte muy académico, no hemos podido evitar hacer el juego de palabras con el vocablo canario.



Inicialmente sin cubrir, pasan luego a tener un porche de planchas grecadas de galvanizado que las protege del sol y la lluvia y, por último, un segundo forjado, que puede cubrirlas en todo o en parte o, incluso, recrecerlas. Pero su función social no hace más que desplazarse un piso más arriba. Como ya vimos, este desplazamiento, que se adapta siempre a la intrincada topografía, puede alcanzar el terreno en otra cota y tampoco es infrecuente que dos azoteas se conecten y conviertan en espacio de tránsito. De ese modo, las cubiertas sirven de nuevo para permear lo público y lo privado y expanden la vida doméstica a la calle al tiempo que integran esta en el interior.

Los lajes se convierten, aún más a menudo, en los extremos de puentes invisibles y precarios cuando los niños juegan y, especialmente los varones, persiguen cometas, saltando rápidamente entre lajes que no son necesariamente contiguos. Sin embargo, no todas las persecuciones en la favela son lúdicas. Los lajes son también espacios de actividad delictiva e intervención policial. Es desde lo alto de la tierra que los miembros de las bandas armadas observan y controlan el flujo de personas y bienes que entran y salen del territorio que

creen que es suyo.

Calles suspendidas, puentes y vías de evacuación: si a nivel individual y horizontal los lajes son un espacio privado —es decir, un hogar—, su uso colectivo, vertical, móvil y variado los transforma en un área de circulación pública, es decir, una calle. (Freire-Medeiros y Name 2023, p. 170)

Las cubiertas, además, aseguran las vistas que se puedan perder con el crecimiento de las construcciones anejas. Por eso, últimamente, entre las favelas más expuestas a los procesos de gentrificación (como Rocinha o Vidigal), las azoteas se han convertido en un nuevo espacio comercializado, cerrando así el círculo que había nacido con el traslado de la vivienda a la segunda planta y la conversión de la primera en tienda.

Capturado en esta geografía de la imaginación, el laje puede convertirse en un mirador turístico desde donde los “gringos” aprehenden, cámara en mano, el espectáculo de la inequidad social. (Freire-Medeiros y Name 2023, p. 168)

4.2.12. Ornamento.

A diferencia de la arquitectura proyectada, que hereda del movimiento moderno su pasión por la coherencia y su prevención contra el ornamento, en la favela cada planta y cada fachada, presenta diferencias formales respecto a las otras, ya que están construidas por diferentes propietarios, con diferentes gustos, en diferentes momentos y con diferentes presupuestos.

Las favelas son muy variadas no solo arquitectónicamente, sino socioeconómicamente. Según un informe realizado por el IBGE en el año 2000, en las Favelas de Río de Janeiro el 10% más rico gana 9,8 veces más que el 40% más pobre. Es decir, existen grandes diferencias de clase dentro de los barrios, lo que se traduce no solo en diferencias de recursos sino también en voluntad de hacerlos visibles en el acabado de las casas.

Como ya comentamos, la favela nace “funcionalista”: los dinteles y pilares de hormigón quedan a la vista y las fachadas de ladrillo sin enlucir y, por momentos, sin cerrar del todo, transparentan la estructura de la casa. Cuando las losas de forjado se vuelan y los pilares se regruesan, aparece una especie de brutalismo naif. Pero detrás de estas analogías no hay voluntad de estilo, sino voluntad de ahorro. En la favela el ornamento no es delito. En cuanto aparecen los recursos, la piel del edificio se independiza de la “lógica” espacial del interior, adoptando un “estilo” que también variará en función de los recursos del propietario y de la propia evolución del edificio.

Estos se adornan libremente con elementos no estrictamente funcionales, generando una gran variedad de acabados en función de la calidad de los materiales, que dejan traslucir el estatuto de su propietario. El grado de cuidado estético de la fachada muestra las posibilidades económicas de cada quién según criterios más cercanos a la ostentación que al “buen gusto” moderno.

Se podría hacer una gradación de calidades en los cerramientos en función del nivel de vida de los propietarios (cfr. Castro 2017, p. 30): las casas más pobres estarían cerradas con restos multiformes aprovechados de desechos y derrubios; seguidas de las casas con muros *pau a pique*²¹; luego vendrían las de muros de ladrillo de arcilla sin revestir; las de muros de ladrillo enlucido; las casas de ladrillo de arcilla embocada; los muros de ladrillo de arcilla embocada y pintada y, finalmente, las casas con muros de ladrillo de arcilla embocada con revestimiento cerámico. Los pisos de cerámica se utilizan en fachadas sin ninguna preocupación.

También los marcos de los vanos entran dentro de esa lógica. Así, se pueden identificar: casas sin marcos, casas con marcos a inglete de madera (con o sin vidrio) y casas con mar-

²¹. El *Pau a pique* es una técnica artesanal vernácula de construcción de muros, semejante al tapial, que entrelaza listones de maderas verticales clavados al suelo con varillas horizontales, generalmente de bambú, unidos entre sí mediante enredaderas, dando lugar a una especie de encofrado perforado relleno luego de arcilla y grava.

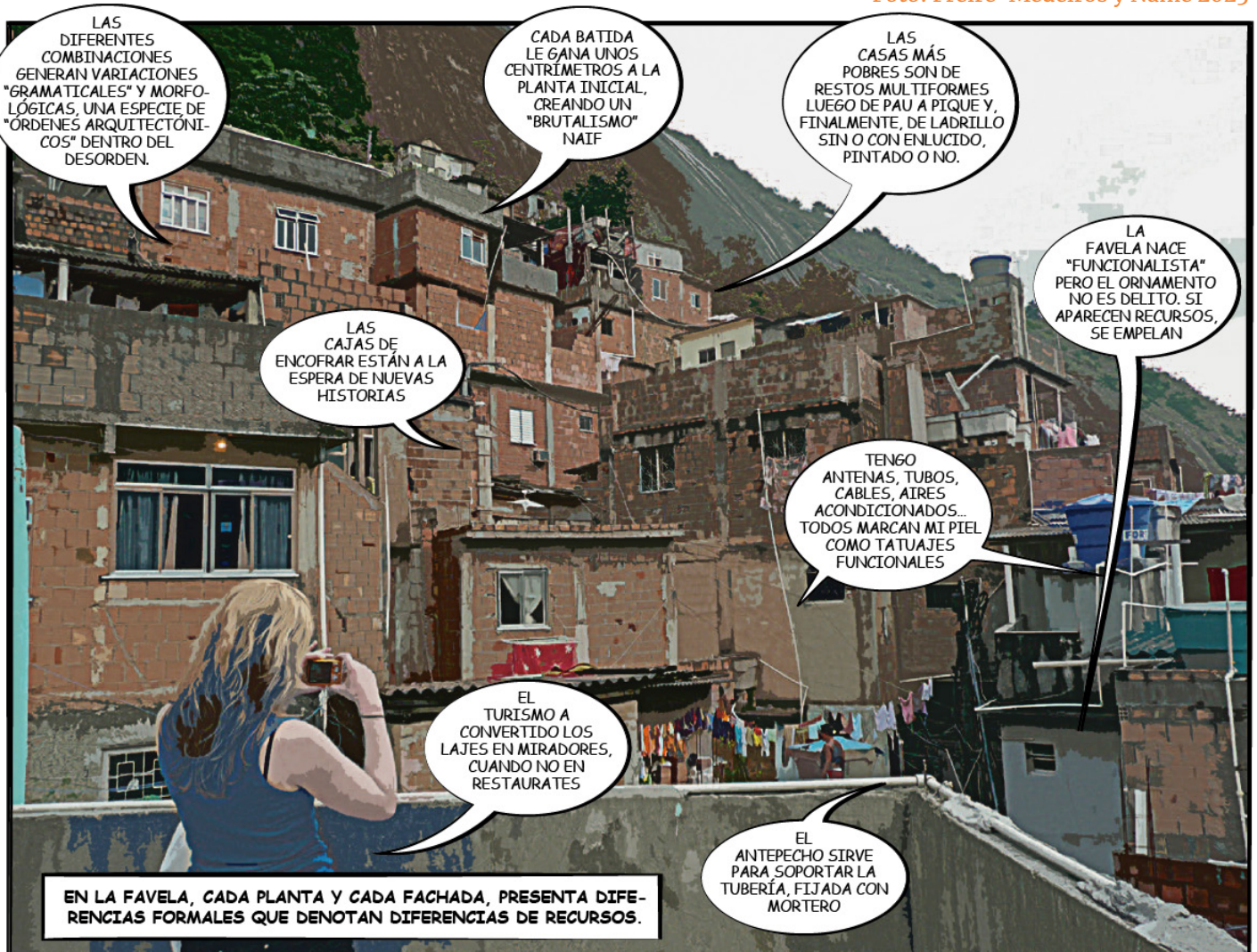
cos de aluminio. Las ventanas típicas son de policarbonato con marcos de aluminio. Muchas ventanas de los pisos y las cotas más bajas –y más expuestas– están protegidas con rejas de acero con tipologías características.

Aunque suene extraño, dada su aleatoriedad, las diferentes combinaciones de estos recursos generan variaciones “gramaticales” y morfológicas, una especie de “órdenes arquitectónicos” dentro del desorden. La convivencia de diferentes materiales y tipologías en una fisionomía tan densa les hace adquirir una extraña coherencia estética.

El exterior de las viviendas o las plantas con una función más comercial suelen estar pintadas o revestidas con cerámica. Pero, en general, las fachadas son muy austeras: muros lisos constantemente alterados por aparatos de aire acondicionado, antenas parabólicas o “gatos” de cables, macarrones y tuberías.

En general, los espacios interiores están bien cuidados y limpios, pintados y decorados, y casi todos tienen un gran televisor como elemento central. Las baldosas son de uso frecuente en fachadas, paredes, escaleras y pisos. Actualmente, está de moda alicatar el suelo de la cubierta, que, como vimos, además de como tendedero o almacén, se usa también para reuniones sociales, dado que los espacios interiores son cada vez más oscuros –debido a la densificación– y más pequeños –debido a la compartimentación–.

Foto: Freire-Medeiros y Name 2023



5. CONCLUSIONES

Si ha de haber un “nuevo urbanismo”, no estará basado en las fantasías gemelas del orden y la omnipotencia, sino que será la puesta en escena de la incertidumbre; ya no se ocupará de la disposición de objetos más o menos permanentes, sino de la irrigación de territorios con posibilidades; ya no pretenderá lograr unas configuraciones estables, sino crear campos habilitantes que alberguen procesos que se resistan a cristalizar en una forma definitiva; ya no tendrá que ver con la definición meticulosa, con la imposición de límites, sino con nociones expansivas que nieguen las fronteras, no con separar e identificar entidades, sino con descubrir híbridos innombrables; ya no estará obsesionado con la ciudad, sino con la manipulación de la infraestructura para lograr interminables intensificaciones y diversificaciones, atajos y redistribuciones. (Koolhaas 2014, p. 17)

Si no recuerdo mal, este texto lo leí en segundo de carrera. Creo que ahora lo he entendido en toda su conflictiva dimensión. Ante la imagen del crecimiento desordenado de las autoconstrucciones en torno a la ciudad formal, Koolhaas no dudo en dictaminar la muerte del urbanismo y en marcharse a Lagos a encontrar el nuevo Las Vegas. Esa afirmación no deja de ser una “boutade”. Es verdad que esa masa fluida de vida informe al pie de los altos rascacielos modernos es un síntoma de la crisis de “las fantasías del orden y la omnipotencia”. Pero nosotros no identificamos la crisis necesariamente con un cambio de paradigma (de un modelo estable a otro modelo estable), sino con una tensión latente, con ese conflicto, “protagonista de lo arquitectónico”, que hemos visto que cimienta la favela. No desaparecerá la arquitectura, ni su principal herramienta, el proyecto. Pero sí creemos que su supervivencia se verá tensionada por la duda. También hay quien piensa, ya lo vimos, que la favela es el nuevo paradigma. No nos atrevemos a decir tanto. La favela no genera modelos, “riega territorios con posibilidades”. Las nuevas arquitectas, quizá inevitablemente, seguiremos reduciendo los espacios a modelos, pero ya no lo haremos con prepotencia, un runrun de incertidumbre rondará nuestras cabezas y, supongo, contaminará nuestros proyectos.

Ese híbrido innombrable que son las favelas nos dice cosas. Caldeira, como buena antropóloga, pone atención especial al tipo de agencia y ciudadanía que produce, reduciendo las características más constructivas a una temporalidad dilatada. Sin discutir que sea esa el principal rasgo de la arquitectura en la favela, pensamos que, con fines expositivos, se puede desglosar en un abanico más amplio y “elocuente” de mensajes. Escuchamos 12, que nos hablan de...

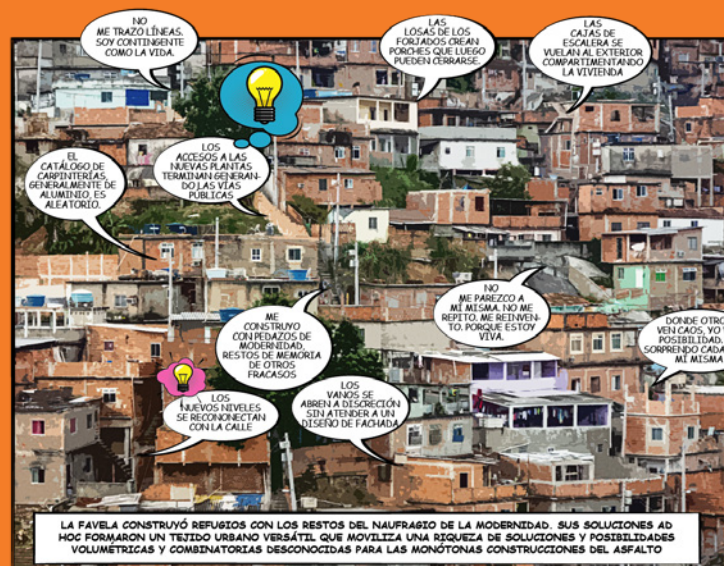
Organicidad –que nos enseña a escuchar al cuerpo colectivo y su sentido común urbano, que atenta rizomáticamente contra la fría zonificación de la ciudad moderna–, *mutabilidad* –que mejora la flexibilidad y enseña a abrir el proyecto a la incertidumbre y el azar–, *temporalidad* –que enseña a inyectar tiempo al espacio, dando prioridad a la existencia–, *socialidad* –que enseña que compartir espacios fortalece los lazos comunitarios y favorece la economía de proximidad–, *transversalidad* –que fomenta la creatividad al enseñar a operar con lógicas divergentes–, *apertura y espíritu participativo* –que enseña a cederle protagonismo al usuario en la construcción de su propio entorno potenciando la agencia, el apego y el sentido de apropiación y pertenencia–, *intensidad* –que enseña a proyectar más que vivendas, espacios genuinos y animados, con sabor, eficaces en términos sociales y económicos–, *variedad* –que aporta soluciones y posibilidades volumétricas y combinatorias desconocidas para los monótonos y previsibles esquemas minimalistas, incapaces de generar sorpresa–, *adaptabilidad* –que fomenta una arquitectura sostenible, que se alimenta de la vida que se adaptan al medio y no al contrario–, *permeabilidad* –que enseña a fusionar la experiencia subjetiva y la social, lo privado y lo público, en favor de lo común–, *“lajerío”* –que enseña a proyectar al aire libre e incluir los espacios abiertos y los recorridos en la construcción– y *ornamentalidad* –que enseña a re-cargar simbólicamente la arquitectura, favoreciendo la identidad y la identificación–.

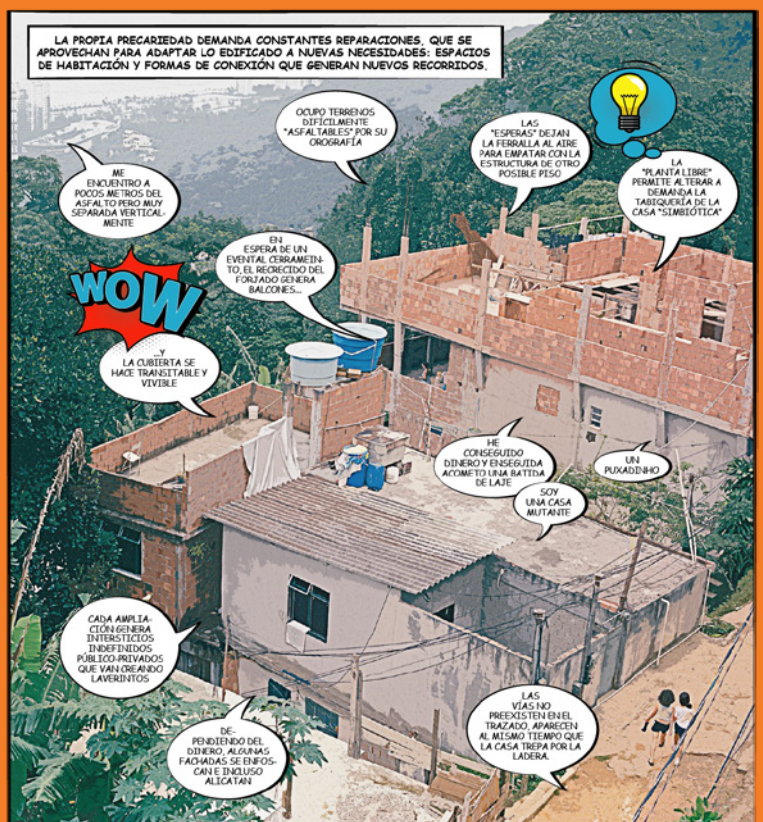
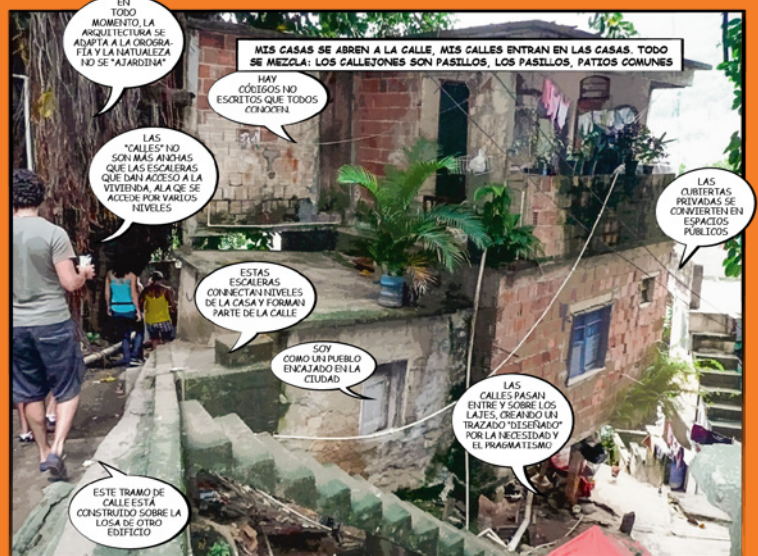
Esta taxonomía no pretende –no podría– ser completa ni concluyente, aunque algo sí permite concluir: en la favela, cada casa, cada cosa, cuenta historias de vida, grabadas en su estructura y en su piel, si aprendemos a escuchar esas voces, nos hablarán cuando rea-

licemos nuestros proyectos, no como un modelo a seguir, sino como un rumor urbano, que tensionará siempre nuestras certezas disciplinares y las enriquecerá y diversificará. Pues...

a menos que llevemos la forma y el contenido más allá de lo existente, simplemente reproduciremos la forma original, la forma colonizada, por así decirlo. Ello requiere no solo un nuevo conjunto de preguntas, sino también su propio conjunto de herramientas; nuevas prácticas y metodologías que nos permitan abordar las líneas de fuga, la fragilidad y la precariedad, pero también la alegría, la creatividad y la belleza que definen ~~la vida africana contemporánea~~. (Chimurenga, cit. en Cano 2021, p. 165)

Solo nos resta tachar “la vida africana contemporánea” y sustituirla por “el urbanismo subalterno” y (algo) habremos concluido.





6. REFERENCIAS

- Aguiar, D. (2005, diciembre). The favela paradigm: Urban tradition revisited or new urbanism? *En Istanbul UIA World Congress of Architecture. Publicado en Arquitectos/Propar*, 7, 26–41.
- Banham, R., Price, C., Hall, P., & Barker, P. (1969). Non-Plan: An experiment in freedom. *New Society Review*, (338), 435–443.
- Barker, P. (2009). *The freedoms of suburbia*. Frances Lincoln.
- Blake, P. (1993). *No place like utopia: Modern architecture and the company we kept*. Alfred A. Knopf.
- Brillembourg, A., Feireiss, K., & Klumpner, H. (Eds.). (2005). *Informal city: Caracas case*. Prestel Verlag.
- Burgess, R. (1978). Petty commodity housing or dweller control? A critique of John Turner's views on housing policy. *World Development*, 6(9–10), 1105–1133.
- Caldeira, T. P. R. (2017). Peripheral urbanization: Autoconstruction, transversal logics, and politics in cities of the global south. *Environment and Planning D: Society and Space*, 35(1), 3–20.
- Cano Ciborro, V. (2021). El delirio de Lagos no es el de Nueva York: Rem Koolhaas y el protagonismo del autor-arquitecto en territorios conflictivos. *RA Revista de Arquitectura*, (23), 162–173.
- Castro, L. (2017). *La estética morfológica de las favelas: Espacios de relación, espacios de acceso, espacios de cubierta* (Trabajo de fin de máster, Universitat Ramon Llull).
- Chagas Cavalcanti, A. R. (2016). How does work shape informal cities? The critical design of cities and housing in Brazilian slums. *The Plan Journal*, 1(2), 319–333.
- Commonwealth of Puerto Rico, Department of Agriculture and Commerce. (1955). *Social programs administration, Puerto Rico*.
- Crane, J. L. (1944). Workers' housing in Puerto Rico. *International Labour Review*, 49, 608–628.
- De La Hoz, C. (2013). *The favela typology: Architecture in the self-built city* (Tesis, Princeton University School of Architecture).
- Fessler, L., & Berenstein, P. (2003). Pequeña historia de las favelas de Río de Janeiro. *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 35(136–137), 259–272.
- Fontenot, A. (2015, enero). Notes toward a history of non-planning. *Places Journal*.
- França, E., & Bayeux, G. (2002). Favelas upgrading: A cidade como integração dos bairros e espaço de habitação (Representação brasileira na 8ª Mostra Internacional de Arquitetura da Bienal de Veneza). Fundação Bienal de São Paulo.
- Freire-Medeiros, B., & Name, L. (2023). Epistemology of the 'laje': Notes from favela rooftops. *Vision and verticality: A multidisciplinary approach* (165–178). Palgrave Macmillan.
- Friedman, Y. (1956). *La arquitectura móvil. Hacia una ciudad concebida por sus habitantes*. Poseidon.
- García-Dobro, F., Torres Torriti, D., & Tugás, N. (2008). *El tiempo construye! El Proyecto Experimental de Vivienda (PREVI) de Lima: Génesis y desenlace*. Gustavo Gili.
- Geddes, P. (1918). *Town planning towards city development: A report to the Durbar of Indore*. Holkar State Printing Press.
- Gorelik, A. (2008). La aldea en la ciudad: Ecos urbanos de un debate antropológico. *Revista del Museo de Antropología*, 1, 73–96.
- Gyger, H. (2013). *The informal as a project: Self-help housing in Peru, 1954–1986*. Columbia University.
- Harris, R. (2003). A double irony: The originality and influence of John F. C. Turner. *Habitat International*, 27, 245–269.
- Hastings & Berenstein. (2004). *Arquitectura moderna vs arquitectura de favela*. Arquine.

- Huapaya, J. C. (2015). Eduardo Neira Alva: Aportes profesionales para el debate sobre el desarrollo territorial y la ecología urbana en América Latina, 1961-1998. *Revista de Arquitectura, Urbanismo y Territorio*, (1), 67-81.
- Huizinga, J. (2016). *Homo ludens*. Angelico Press.
- Kahatt, S. S. (2011). PREVI-Lima's time: Positioning Proyecto Experimental de Vivienda in Peru's modern project. *Architectural Design*, 81(3), 22-25
- Koolhaas, R. (2014). *Acerca de la ciudad*. Gustavo Gili.
- Koolhaas, R., & Mau, B. (1995). *S, M, L, XL*. The Monacelli Press.
- Kozak, D. M. (2016). John F.C. Turner y el debate sobre la participación popular en la producción de hábitat en América Latina en la cultura arquitectónico-urbanística, 1961-1976. *Urbana*, 8(3), 49-68.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Lefebvre, H. (2017). *El derecho a la ciudad*. Península.
- Lepik, A. (2010). *Small scale, big change: New architectures of social engagement*. MoMA.
- Low Cost Housing Bureau, Puerto Rico. (1960). *The aided self-help housing program in Puerto Rico. Commonwealth of Puerto Rico, Department of Agriculture and Commerce, Social Programs Administration*.
- Navarro-Sertich, A. (2011). From product to process: Building on Urban-Think Tank's approach to the informal city. *Architectural Design*, 81(3), 105.
- Pradilla, E. (1982). *El problema de la vivienda en América Latina*. Centro de Investigaciones Ciudad.
- Pradilla Cobos, E. (2013). Entrevista con Emilio Pradilla Cobos. *Andamios*, 10(22), 185-201.
- Pérez Romero, M. (2013). Del Master-plan al Non-plan: Una evolución desde los sistemas conservativos a los sistemas auto-organizados. En *V Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo, Barcelona-Buenos Aires (203-213)*. DUOT.
- Rudofsky, B. (1964). *Architecture without architects: An introduction to nonpedigreed architecture*. MoMA.
- Seldin, C., & Canedo, J. (2018). Housing in "intramural favelas". *Ciudades*, (37).
- Sendra, P., & Sennett, R. (2020). *Diseñar el desorden: Experimentos y disrupciones en la ciudad*. Catarata.
- Sennett, R. (2022). *Los usos del desorden: La identidad personal y la vida en la ciudad* (C. Criado, Trad.; Pról. P. Sendra). Alianza Editorial.
- Sevilla-Buitrago, Á. (2023). *Contra lo común. Una historia radical del urbanismo*. Alianza Editorial.
- Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales urbanos*, (4).
- Turner, J. C., & Fichter, R. (1976). *Libertad para construir: El proceso habitacional controlado por el usuario*. Siglo XXI Editores.
- Turner, J. F. C. (1976). *Housing by people: Towards autonomy in building environments*. Marion Boyars.
- Turner, J. F. C. (Ed.). (1963). *Dwelling resources in South America*. *Architectural Design*, 33(7), 360-393.
- Turner, J. F. C., Golda-Pongratz, K., Oyón, J. L., & Zimmermann, V. (Eds. & Trans.). (2018). *Autoconstrucción: Por una autonomía del habitar (Escritos sobre urbanismo, vivienda, autogestión y holismo)*. Pepitas de calabaza.
- Venturi, R., Scott Brown, D., & Izenour, S. (2011). *Learning from Las Vegas: The forgotten symbolism of architectural form*. MIT Press.
- Veyseyre, S. (2014). *Caso de estudio: Las reglas implícitas de construcción en las Favelas*. Arch-Daily.

